






ALMANAQUE · SUDAMERICANO
1901

Almanaque

SUD-AMERICANO

Almanaque · Sud-americano

PARA



POR

Casimiro Prieto Valdés

Buenos Aires
RAMÓN ESPASA É HIJO
158, CERRITO, 174

Montevideo
ANDRÉS RIUS
155, SORIANO, 157



Tipolitografía de SALVAT É HIJO.—Mallorca, 294.—Barcelona, 1900.

Índice literario

Almafuerte.—Jesús, poesía. 65
Alvarez (José S.)—Monólogo. 180
Amézaga (Carlos G.).—A mi hija Carlota, poesía. 217
Anacreonte.—Joyas de la literatura griega. 46
Arriba (Barón de).—Las rubias y las morenas. 49
Artal (José).—Mariano Benlliure. 40
Baires (Carlos)—Sentimiento del ideal. 223
Campoamor (Ramón de).—Después del primer sueño, poesía. . 59
» » —El poder del llanto, poesía. . . . 64
Campos (Manuel Antonio).—Una perla, soneto. 146
Canibell (Eudaldo).—Federico Prieto Valdés. 56
Casañal y Shákery (Alberto).—Cantares baturros. 99, 134, 208 y 221
Cibils (José)—La señora María B. Arnold de González, soneto. 118
Cobos (Francisco)—El telar de la vida. 176
Daireaux (Godofredo).—Tipos y paisajes argentinos. 162
Deligne (Rafael A.).—Insolación, poesía. 47
Fiallo (Fabio)—Champagne. 231
Fornieles (Salvador).—De otro siglo, poesía. 145
García (Luis).—Sistema crítico, poesía. 60
González Galé (José).—Criado meticuloso, poesía. 119
» » » —Madrigal. 144
González (Pedro A.).—Rima. 175
Goycoechea Menéndez.—Montonera, soneto. 150
Granada (Daniel).—Dr. D. Francisco Latzina. 88
Herrera (Darío).—En Palermo. 113
Herrera y Reissig (Julio).—Naturaleza, poesía. 125
» » » —Juan Zorrilla de San Martín. . . 154
Jaimes Freyre (Ricardo).—Los viajeros. 129
Jiménez Pastor (Arturo).—La visión del último día. 172
Larrañaga (Federico).—Carlos Baca Flor. 214
Latzina (F.).—Párrafos psicológicos. 120
Marquina (E.).—Himno á la Alegría, poesía. 97
Martínez Marcos (Luis).—¡Ven!, poesía. 50
Naón (Pedro J.).—Espumas, poesía. 207
Nicolau Roig (Vicente).—Entre esposos, poesía. 82
» » » —Vocación de marido, poesía. . . . 85
» » » —Declaración, poesía. 86
» » » —Reconvención, poesía. 116
» » » —Entre amigos, poesía. 128
» » » —Confidencias, poesía. 189
Noé (Eugenio C.).—Psicológicas, poesía. 108
Numa Castellanos (Moisés).—Canto secular. 28
Ortiz (Carlos).—Canción del bronce, soneto. 142

Palma (Clemente).— Floreal. 74
Palma (Ricardo).— La querida de Monteagudo. 199
» » — La cajetilla de cigarros. 228
Pérez Petit (Víctor).— El almanaque Sud-americano.. . . . 21
» » » — Madrigal. 227
Prieto (Casimiro) — La modestia, poesía. 26
» » — Los niños terribles, poesía. 83
» » — Manchas de color. Amores aristocráticos. 101
» » — La patria, poesía. 135
» » — Manchas de color. Lo que dicen las estrellas. 147
» » — A Pepita Cuyás, poesía. 159
» » — A la tiple española Matilde Pretel, poesía. 170
» » — Manchas de color. La mujer-flor. . . . 185
» » — Manchas de color. Sapos y mariposas.. . 219
Prieto Costa (Casimiro). — Pierrot. 81
» » » — Los celos de Ninón. 193
» » » — *Portrait*, poesía. 198
Puga de Lozada (Amalia).— La pecadora, poesía. 51
Quevedo (José María) — Las monedas. 63
» » — Ante la muerte, poesía.. 112
Ríu (Francisco A.). — Intimas, poesía. 96
Rodó (José Enrique).— Fragmento. 143
Rodríguez (Horacio F.).— Bión y la ninfa, poesía. 222
Roeber (Christián) — Al cielo, poesía. 177
» » — La inconsolable, poesía. 225
Rueda (Salvador) — La Venus de Médicis, soneto. 38
» » — El friso, soneto. 62
» » — Crátera, soneto. 181
» » — El fauno con los platillos, soneto. . . . 215
» » — Los caballos del carro del sol, soneto. . . 215
» » — Moisés, soneto. 218
» » — Las metopas, soneto. 224
» » — Torso de Belvedere, soneto.. 230
Sánchez (Ricardo).— El esqueleto, poesía. 209
Sandoval (Manuel de).— La nieve, soneto. 169
San Juan (Manuel).— Anacronismo. 37
Soto y Calvo (Francisco).— Consuelo, poesía. 167
Sumay (Manuel J.).— Medallones, sonetos.. 79
Tablada (José Juan).— Alba mística. 36
Tiberio (Oscar).— Prerafaelista, poesía. 151
Varela (Abelardo).— Las palomas, soneto. 107
Vicuña Cifuentes (Julio).— Oriental, poesía. 196
Vigil (Constancio C.).— El fósforo, soneto.. 118
Vila (José).— La sombrilla, poesía.. 192
. . . — D. José de Garay Rowart.. 34

Índice artístico

BACA FLOR (Carlos)

Una flor de París (cuadro) 213

BENLLIURE (Mariano)

Croquis del jarrón alegórico ofrecido por la Municipalidad de Buenos Aires á S. M. la Reina Regente de España . . . 41
Estatua de Velázquez. 43
El Infierno del Dante (grupo escultórico). 45

CABRINETY (José)

Bodas de plata (composición alegórica) 21
Los niños terribles (ilustración). 83
Después del vals (variedad). 119
La suegra del vizconde (variedad). 166

DIÉGUEZ (Joaquín)

Tomás Padró (retrato). 23
Himno á la Alegría (ilustración) 97

ESTEVAN (E.)

La patria (ilustración). 135
Al cielo (ilustración).. 177

FOIX (Mariano)

La inconsolable (ilustración).. 225

FORADCRI (F.)

Confraternidad Hispano-Argentina (composición y dibujo) . . 27
En Palermo (ilustración). 113
Tipos y paisajes argentinos (ilustraciones).. 162

FORTUNY (Francisco)

Los animales (variedad) 78
Buen consuelo (variedad). 86
Montonera (ilustración) 150

MESTRES (Apeles)

Un encuentro (variedad). 32
Mármoles (ilustración). 62
Jesús (ilustraciones). 65
Floreal (ilustraciones). 74
Sensibilidad periodística (dos viñetas). 100
Amores aristocráticos (ilustraciones).. 101
Las confusiones de Gedeón (variedad). 134

La estalactita (diez viñetas). 137
De otro siglo (ilustración). 145
Lo que dicen las estrellas (ilustraciones) 147
Mármoles (ilustración). 181
La mujer-flor (ilustraciones). 185
Ante el juez de paz (variedad). 192
En el hotel (variedad). 208
El esqueleto (ilustraciones). 209
Hipérboles periodísticas (variedad). 216
Sapos y mariposas (ilustraciones). 219
Bión y la ninfa (ilustración). 222
Madrigal (inicial). 227
Viñeta final. 232

PAHISSA (J.)

Canción del bronce (ilustración). 142
La visión del último día (ilustración).. 172
La querida de Monteagudo (retrato). 199

PELLICER (José Luis)

Prerafaelista (ilustración). 151

PRIETO Y VALDÉS (F.)

La modestia (ilustración). 26
Anacronismo (inicial). 37
Intimas (inicial). 96
Psicológicas (ilustración). 108
A Pepita Cuyás (ilustración). 159
Consuelo (ilustración). 167
A la tiple española Matilde Pretel (ilustración). 170
Portrait (ilustración).. 198
Champagne (ilustración). 231

THOMSON (Manuel)

Las palomas (ilustración). 107
Mi ideal (composición). 161

TRIADÓ (José)

Los meses (doce composiciones). 9

XAUDARÓ (J.)

Las virtudes cardinales (cuatro viñetas).. 72
Un pago original (seis viñetas). 182

XUMETRA (F.)

Naturaleza (ilustraciones). 125
Los viajeros (ilustraciones). 129

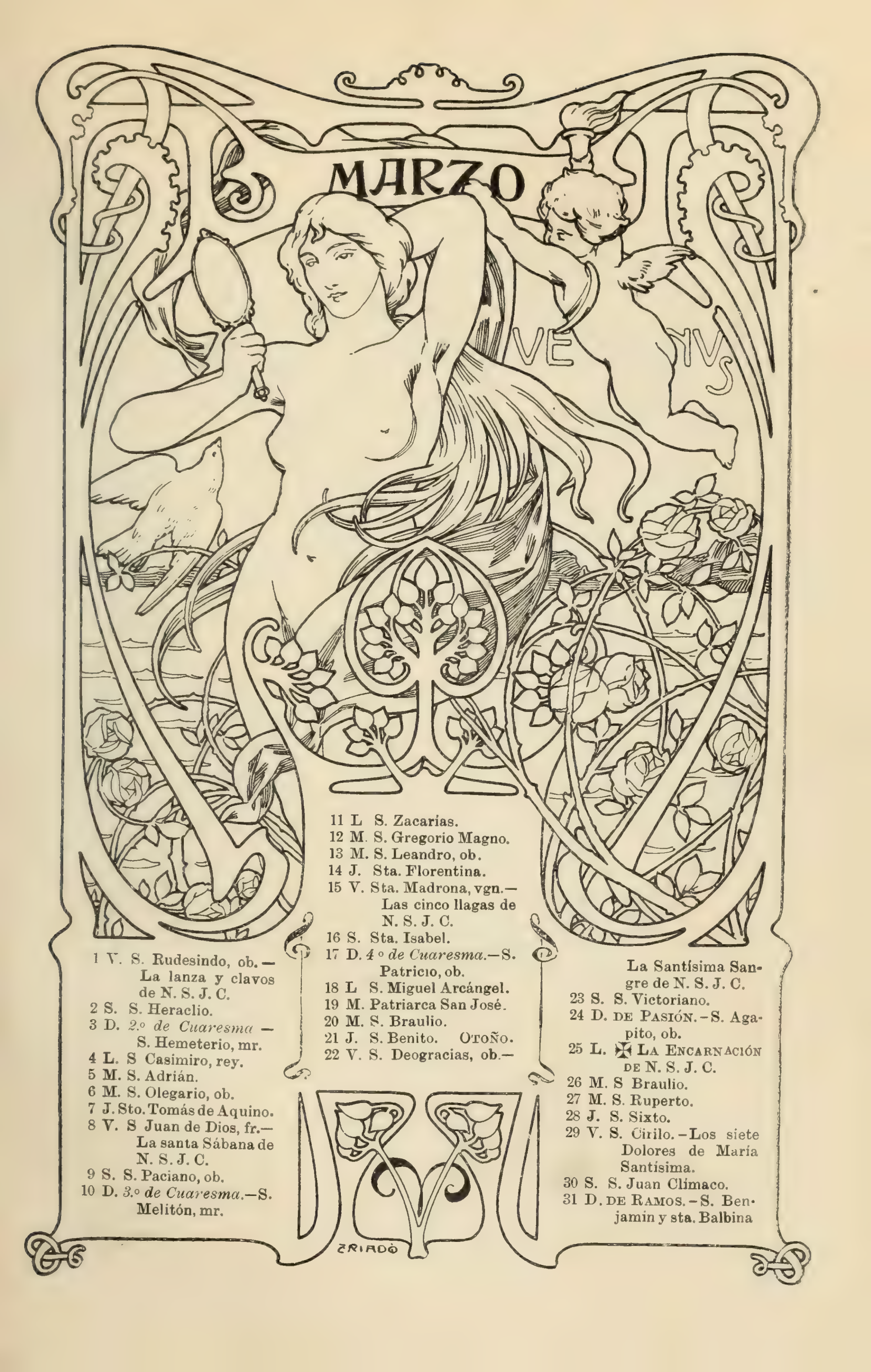


1 M. ✠ La Circuncisión del Señor.
2 M. S. Isidoro, ob. y mr.
3 J. S. Florencio.
4 V. S. Gregorio, ob.
5 S. S. Telesforo, p.
6 D. ✠ Adoración de los Santos Reyes.
7 L. S. Julián. mr.
8 M. Stos Luciano, Teofilo y Eladio, mrs.
9 M. S. Fortunato.
10 J. S. Nicanor, mr.
11 V. Stos. Higinio, papa y Palemón, ab.

12 S S. Benedicto, ob.
13 D. S. Gumersindo, pb.
14 L. Stos. Hilario, obisp. y Gregorio, p.
15 M. S. Pablo, primer ermitaño.
16 M. S. Marcelo, p. y mr.
17 J. S Antonio, abad.
18 V. La Cátedra de san Pedro en Roma y santa Liberata, vg
19 S. S Canuto, mr.
20 D. El Smo. nombre de J. — S. Sebastián, mr.
21 L. S. Fructuoso, mr.

22 M. Ntra. Sra. de Bethleem — S. Vicente.
23 M S. Ildefonso, arz.
24 J. Ntra. Sra. de la Paz y san Timoteo, ob.
25 V. La Conversión de san Pablo, apóstol.
26 S. S. Policarpo, ob.
27 D. S Juan Crisóstomo
28 L. S. Julian, ob. y cfr.
29 M. Dedicación de esta santa Catedral. — San Valero.
30 M. S. Hipolito, mr.
31 J. S Pedro Nolasco.


FEBRERO
BACANTE
11 L. S. Félix, mr.
12 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.*—S. Damián
13 M. S. Benigno, mr.
14 J. S. Valentín, pbro.
15 V. S. Faustino, mr.
16 S. Stos. Gregorio, papa y Faustino, ob.
17 D. *de Quincuagésima.*— San Rómulo, mr.— CARNAVAL.
18 L. S. Simeón, ob.
19 M. S. Gabino, mr.
1 V. S. Cecilio, ob. y mr.
2 S. ✠ LA PURIFICACIÓN DE NTRA. SRA.
3 D. *de Septuagésima.*— S. Blas, ob. y mr.
4 L. S. Andrés Corsino.
5 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.*—S. Albino.
6 M. S. Teófilo, mr.
7 J. S. Romualdo, abad.
8 V. S. Juan de Mata, cfr.
9 S. S. Alejandro, mr.
10 D *de Sexagésima.*—S. Ireneo.
20 M. CENIZA. — S. Eleuterio.
21 J. S. Fortunato, mr.
22 V. Sta. Margarita.—La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.
23 S. S. Pedro Damián.
24 D. *1.º de Cuaresma.*— S. Matías, apóstol.
25 L. S. Sebastián.
26 M. Ntra. Sra. de Guadalupe y s. Alejandro.
27 M. S. Baldomero.
28 J. S. Justo, mr.
CRIADO



11 L S. Zacarías.
12 M. S. Gregorio Magno.
13 M. S. Leandro, ob.
14 J. Sta. Florentina.
15 V. Sta. Madrona, vgn.—Las cinco llagas de N. S. J. C.
16 S. Sta. Isabel.
17 D. *4.º de Cuaresma.*—S. Patricio, ob.
18 L S. Miguel Arcángel.
19 M. Patriarca San José.
20 M. S. Braulio.
21 J. S. Benito. OTOÑO.
22 V. S. Deogracias, ob.—La Santísima Sangre de N. S. J. C.
23 S. S. Victoriano.
24 D. DE PASIÓN.—S. Agapito, ob.
25 L. ✠ LA ENCARNACIÓN DE N. S. J. C.
26 M. S Braulio.
27 M. S. Ruperto.
28 J. S. Sixto.
29 V. S. Cirilo.—Los siete Dolores de María Santísima.
30 S. S. Juan Clímaco.
31 D. DE RAMOS.—S. Benjamín y sta. Balbina

1 V. S. Rudesindo, ob.—La lanza y clavos de N. S. J. C.
2 S. S. Heraclio.
3 D. *2.º de Cuaresma*—S. Hemeterio, mr.
4 L. S Casimiro, rey.
5 M. S. Adrián.
6 M. S. Olegario, ob.
7 J. Sto. Tomás de Aquino.
8 V. S Juan de Dios, fr.—La santa Sábana de N. S. J. C.
9 S. S. Paciano, ob.
10 D. *3.º de Cuaresma.*—S. Melitón, mr.



1 L. SANTO.—S. Venancio y sta. Teodora.
2 M. SANTO.–S. Francisco de Paula.
3 M. SANTO.–S. Benito de Palemo.–La traslación de las reliquias de santa Rosa de Lima.
4 J. SANTO. — S. Isidoro, arz.
5 V. SANTO. — S. Vicente Ferrer.
6 S. SANTO. — San Sixto, papa.
7 D. PASCUA DE RESURRECCIÓN. — San Epifanio, ob.
8 L. S. Dionisio, ob.
9 M. Stas. Casilda y María Cleofé.
10 M. S. Ezequiel, profeta.
11 J. S. León el Magno.
12 V. S. Julio, papa.
13 S. S. Hermenegildo.
14 D. DE CUASIMODO.— S. Pedro Gonz. Telmo.
15 L. S. Máximo.
16 M. Sto. Toribio, ob.
17 M. S. Aniceto, papa
18 J. S. Eleuterio, ob.
19 V. S. Jorge ob.
20 S. S. Serviliano mr.
21 D. S. Anselmo, ob.
22 L. S. Sotero, p. y mr.
23 M. S. Jorge, mr.
24 M. S. Honorio, ob.
25 J. S. Marcos, evangelista.
26 V. S. Cleto, ob.
27 S. Sto. Toribio. arz.
28 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ. — S. Prudencio, arz.
29 L. S. Pedro de Verona, mártir.
30 M. Stas. Catalina de Sena, vgn. y Sofía.



MAYO

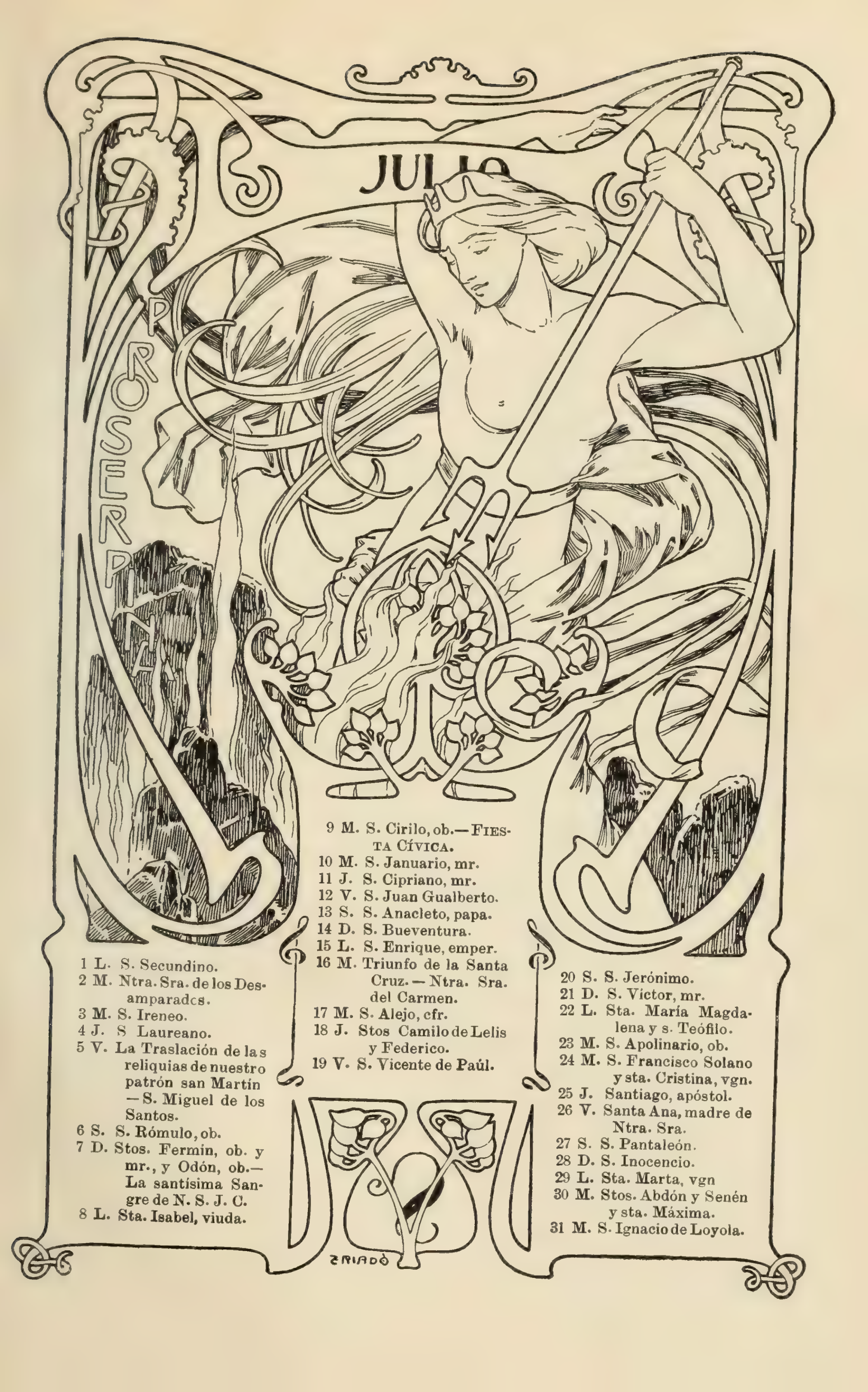
1 M. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
2 J. Stos. Anastasio, ob. y Ambrosio, mr.
3 V. Invención de la Sta. Cruz y s. Alejandro.
4 S. S. Silvano, ob.
5 D. Ntra. Sra. de Luján. — S. Pío V.
6 L. El martirio de san Juan Evangelista.
7 M. S. Benedicto.
8 M. La Aparición de san Miguel Arcángel.
9 J. S. Gregorio Nacianceno.
10 V. S. Antonio, arz.
11 S. S. Eudaldo, mr.
12 D. Stos. Domingo de la Calzada y Nereo.
13 L. S. Mucio, pbro.
14 M. S. Sabino.
15 M. S. Isidro, labrador.
16 J. ✠ La Ascensión del Señor. — S. Ubaldo.
17 V. S. Pascual Bailón.
18 S. Stos. Venancio, mr., y Erico, rey.
19 D. S. Pedro Celestino.
20 L. S. Bernard. de Sena.
21 M. S. Secundino, mr.
22 M. Sta. Rita de Casia.
23 J. S. Desiderio, ob.
24 V. Stas. Afra y Susana.
25 S. Stos. Gregorio VII y Urbano. — Fiesta Cívica.
26 D. Pascua del Espíritu Santo. — S. Felipe Neri, fdr.
27 L. S. Juan, papa y mr.
28 M. Stos. Justo y Germán
29 M. Stos. Máximo, ob., y Restituto.
30 J. S. Fernando, rey.
31 V. Sta. Ángela de M.



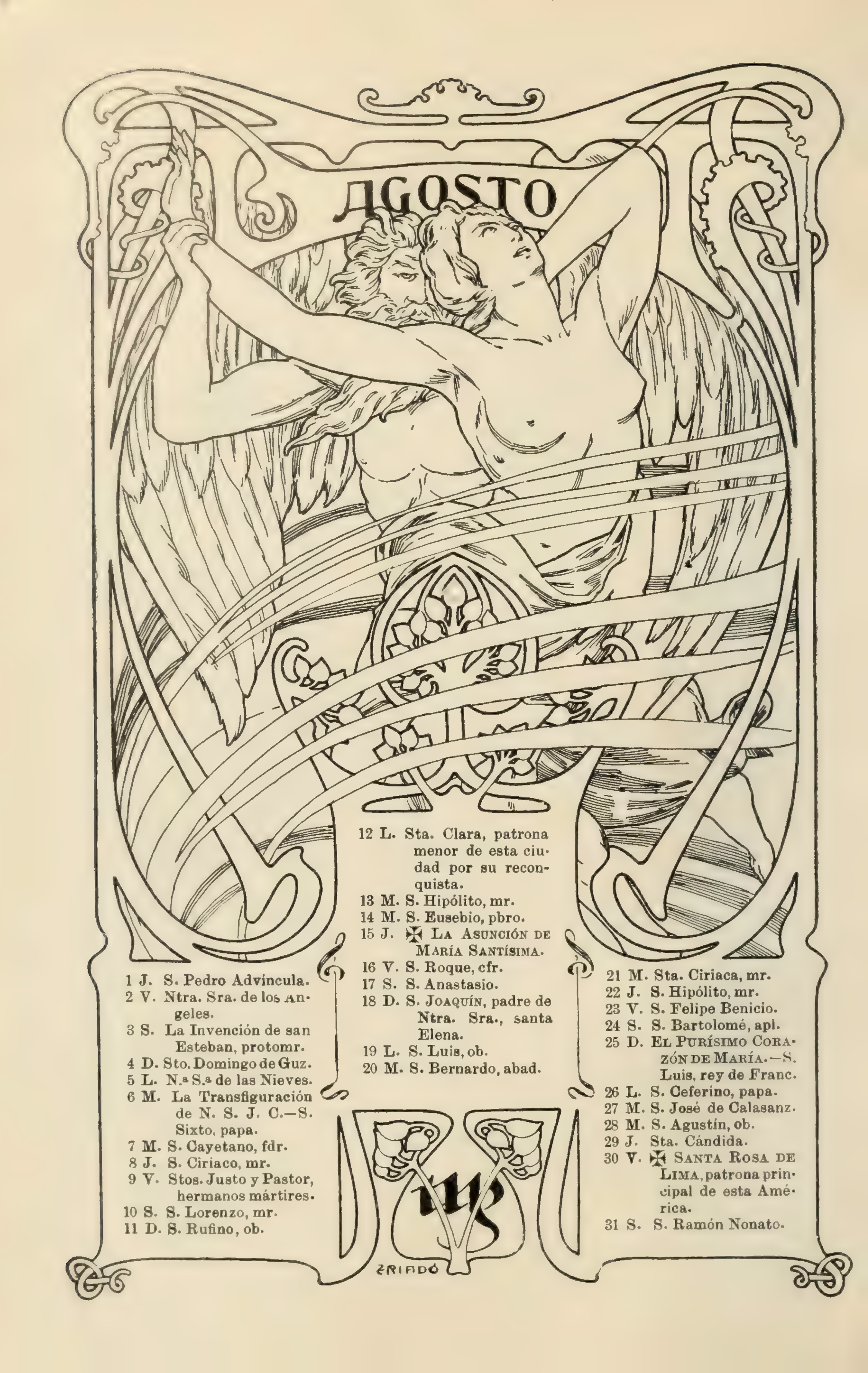
11 M. Stos. Bernabé, apl., y Fortunato, mr.
12 M. S. Juan de Sahagún.
13 J. Stos. Antonio de Padua, cfr., y Trifilo.
14 V. El Sagrado Corazón de Jesús. — S. Basilio, ob.
15 S. S. Vito, mr.
16 D. S. Aureliano, mr.
17 L. S. Manuel, mr.
18 M. S. Ciriaco, mr.
19 M. S. Gervasio, mr.
20 J. S. Silverio, papa.

1 S. Stos. Segundo y Fortunato, mrs.
2 D. La Santísima Trinidad. *Titular de esta Archidiócesis.*
3 L. S. Isaac, monje.
4 M. S. Francisco Caracciolo.
5 M. S. Bonifacio, ob.
6 J. ✠ Corpus Christi. – S. Norberto, ob.
7 V. S. Pablo, ob.
8 S. S. Salustiano, cfr.
9 D. S. Primo, mr.
10 L. S. Zacarías, mr.

21 V. S. Luis Gonzaga. Invierno.
22 S. S. Paulino, ob.
23 D. S. Zenón.
24 L. La Natividad de San Juan Bautista.
25 M. S. Eloy, ob.
26 M. Stos. Juan y Pablo.
27 J. Stos. Zoilo, mr. y Ladislao, rey.
28 V. S. León.
29 S. ✠ San Pedro y san Pablo.
30 D. La Conmemorac. de san Pablo, apóstol.

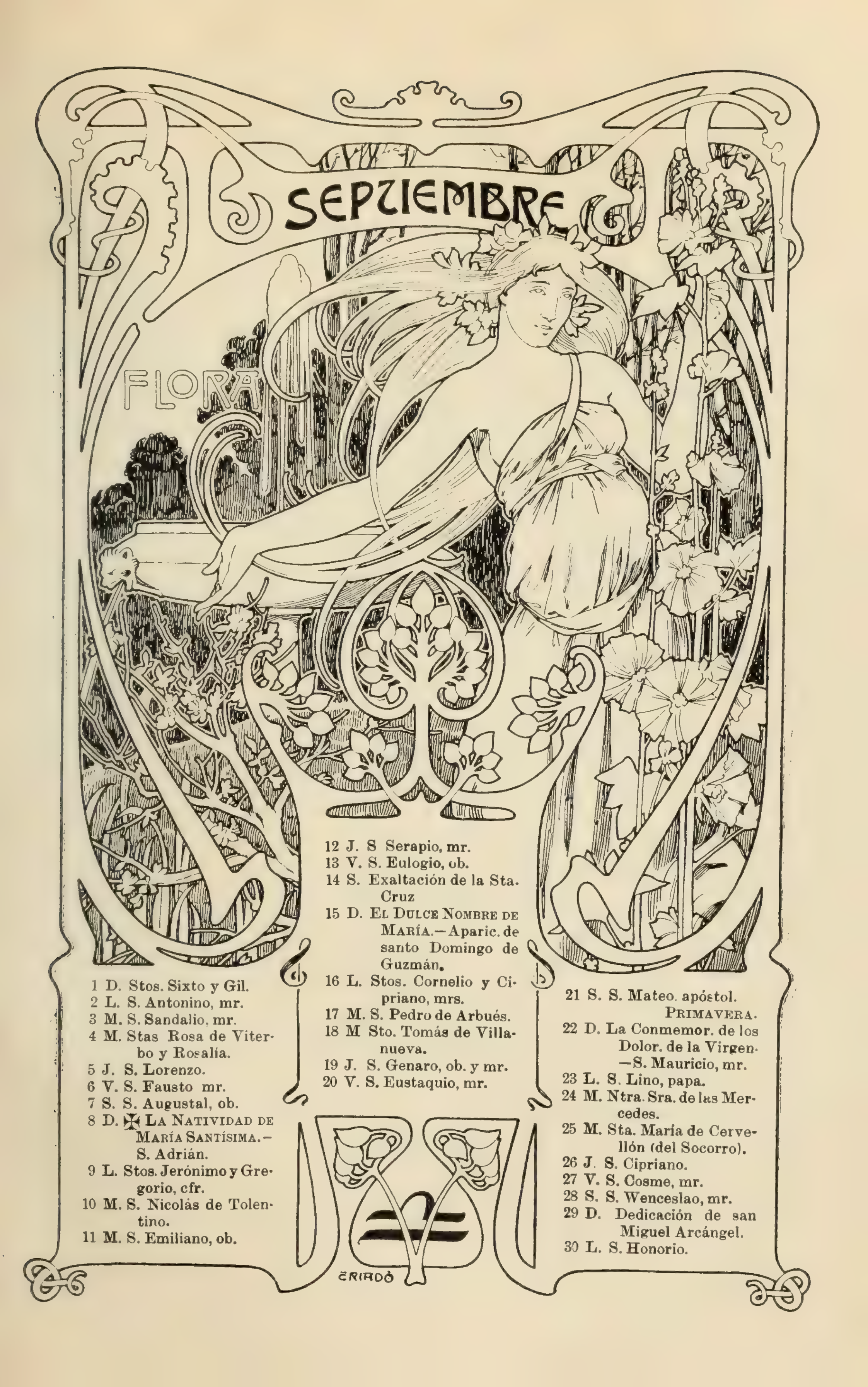


1 L. S. Secundino.
2 M. Ntra. Sra. de los Desamparadcs.
3 M. S. Ireneo.
4 J. S Laureano.
5 V. La Traslación de las reliquias de nuestro patrón san Martín — S. Miguel de los Santos.
6 S. S. Rómulo, ob.
7 D. Stos. Fermín, ob. y mr., y Odón, ob.— La santísima Sangre de N. S. J. C.
8 L. Sta. Isabel, viuda.
9 M. S. Cirilo, ob.— FIESTA CÍVICA.
10 M. S. Januario, mr.
11 J. S. Cipriano, mr.
12 V. S. Juan Gualberto.
13 S. S. Anacleto, papa.
14 D. S. Bueventura.
15 L. S. Enrique, emper.
16 M. Triunfo de la Santa Cruz. — Ntra. Sra. del Carmen.
17 M. S. Alejo, cfr.
18 J. Stos Camilo de Lelis y Federico.
19 V. S. Vicente de Paúl.
20 S. S. Jerónimo.
21 D. S. Víctor, mr.
22 L. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
23 M. S. Apolinario, ob.
24 M. S. Francisco Solano y sta. Cristina, vgn.
25 J. Santiago, apóstol.
26 V. Santa Ana, madre de Ntra. Sra.
27 S. S. Pantaleón.
28 D. S. Inocencio.
29 L. Sta. Marta, vgn
30 M. Stos. Abdón y Senén y sta. Máxima.
31 M. S. Ignacio de Loyola.



AGOSTO

1 J. S. Pedro Advíncula.
2 V. Ntra. Sra. de los Angeles.
3 S. La Invención de san Esteban, protomr.
4 D. Sto. Domingo de Guz.
5 L. N.ª S.ª de las Nieves.
6 M. La Transfiguración de N. S. J. C.—S. Sixto, papa.
7 M. S. Cayetano, fdr.
8 J. S. Ciriaco, mr.
9 V. Stos. Justo y Pastor, hermanos mártires.
10 S. S. Lorenzo, mr.
11 D. S. Rufino, ob.
12 L. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconquista.
13 M. S. Hipólito, mr.
14 M. S. Eusebio, pbro.
15 J. ✠ La Asunción de María Santísima.
16 V. S. Roque, cfr.
17 S. S. Anastasio.
18 D. S. Joaquín, padre de Ntra. Sra., santa Elena.
19 L. S. Luis, ob.
20 M. S. Bernardo, abad.
21 M. Sta. Ciriaca, mr.
22 J. S. Hipólito, mr.
23 V. S. Felipe Benicio.
24 S. S. Bartolomé, apl.
25 D. El Purísimo Corazón de María.—S. Luis, rey de Franc.
26 L. S. Ceferino, papa.
27 M. S. José de Calasanz.
28 M. S. Agustín, ob.
29 J. Sta. Cándida.
30 V. ✠ Santa Rosa de Lima, patrona principal de esta América.
31 S. S. Ramón Nonato.



1 D. Stos. Sixto y Gil.
2 L. S. Antonino, mr.
3 M. S. Sandalio, mr.
4 M. Stas Rosa de Viterbo y Rosalía.
5 J. S. Lorenzo.
6 V. S. Fausto mr.
7 S. S. Augustal, ob.
8 D. ✠ La Natividad de María Santísima.—S. Adrián.
9 L. Stos. Jerónimo y Gregorio, cfr.
10 M. S. Nicolás de Tolentino.
11 M. S. Emiliano, ob.
12 J. S Serapio, mr.
13 V. S. Eulogio, ob.
14 S. Exaltación de la Sta. Cruz
15 D. El Dulce Nombre de María.—Aparic. de santo Domingo de Guzmán.
16 L. Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
17 M. S. Pedro de Arbués.
18 M Sto. Tomás de Villanueva.
19 J. S. Genaro, ob. y mr.
20 V. S. Eustaquio, mr.
21 S. S. Mateo, apóstol. Primavera.
22 D. La Conmemor. de los Dolor. de la Virgen.—S. Mauricio, mr.
23 L. S. Lino, papa.
24 M. Ntra. Sra. de las Mercedes.
25 M. Sta. María de Cervellón (del Socorro).
26 J. S. Cipriano.
27 V. S. Cosme, mr.
28 S. S. Wenceslao, mr.
29 D. Dedicación de san Miguel Arcángel.
30 L. S. Honorio.



1 M. S. Remigio.
2 M. Los Santos Ángeles Custodios.
3 J. Stos. Maximiano y Cándido, mrs.
4 V. S. Francisco de Asís.
5 S. S. Froilán, ob.
6 D. *Ntra. Sra. del Rosario.*—S. Bruno, fdr.
7 L. S. Marcos, papa.
8 M. S. Demetrio, mr.
9 M. S. Dionisio.
10 J. S. Franc.º de Borja.
11 V. S. Nicasio, ob.
12 S. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza y stos. Alfredo y Serafín.
13 D. *La Maternidad de María Santísima.* — S. Eduardo, rey.
14 L. S. Calixto.
15 M. Sta Teresa de Jesús y s. Bruno.
16 M. S. Martiniano, mr.
17 J. S. Florentino.
18 V. S. Lucas, evangelista.
19 S. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio
20 D. *La Pureza de María Santísima.*—S. Feliciano, ob.
21 L. S. Hilarión, ob.
22 M. S. Felipe.
23 M. S. Pedro Pascual, ob.
24 J. S. Rafael Arcángel.
25 V. S. Gavino, mr.
26 S. S. Evaristo, papa.
27 D. S. Vicente y sta. Sabina, mrs.
28 L. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstoles.
29 M. S. Narciso, ob.
30 M. S. Marcelo, mr.
31 J. S. Nemesio.



1 V. ✠ La fiesta de todos los santos.
2 S. La Conmem. de los fieles difuntos.
3 D. Los innum. Mártires de Zaragoza.— San Armengol, ob.
4 L. S Carlos Borromeo.
5 M. S. Félix, mr.
6 M. S. Severo, ob.
7 J. S Florencio, ob.
8 V. S. Victorino, mr.
9 S. S. Teodoro, mr.
10 D. ✠ *El Patrocinio de Ntra. Sra.*— S. Andrés Avelino.

11 L. S. Martín, ob., patrón principal de esta Archidiócesis.
12 M. Stos. Martín y Rufo.
13 M. S. Estanislao de Koska.
14 J. S. Clementino, mr.
15 V. S Eugenio, arz.
16 S. S. Rufino, mr.
17 D. Stos. Gregorio, taumaturgo, y Víctor.
18 L. S. Máximo, ob.
19 M. S. Ponciano, papa, y sta. Isabel, reina de Hungría, viuda.

20 M. S. Félix de Valois.
21 J. La Presentación de N.ª S.ª—S. Alberto.
22 V. Sta. Cecilia, vgn.
23 S. S. Clemente, papa.
24 D. Stos. Juan de la Cruz y Crisógeno, mr.
25 L. Sta. Catalina, vgn.
26 M. Los Desposorios de Ntra. Sra. y santos Fausto y Siricio, p.
27 M. S. Facundo.
28 J. S. Gregorio, III, pap.
29 V. S. Saturnino, mr
30 S. S. Andrés, apóstol.



DICIEMBRE

1 D. *I de Adv.*—S. Eloy, ob. y cfr. y sta. Natalia, vda.
2 L. S. Silvano, obispo.
3 M. S. Franc.º Javier, cf.
4 M. Sta. Bárbara, vgn.
5 J. S. Sabas, abad.
6 V. S. Nicolás de Bari.
7 S. S. Ambrosio.
8 D. *II de Adv.* — ✠ La Inmaculada Concepción de María Santísima. — San Sifronio.
9 L. Sta. Leocadia, vgn.
10 M Nta. Sra. de Loreto y sta. Gorgonia.
11 M. S. Dámaso, papa.
12 J. S. Donato.
13 V. Sta. Lucía, vgn.
14 S. S. Nicasio, ob.
15 D. *III de Adv.* — Stos. Eusebio, ob., y Fortunato.
16 L. S. Valentín.
17 M. S. Lázaro, ob.
18 M. Espectación de Ntra. Sra. y s. Teótimo.
19 J. S. Nemesio, mr.
20 V. Jto. Domingo de Silos.
21 S. Sto. Tomás, apóstol. Verano.
22 D. *IV de Adv.* — S. Demetrio, mr.
23 L. El beato Nicolás.
24 M. S. Luciano.
25 M. La Natividad de N. S. J. C.
26 J. S. Esteban, protmr.
27 V. S. Juan, apóstol.
28 S. Los Stos. Inocentes.
29 D. Santo Tomás Cantuariense, obispo.
30 L. S. Severo, mr.
31 M. S. Silvestre, papa.

El almanaque Sud-americano

BODAS DE PLATA

No conozco cosa más desagradable que un Almanaque. Aparte su convencionalismo, su uniformidad, sus repeticiones prosaicas y vetustas, me enfada sobremanera su antipática misión: eso de estarle recordando á uno el tiempo que pasa y el que nos resta por vivir, es una cosa infame, sencillamente. La presencia de un Almanaque crispa los nervios; su sola aparición es el tristísimo anuncio de que somos un año más viejos. Y desde el día de la Circuncisión hasta el de San Silvestre, él nos va recordando, inexorablemente, lo que nos recuerda el melancólico cuento de Alarcón bordado primorosamente sobre la estrofa:

> La Noche-Buena se viene,
> la Noche-Buena se va,
> y nosotros nos iremos
> y no volveremos más;

esto es, que el implacable péndulo del tiempo va acortando la distancia que nos separa de la muerte, y que así como desaparecieron para no volver más nuestros antepasados, así desapareceremos nosotros á nuestra vez, sin sospechar las maravillas y sorpresas que depara el futuro á las generaciones venideras.

Más humanitario, aunque muchísimo menos científico, era el calendario romano con sus calendas, nonas é idus. Aquel primitivo sistema de contar era la esperanza. Los niños, dice Arago, teniendo fija su atención en el día de descanso dominical, designan el día en que viven por su distancia del día festivo, y así dicen con un opti-

mismo encantador y risueño: — Estamos á tres, cinco, seis días del domingo. Lo mismo hacían los sesudos romanos contando los días por su distancia de la fiesta venidera del propio mes. Nosotros, que nos reímos un poquito de las reformas de Julio César y el papa Gregorio XIII, y que sólo tomamos por nuestra próxima fiesta el día en que vence un pagaré ó vemos aparecer el simpático rostro del casero, tenemos un modo menos risueño de contar y decimos sencillamente: — El quince ó veinte de Febrero ó Diciembre,—con lo cual significamos que otros tantos días nos restan de menos en la vida.

¿Con qué agrado, pues, hemos de ver esos libros temerarios que llevan en su portada, como escudo de armas, la guadaña y el reloj de arena del Tiempo y de la Muerte?

Y, sin embargo, hay un Almanaque amable, seductor, hermoso, que *deseamos ver aparecer,* aunque ese deseo importe hacernos un año más viejos. Él escapa á las abominaciones y anatemas que se ciernen sobre sus demás congéneres... Veréis por qué.

Hace veinticinco años, dos hombres jóvenes y entusiastas — ¿he de deciros que eran los señores Prieto y Espasa? — fundaron un Almanaque que tenía la enormísima pretensión de ser original. Original, en aquel año de 1877, era no concretarse á reproducir todo el santoral, las fases de la Luna, el cambio de monedas y un puñado de chascarrillos inofensivos; original era hacer un Almanaque que no recordara el tiempo, sino que le hiciera pasar inadvertido y agradablemente. Ilustrado aquel primer volumen por el artista Tomás Padró, famoso dibujante del semanario satírico *La Flaca,* que levantó no poca roncha en los políticos españoles de la época, y con un material literario escogido, entre el cual sobresalían unas páginas suscriptas por el general Mitre, don

Ricardo Palma y el famoso epigramista Villergas, el Almanaque Sud-Americano se impuso al público desde el primer momento. El público acogió con simpatía aquel primer volumen que, lejos de servir intereses puramente comerciales, era la obra de dos jóvenes entusiastas y



Tomás Padró

valientes, llenos de un acendrado amor al arte, que pretendían tan sólo estrechar los lazos entre los escritores americanos y españoles, ya unidos por los de la sangre, la tradición y el idioma.

Muerto Padró cuando se disponía á ilustrar el segundo volumen del Almanaque, continuaron su obra otros distinguidos dibujantes, hasta el año 1886, en que aparece Apeles Mestres, el genial artista que ha enriquecido

desde entonces hasta hoy las páginas de esta hermosa publicación con todos los primores de su lápiz privilegiado, con todas las claridades de su robusta inteligencia.

Pero ya el Almanaque Sud Americano había tomado un vuelo altísimo gracias á los constantes esfuerzos de su director el poeta Casimiro Prieto, nuestro amigo, y del señor Espasa, uno de los pocos editores que, á un acendrado respeto por el arte, unen una inteligencia y un corazón dignos de los más altos elogios. Hízose necesario secundar en su valiente labor al simpático Apeles Mestres, y así fué como toda una brillante falange de reputados artistas empezó á colaborar en el Almanaque, descollando entre ellos por sus proezas é inspiraciones Pellicer, Planas, Pahissa, Ross, Llovera, Xumetra, Cilla, Estevan, Picolo, Fortuny, Pascó, Cabrinety, Eriz, Cotanda, Gili y Roig, Foradori, Foix, Mayol y Federico Prieto, hermano del director del Almanaque, cuyas ilustraciones é iniciales nos le han revelado como un artista de raza, inspirado y estudioso.

Por lo que respecta á la colaboración literaria, demás estaría hablar de su mérito, interés y buen gusto, constándonos á todos, como nos consta, que quien tales flores recoge en los vergeles americanos es un hombre del temperamento artístico del señor Prieto. Las firmas de los escritores y poetas de mayor nombradía de España y América han engalanado las páginas de esta publicación, que, como lo he dicho en otra oportunidad, más que Almanaque, es un álbum artístico digno del gabinete de estudio del hombre de letras, así como del elegante *boudoir* de una mujer hermosa.

Hoy, el mejor elogio que puede hacerse á esta publicación es recordar su popularidad en el continente americano. No hay otra que haya alcanzado, y tan justamente, una circulación tan grande. No hay otra, ni aun


CASIMIRO
1901

entre las revistas literarias de mayor fuste, que haya realizado este milagro portentoso: dar á conocer en una de nuestras jóvenes repúblicas los ingenios con que se enaltece y honra su limítrofe. Porque si hasta hoy nosotros, los americanos, sabíamos más del alto Senegal y de las islas Pomotú que de los países de los cuales sólo estamos separados por un río ó una montaña, de hoy en adelante no nos quedaremos mirando á las estrellas cuando se nos hable de Vargas Vila, Gallegos del Campo, Santos Chocano y otros de este valer.

¿Se comprende ahora por qué, á pesar de nuestro odio contra todos los Almanaques, aplaudimos éste, y con mayor motivo hoy, que, en los brillantes albores del siglo xx, celebra dichosamente sus *Bodas de Plata?*

Víctor PÉREZ PETIT.

Montevideo, 1900.

EPIGRAMA

—Nadie ha acertado hasta ahora
y es fácil de adivinar.
—¿Una palabra que empieza
con *me?*... ¡Merengue!
—No tal.
—Meta.
—No.
—Metal.
—Tampoco.
—Melón.
—Menos.
—Mesa.
—¡Bah!
—Mellizo.
—Tampoco es eso.
—Pues basta de cavilar
y sepamos qué palabra
es esa de Barrabás,
que nos trae á mal traer
hace una hora.
—*¡Melitar!*



Una blanca nubecilla
quiso velar, inocente,
la luz del sol refulgente,
que cual disco de oro brilla.
Mas, sin humillarla el sol,
filtró sus rayos por ella,
y para hacerla más bella
la encendió en áureo arrebol.

. . . .

Como la nube del cielo
es tu modestia, María:
en vano ocultar ansía,
cual blanco, flotante velo,
el claro sol, sin capuz,
que centellea en tu mente
y en tu pensativa frente
quiebra su dorada luz.
De tu inteligencia el sol
filtra sus rayos por ella,
y para hacerla más bella
la enciende en áureo arrebol.

Casimiro PRIETO.

Dibujo de F. Prieto.


CONFRATERNIDAD
HISPANO-ARGENTINA
Foradori dib

Canto secular

(CONFRATERNIDAD HISPANO ARGENTINA)

Genio indomable de la excelsa raza
por quien el Genio triunfador de Roma
fuerte resurge y á tu honra, el brillo
cede la suya;

Tú, cuyo enlace con la gloria, al orbe
Sagunto en roja llamarada anuncia,
y arde Numancia y, al fulgor, los astros
lívidos ruedan;

Tú, que al romano, del astur y el sobrio
cántabro, opones la fiereza estoica,
y porque rindes la cerviz potente,
Roma vacila;

Tú, que la linde que á las almas puso
Naturaleza, con Guzmán rebasas,
y al heroísmo de los hombres, solio
das en Tarifa;

Tú, á quien en pugna formidable, vieron
el Guadalete restaurar los siglos
con la que mira, del Genil, sus torres
sobre las ondas;

Y de la tierra, que encontraste informe,
trazas la curva desde frágil pino:
¡sea! dijiste, y al hispano acento
fué el nuevo mundo;

¡Tú, que del tiempo los instantes llenas,
todos los puntos del espacio ocupas,
y al sol detienes, y, á tu gloria, el día
brilla infinito!

¡Oh, Genio excelso de la raza excelsa!
El pueblo joven que al surgir el siglo
sintió en sus venas circular tu sangre
nunca domada;

Y el ansia viva que en tus hijos pones
en él, del alma libertad, enciendes,
y haces que el grito que resuena en Cádiz
vibre en el Plata.

El pueblo heroico que del rayo armado
nace, y cual ígnea tempestad, se espande,
y vuela, y triunfa, y, á su voz, un mundo
libre despierta.

Ese, á quien fama da el varón glorioso
que tú educaste con designio fiero
y en quien el numen de la raza ardía
puro y sublime.

Y á cuyo paso cauteloso, inclinan
su sien los Andes, y de la ardua cumbre
mares y pueblos ve á sus pies, y en torno
mundos y soles.

Baja, de augusta majestad envuelto,
sálvase Chile y el Perú renace;
y acude al Guayas, y á su sien el lauro
ciñe Bolívar.

¡Alma de acero, corazón de niño!
¡Hoy las naciones que salvó tu brazo,
hacia su gloria, ¡San Martín! por senda
próspera, avanzan!

¡Genio indomable de la raza! El pueblo
á quien del alma libertad en nombre,
otras enseñas y otro amor, del siglo
diste en la aurora;

Ese, que hidalgo, como tú, sus hechos
nunca su honrada tradición desmienten;
más generoso, por doquier sus glorias
dicen su estirpe.

¡De la centuria cuyo albor te viera
al áureo cetro substraerle invicto,
hoy, con la hispana confundir su insignia,
te ve el ocaso!

¡El nuevo siglo que en oriente asoma
unidas siempre por doquier las mire,
como á robusta secular encina,
palma procera!

Con ellas surquen los undosos mares
naves potentes de riqueza henchidas,
y en son de triunfo, de apartadas zonas
vuelvan al puerto.

Renazca ¡oh Genio! con su augusto nombre
y llene el mundo la grandeza hispana,
¡el lauro de oro que la madre ciñe
honra á sus hijos!

Y por encima de los que hoy, al hombre,
bastos influjos, con doblez gobiernan,
vuelvan gloriosos á encender las almas
tus ideales!

De las regiones que al rosado oriente
ven las primeras encumbrarse el día,
hasta los mares en que el sol su carro
hunde y se apaga;

Mar sin riberas, su caudal sonoro
lleve el divino castellano idioma,
¡ese, el imperio donde el sol radiante
nunca se pone!

¡Dios de la raza que llevar más lejos
é invictas siempre tus banderas supo,
la que en Lepanto te salvó, y asombro
fué de la historia!

¡Que, venturosa, la nación hispana,
del continente que surgió á su esfuerzo,
el gran senado de naciones libres,
libre presida!

Tú, á quien el siglo que fenece, esclavo
te halló á su aurora, y, al morir, te deja
como los Andes, como el mar y el viento,
libre y grandioso.

Que en la centuria que amanece, pasmo
seas del orbe; tu pujanza crezca;
busquen tu seno las naciones; clara
brille tu gloria.

Que donde surja tu bandera, hermanos
los hombres sean; la justicia impere;
triunfe el derecho; vierta la abundancia
todos sus dones.

No á los afanes del trabajo sólo
tiendas la oliva: para el Arte, en medio
de rubias mieses, del laurel la grata
sombra se ofrezca.

Y no haya al genio de la raza, estadios
donde no triunfe, sirtes que no salve,
luz que á su impulso vencedor, no encienda
soles y auroras.

Ni el refulgente luminar del cielo
mayor grandeza que la vuestra alumbre,
¡Patria española, de naciones madre!
¡Patria argentina!...

Buenos Aires, Julio de 1900. MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

—×—

¡Buen viaje!

¡De un abismo de luto y pesadumbre,
sin mérito, virtud ni prenda alguna,
has podido alcanzar que la fortuna
te eleve caprichosa hasta su cumbre!

¡Cuida mucho, por Dios, no te deslumbre
la necia vanidad, siempre importuna,
ni al nivel te imagines de la luna,
ni libre de esta escoria y podredumbre!

¿Que hoy tal vez de nosotros te despides?
¿Que quizás no volvamos más á verte?
¡Ay, amigo, lo escucho sin asombro!...

¡Se requiere la espalda de un Alcides
para llevar el fardo de la suerte
con dignidad, sin encorvar el hombro!

MARCOS ZAPATA.

UN ENCUENTRO



—¡No he de moverme de aquí!
—¿Pensáis provocarme, acaso?
—¡Yo no cedo nunca el paso
á un animal!
—Pues yo sí.

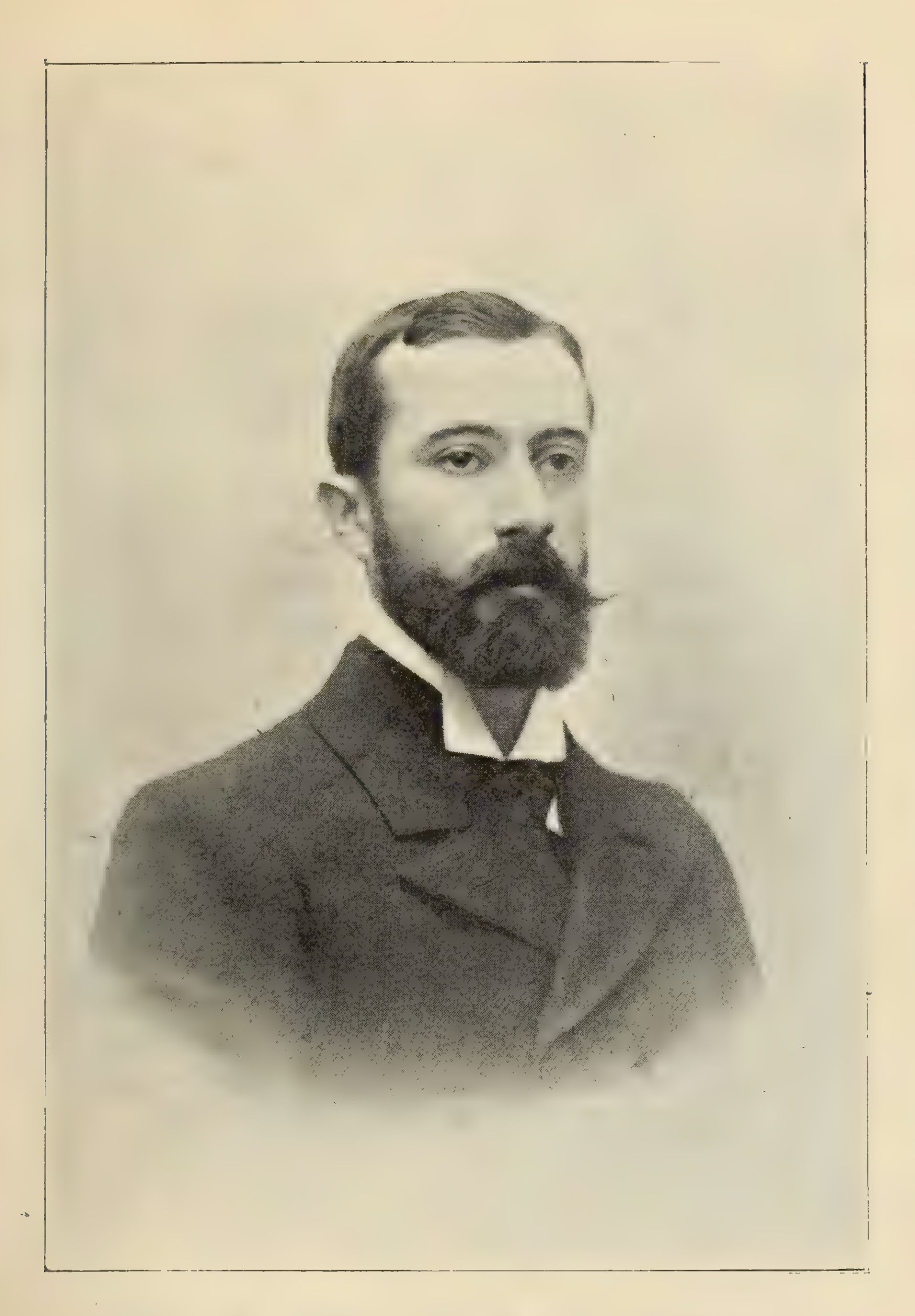
Dibujo de Apeles Mestres.

—×—

EPIGRAMA

—¿Cómo te llamas?
—Tander.
—¡Vaya un nombre que escogiste!
¡Hombre, ese santo no existe!
—¿Que no?
—¿Cuál es?
—*San-tander.*

*



Sr. D. José de Garay Rowart

ACTUAL DESCENDIENTE DE D. JUAN DE GARAY,
FUNDADOR DE BUENOS AIRES

D. José de Garay Rowart

Es el actual descendiente en línea directa del fundador de Buenos Aires, que en el siglo XVI fué teniente gobernador y capitán general del Río de la Plata.

El retrato de don José de Garay Rowart constituye, pues, una interesante nota de actualidad, en el orden de los recuerdos, por su representación natural; atendidas las corrientes de simpatía entre americanos y españoles, manifestadas recientemente con motivo del viaje del buque-escuela de guardias marinas *Presidente Sarmiento*.

Cada vez que la ocasión se ofrece son más expresivas y cordiales las muestras de afecto que estrechan las relaciones de ambos países, siendo muy halagüeño que así suceda entre elementos de una misma raza y procedentes de una misma familia. La vieja España ha sido la madre de los rioplatenses, y los sud-americanos son para Iberia los hijos mayores, emancipados ya y en pleno desarrollo; en la contemplación de cuya prosperidad, viveza y gallardía se enorgullece con razón la patria que dió origen á tantos Estados florecientes de la porción del globo que llamamos Nuevo Mundo.



Sabido es que en 1535 el Adelantado del Río de la Plata, don Pedro Mendoza, principió, junto á la ribera occidental del río, algunas casas para las tropas españolas. Pero como no prosperara la fundación, en rigor no toma de aquí su origen la ciudad de Buenos Aires. Los

querandíes, raza indígena feroz, incendiaron la nueva población, obligando á los conquistadores á reembarcarse, quedando aquélla destruída y abandonada.

Pero en 1580, Juan de Garay, con sesenta soldados escogidos, reedificóla en el mismo sitio donde antes Mendoza había echado los cimientos, y como esta vez prosperara la fundación, resulta que Garay es en justicia fundador y no restaurador de la ciudad argentina.

* * *

En tres siglos de existencia, Buenos Aires ha superado en desarrollo é importancia á muchas ciudades europeas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, siendo en su mayoría fundadas por dioses y héroes, como Hércules, Amílcar, Gerión, etc., cuando no mediaron todos los mitos del Olimpo para echar los cimientos.

Desde los primeros muros de defensa contra los naturales del país hasta el brillante estado actual, ¡cuánto esfuerzo! ¡y qué progresos se han realizado!

¡Si á Garay le fuera dado contemplar el magno espectáculo del actual Buenos Aires, á través de tres siglos!

Pero ¡ay! que sólo á los vivos que saben rendir culto al ideal, á los devotos de toda grandeza, sólo á éstos les es permitido soñar, enlazando los recuerdos para remontarse á las épocas que fueron. Para esos forma el primer eslabón la distinguida personalidad de don José de Garay Rowart, actualmente concejal del Ayuntamiento de Madrid, que por su abolengo, por el apellido que puede ostentar con orgullo, aviva el recuerdo del ayer y hoy de la capital de la República Argentina, de su fundador y del país de donde procedemos.

Y en la religión de los recuerdos, el sencillo mojón,

piedra venerable, existente hoy en la esquina de Rivadavia y San Martín, que sirvió de punto de partida á Garay para la distribución de las tierras entre los primeros pobladores, debe ser para los argentinos cosa sagrada, algo parecido al ara de la patria. La humanidad de Garay, la existencia real de su paso por la vida y del hecho de haber edificado la ciudad de Buenos Aires, palpitan en el mojón referido por manera más elocuente y verdadera que se refiere en las páginas de la Historia el mito de la loba amamantando á Rómulo y Remo, de donde diz que arranca la fundación de Roma.

Saludemos, españoles y argentinos, á don Juan de Garay Rowart, venerando la memoria de su ilustre antecesor, haciendo votos para que el apellido Garay sea siempre el nexo de nuestra cordialidad.

***

Alba mística

I

La noche en las vidrieras del monasterio
tiende velos de sombras y de misterio...
Con amantes abrazos cubre la hiedra
el helado regazo de dura piedra...
el crepúsculo tiembla; la noche umbría
en sus claustros profundos detiene al día.

II

Ya mi pecho te siente... tú eres la hiedra
que abraza temblorosa la dura piedra.
¡Tú eres la enamorada de la ruina!
El horizonte negro ya se ilumina.
Ya vuelven á mi pecho los ideales
mientras que el fulgurante Sol, los cristales
del monasterio baña con luces vivas
y aparecen los santos en las ojivas!

Méjico. JOSÉ JUAN TABLADA.

Anacronismo

A Emilia Reyes.

Si á influjo de tus gracias me domina,
al mirarte, dulcísimo embeleso,
y ahuyenta grises brumas de mi alma
el aura embriagadora de tu aliento,
entre deleites del soñar nostálgico,
con insistente afán, Emilia, pienso
que debiste nacer en áurea cuna
mecida en frondas de pensil heleno.

Ha sido aberración que no vinieras
al mundo allá en los juveniles tiempos
en que vibraba el aire al suave ritmo
de dáctilos y yambos y espondeos,
y en que encontró los permanentes moldes
de belleza inmortal el arte griego.

¡De cuán distinto modo lucirían
los gentiles contornos de tu cuerpo,
si en vez de aprisionarlos torpemente
cualquier deformador traje moderno,
los encelara la sencilla estola
ó la amplia tela de flotante peplo!

En la clásica Atenas te aclamaran,
con turbadoras ansias del deseo,
émula de la olímpica Afrodita,
dulces y enamorados, los efebos.

A veces contemplarte me figuro
jugando alegre en bullicioso hornelo,
ó arrancando sonidos de la lira,
de la erastoma al cadencioso metro.
Otras, que te adelantas me imagino
por el hermoso exástilo del templo,
canéfora riente que cautiva
del minervino culto á los adeptos.
O que entre giros de la danza frigia
invade amor tu palpitante seno,

al compás de los sáficos y adónicos
y al susurrar del aromado céfiro.

¡Oh hechicera beldad! Yo que deploro
que no subyugue más tu tipo heleno
á esta menguada sociedad prosaica
que poco entiende de placer estético,
ansío que nos vuelva el viejo Cronos
á los días de Ulises ó de Alceo.

MANUEL A. SAN JUAN.

Lima.

Dibujo de F. Prieto.

Mármoles

LA VENUS DE MÉDICIS (1)

La luz, ya deslumbrante, ya indecisa,
que en todo brilla como llama pura,
las líneas al tocar de tu escultura
es luz mezclada con fulgor de risa.

De tu elegante corrección concisa
sobre tu cuerpo muestras la hermosura,
é inclinas levemente tu figura
poderosa y gentil, casta y sumisa.

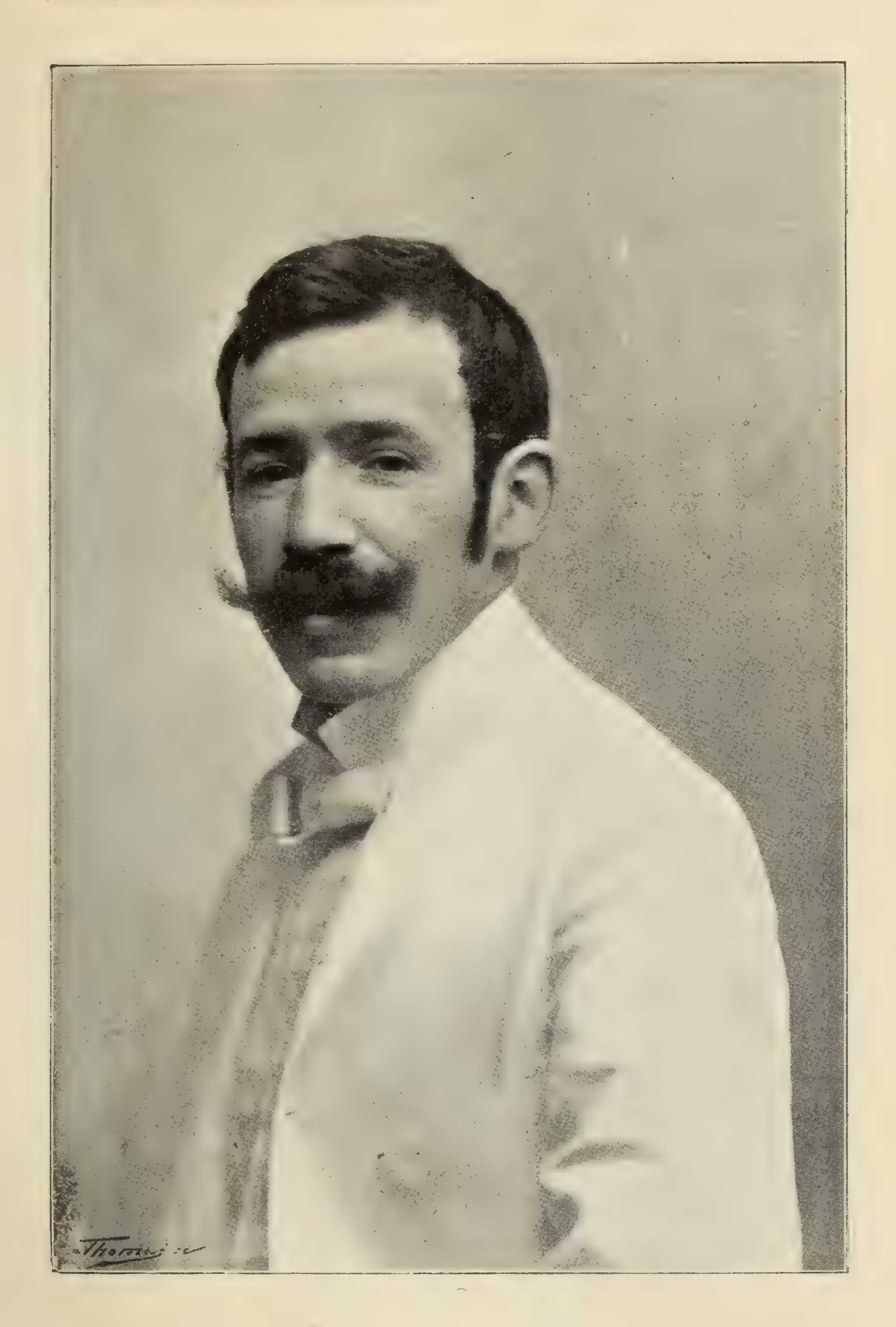
Inútil es que con tus manos bellas,
cual nublan dos celajes dos estrellas,
quieras dos glorias recatar prudente.

No luchen tus pudores por velarte;
para el mirar, tu forma toda es arte;
para el beso, tu mármol todo es frente.

1900.

SALVADOR RUEDA.

(1) Este soneto y los demás del mismo autor que contiene el presente volumen, forman parte de una colección inédita que, con el título de *Mármoles*, en breve se dará á luz en España. A la noble amistad del eximio poeta andaluz debemos el poder ofrecer á nuestros lectores esta primicia literaria. —*(N. de la D.)*



Sr. D. Mariano Benlliure

Mariano Benlliure

La feliz inspiración de la Municipalidad de Buenos Aires, confiándole la ejecución de la alegoría de la fraternidad hispano-argentina, destinada como obsequio á S. M. la Reina Regente de España, y el fallo del Jurado internacional de Bellas Artes, reunido en París, concediéndole el premio de honor, han aumentado en 1900 la numerosa serie de triunfos conquistados por el escultor Benlliure en el transcurso de su brillante carrera artística.

Esos grandes triunfos, casi simultáneos, representan la más elocuente sanción de la universalidad del prestigio del artista, que con sus creaciones geniales seduce á los profanos, cautiva á los inteligentes y logra de la crítica los más altos juicios.

Medido el hombre por la edad — 37 años — diríase un genio prematuro, rodeado de los graves peligros que acompañan toda precocidad.

Estudiada la obra del artista, que llega á las altas cumbres de la celebridad y de la gloria, después de veinticinco años de lucha sin tregua, entusiasta, tenaz, viril, surge de sus poderosas facultades naturales cultivadas con labor y estudio, artista de cuerpo entero, que se ha labrado con el propio esfuerzo un pedestal inconmovible.

Cómo ha interpretado el genial Benlliure los sentimientos del pueblo argentino hacia España, desbordantes de gratitud ante la recepción tan cordialmente entusiasta que la Corte y el pueblo brindaron á los marinos argentinos tripulantes de la fragata *Sarmiento,* lo



Croquis del jarrón alegórico ofrecido por la Municipalidad de Buenos Aires
á S. M. la Reina Regente de España

dice gallarda y elocuentemente el jarrón alegórico cuya reproducción honra las páginas de este Almanaque.

Huelga toda descripción ante la obra, pues la idea esencial y todas las secundarias que la realzan, aparecen con tal claridad interpretadas en el bronce, que hasta los menores detalles se razonan aisladamente y eslabonándolos se llega al complemento de la creación.

Respecto al último triunfo del escultor Benlliure en París, cumple decir que tres artistas españoles, maestros de la pintura, habían alcanzado ya el alto honor de la gran medalla: Rosales con su famoso cuadro *El testamento de Isabel la Católica,* Pradilla con su *Doña Juana la Loca,* y recientemente Sorolla con su *Triste herencia.*

El primer escultor español que la obtiene es Mariano Benlliure, y tan digna y brillantemente conquistada como lo atestigua la simple enumeración de las obras enviadas á la Exposición.

Como modelos de escultura ornamental, expuso el *sepulcro de Gayarre* y la gran chimenea *El Infierno del Dante.* Las estatuas de *Trueba* y de *Velázquez,* ambas con base monumental, llegan al mayor grado de acierto en la interpretación. Los retratos de la familia real española, del pintor Domingo, del sabio profesor Lacaze, del estadista Silvela, del duque de Denia y del torero Mazzantini — este último recordando los clásicos bustos de los emperadores romanos — son otras tantas notas personalísimas, de una fuerza de expresión tan sugestiva como la que produce el original mismo.

Completó su serie de obras en exposición, un fragmento en mármol de su grupo *No le despiertes* y unos estudios de toros, vaciados en bronce, que son toda una genialidad, especialmente el titulado *La estocada de la tarde.*



Estatua de Velázquez

Mariano Benlliure ha conquistado medallas de oro de primera clase en Roma, Viena, Munich, Berlín, Chicago, Madrid y Valencia; gran diploma de honor en Madrid y gran medalla de honor en París.

Con anécdotas de su precocidad artística se llenarían algunos libros. Se inició en los secretos del arte en la Academia de San Carlos, de Valencia, y estudió durante muchos años en París y en Roma.

La escultura y la pintura le son igualmente familiares; sus acuarelas de escenas de toros han contribuído á acrecentar su celebridad.

Su producción abarca todos los géneros y ha llegado á todos los grandes centros donde el arte se comprende y se estima y se retribuye con esplendidez.

Son obra de Benlliure los altos relieves del gran salón del millonario Gould, de Nueva York; el friso y zócalos del salón del banquero Baüer, socio de Rothschild, en Madrid; y en todos los interiores suntuosos de las cortes de España, Italia, Austria, y en muchos de Londres y Munich, tiene Benlliure manifestaciones de su arte.

Sencillo, cariñoso, infantil hasta la ternura, originalísimo en todas sus exterioridades, vive sembrando afectos y cosechando amigos.

Pocos artistas hay tan universalmente respetados y queridos.

Un rasgo de Benlliure.

Celebróse en el palacio de los duques de Fernán-Núñez una gran fiesta de caridad, á la que asistió el rey Alfonso XII y la corte toda de España.

El duque, gran admirador de Benlliure, le invitó á la fiesta, y el Rey, al divisar á Benlliure, le llamó, porque gustaba siempre aquel desventurado monarca del trato de literatos y artistas jóvenes.

Conversaban el Rey y Benlliure cuando la duquesa de



El Infierno del Dante
Grupo escultórico ornamental para una gran chimenea

Alba se aproximó llevando una gran bandeja con tazas de chocolate, que ofrecía á cambio de una limosna.

Tomó su taza el Rey y depositó en la bandeja un billete de 500 pesetas; tomó la suya Benlliure, y metiendo mano al bolsillo sacó un billete de 1.000 pesetas y lo entregó también á la duquesa.

Observaron todos los presentes la generosidad de Benlliure, y el rey Alfonso, siempre ocurrente, le dijo: — *Veo que los artistas son más generosos que los reyes.*— A lo que Benlliure replicó en el acto: — *Perdone Vuestra Majestad, es que no llevaba otro billete.*

Buenos Aires Agosto de 1900. JOSÉ ARTAL.

Joyas de la literatura griega

EL CONVITE

De rosas coronando
las sienes y cabellos,
risueños y gozosos
las copas vaciemos.
Una gallarda joven
de ágiles pies y tiernos,
graciosas danzas teje
al compás de su plectro.
La yedra de sus tirsos
lleva los ramos sueltos,
y al girar se ensortijan
y susurran al viento.
Síguela un mancebito
de fino y rubio pelo,
las cuerdas de la péctide
diestramente tañendo;
Canta con penetrantes
y divinos acentos,
que aromosos resbalan
entre sus labios frescos.
Y el rubio Amor y Baco
con la risueña Venus
asisten al convite,
delicia de los viejos.

ANACREONTE.

Insolación [1]

Va la recolección: en el sembrado
de lozanas gramíneas se apresura
con la cortante hoz el dueño armado.
Sobre la igual cubierta de verdura
que se muestra en la tierra como alfombra,
brilla en informes lampos el pajizo
tinte de las espigas; y en el suelo
amontonadas yacen las que á plena
troje la ambición mueve. Ni una sombra
calma el fuego del grave mediodía,
al varón inclinando á su faena;
y de brisa que huye un leve rizo
apenas mece en honda lejanía
la llanura de plantas...

¡Cuán hermosa
del trabajo la acción, con que acrecienta
la mente humana el natural tributo
de la savia potente y generosa!
Y ¡cómo es dulce que en jugoso fruto
retornen á la vida los encantos
que ella con obras de esperanza alienta!

Aliento del amor con que á los hijos
previene el labrador dicha y riqueza,
cayó á su campo en estación tan grata,
que ahora sin más pesares ni quebrantos
que los que en rayos calcinantes, fijos,
baja el sol, taladrando su cabeza,
de mies repleto el campo se dilata!

Es quebranto ese sol, sobre iracundo
Trópico hiriendo en Cáncer. Da el fecundo
beso que hace que estallen en el tronco
los renuevos de vida, que la onda
templa donde, á su fuego, la caricia

(1) Primer premio en un certamen literario celebrado últimamente en Santo Domingo.

parte de un ser al otro ser; que ahonda
en la reseca tierra, y luego sube
á lanzar prodigioso la delicia
que cuaja entre los senos de la nube,
en fresca y suave y delicada gota!...
Da su beso fecundo, como nota
de vida palpitante, y rudo, bronco,
otro beso de muerte: sobre abismos
de gloria y de salud, débiles, tristes,
sucumben al calor los organismos.
En el afán de su trabajo, siente
el labrador como de airada mano
una ruda presión sobre la frente...
Tiemblan sus ojos; misterioso fluido
discurre por sus venas crepitante;
como de mar, estrepitoso ruido
le asorda, y cae: bajo el enorme peso
de la fuerza del astro, en breve instante,
la mente de conceptos se vacía,
párase el corazón y se huye el día.

Tendido sobre un cerco de marchitas
plantas reposa: abierto el labio espera
la frescura alejada; lleva escritas
las ansias del vivir su rostro inerte:
y sobre los desaires de la suerte,
sobre ansias malogradas, desde un cielo
impasible á tal ruina, á tal espanto,
el sol con lumbre inmensa reverbera!

Santo Domingo. RAFAEL A. DELIGNE.

EPIGRAMA

Siendo cajero Vicente,
le tentó sin duda el diablo,
y huyó llevando consigo
un taloncito del Banco.
Fué tras él la policía,
pero se cansaba en vano,
porque con sus tres talones
corría mejor que un galgo.

*

Las rubias y las morenas

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA MARIA TERESA BENÍTEZ)

Al abrir las páginas de este álbum me han sonreído dos caritas femeninas infantiles, y he sentido ante ellas una alegría súbita, así como si un rayo de luz de aurora hubiese penetrado en mi alma, que ya va cayendo en la penumbra de la vida.

Siempre me produce esta grata impresión la infancia.

Estas dos cabecitas artísticas, contrastando en colorido — luz y sombra — los dos tintes fundamentales de la creación, me han traído á la memoria esa cuestión de gustos, tan debatida en sociedad, á propósito de las rubias y las morenas, y me he preguntado de una manera reflexiva: ¿Es cierto que se puede gustar más de la mujer morena ó de la mujer rubia?

Veamos lo que hay en esto de verdad.

¿Qué es lo que amamos en la mujer?

Amamos á la mujer en sí misma, en su esencia femenina, con prescindencia de la luz que refleja, ya sea luz de aurora ó crepuscular. Lo que nos arrebata en la mujer es el ardor de su vida, la ternura de su alma, los secretos de su amor. No hay hombre que no se haya estremecido muchas veces ante la belleza de rubias y morenas. Luego, lo que verdaderamente amamos es á la mujer, esa página la más bella del álbum de la Creación.

Sin embargo, profundizando la cuestión, tal vez puede encontrarse la verdadera razón de ser de estos dos colores en el bello sexo.

El Creador ha envuelto al hombre en la luz del día, que comprende también esos dos matices. Ha creído probablemente que una mañana permanente ó una noche sin término llegaría á ser monótona.

¿No habrá querido también, por la misma razón, darle una rubia y una morena?

Por lo menos así lo ha comprendido el bueno de don Hilarión, ese viejecito enamorado de *La verbena de la Paloma*, y á fe que es autoridad en la materia.

Barón de ARRIBA.

Buenos Aires.

¡Ven!

La primavera ofrece
un nido á nuestras almas.
Viejo naranjo brinda
sus pétalos de nácar.
Despierta, más hermosa,
la selva solitaria:
palpita, vive y siente
ante la nueva savia.
Y Flora enardecida,
al luminar del alba,
ánfora de perfumes
en la extensión derrama.
Y el pájaro canoro,
batiendo alegre el ala,
del arroyuelo manso
apenas roza el agua.
Vago rumor extraño,
un eco de plegaria,
al corazón inquieta,
le anima y dice: «¡Ama!»
Ven á gozar la vida,
mi dueña americana,
la de mis rojos sueños,
mi ardiente fascinada.

Santa Fe (República Argentina), 1900.

Luis MARTÍNEZ MARCOS.

La Pecadora

(POEMA EVANGÉLICO)

I

No muy lejos del mar de Galilea
se elevaba un espléndido castillo,
do vivían en gloria y abundancia
tres hermanos, los tres hijos de Siro.
Lázaro y Marta, buenos y virtuosos,
respetaban su nombre y sus principios,
y en María, la última, cifraban
su ilusión, su esperanza y su cariño.

¿Habéis fijado la atención, oyentes,
en esa planta que produce el lirio,
si crece, acaso, en nuestros hondos valles
próxima á la corriente? Fué asimismo
como creció la virgen Magdalena;
y, llegada á la edad de los hechizos,
brotó en ella la flor de una hermosura
cuya fama trasciende veinte siglos!

Era su cuerpo esbelto y delicado,
de voluptuosa morbidez vestido;
su color, como el nácar de los mares;
sus labios, cual la púrpura de Tiro.
La pasión y el talento chispeaban
en sus ojos azules y tranquilos,
como chispea en los profundos cielos,
en noches despejadas, el gran Sirio.

Pero en medio de todas las bellezas
que hacían de la joven un prodigio,
atrayendo á sus pies, no ya á su lado,
á los hombres de amor enloquecidos,
ninguna era más grande y seductora
ni más llena de raros atractivos
que su cabello, ahora como entonces
de cabellos hermosos prototipo.

Rubio como la mies en el verano,
ondeado, abundoso, largo y fino,

arrojaba destellos que formaban
sobre la frente de su dueña un nimbo.
Despidiendo el olor del cinamomo
con que ëlla le ungía de continuo,
por pagarle su esmero circundábala
de ambiente embriagador y distinguido.

Cuando sobre su espalda de sirena
le traía en guedejas extendido,
él la envolvía como regio manto,
de Cleopatra la opulenta digno.
Si trenzado con perlas orientales,
parecía por magia convertido
en dos áureas culebras que besaban
esas sienes de mármol con deliquio.

Acosada por mil adoradores
que murmuraban quejas á su oído
y durante la noche le cantaban
versos que eran del alma agudos gritos;
el juvenil cerebro transtornado
y de los humos del elogio henchido,
ella cayó, como Luzbel, del cielo
á las tinieblas del más negro abismo!...

A los siete pecados capitales
rindió su corazón, antes sencillo,
y la casa paterna transformóse
en un antro de escándalos y vicios.
¡Sin poderlo evitar, lo lamentaban
Lázaro y Marta, de dolor transidos,
con nostalgia acordándose del tiempo
de austeridad y honor, tiempo bendito!

En la comarca entera resonaba,
como eco del infierno desprendido,
el rumor de las fiestas bulliciosas
que tenían lugar en el castillo.
Asombradas las gentes expresaron
su enérgico reproche y su desvío,
otorgando á la indigna castellana
de *Pecadora* el nombre infamativo.

II

A la sazón un Hombre milagroso
recorría incansable la Judea,
predicando el amor sincero y puro,
primer fuente del bien sobre la tierra;
viviendo una existencia inmaculada,
sembrando beneficios por doquiera,
y prometiendo á quienes le escuchasen
con simple corazón, ventura eterna.

Su continente es grave y majestuoso,
dulce su voz, y la expresión serena
de sus claras pupilas, semejante
al rutilar de una lejana estrella.
Conforta al afligido; auxilia al pobre;
al malato le sana de la lepra;
á muertos resucita; á poseídos,
de malignos espíritus liberta.

Van tras Él entusiastas multitudes
bebiendo en el raudal de su elocuencia
y aprendiendo en parábolas sublimes
lecciones de piedad y de grandeza.
Todos le aclaman. Llámanle á porfía:
¡EL REDENTOR DEL MUNDO! ¡EL GRAN PROFETA!
¡EL SALVADOR DEL HOMBRE! ¡EL DESEADO!
¡EL PROMETIDO Á LA NACIÓN HEBREA!

Ante la öla de fervor grandioso
la *Pecadora* sonreía escéptica,
sin sospechar que pronto lavaría
en esas limpias aguas su conciencia.
Ninguna voz del alma le anunciaba
que iba á cambiar en lágrimas sus perlas,
y á dejar por el áspero cilicio
sus encajes, sus gasas y sus sedas.

Por la curiosidad estimulada,
mezclóse un día con la turba inmensa
y siguió, entre el gentío confundida,
del Hombre-Dios las sacrosantas huellas.
Escuchó su Palabra, que sonaba
tanto á reconvención como á clemencia,
y en sus ojos, que tristes la miraron,
vió esa luz que abrillanta las esferas.

Escuchar y creer fué todo uno
para aquella gentil naturaleza,
que, sacudiendo de la culpa el fango,
ansió volar por la región etérea.
A sus plantas cayó despedazada
en cien jirones del error la venda,
¡y conoció cuán negro es el pecado
y cuán blanca y radiante la inocencia!...

III

Es una tarde hermosa y apacible,
llena de luz, de aromas y de encantos;
tarde primaveral, en que Natura
sus primores ostenta renovados.
En la amplia sala de Simón se encuentran
Jesucristo y los suyos, disfrutando
de las delicias de especial banquete
con que el Maestro ha sido agasajado.

De repente en la estancia se presenta
una linda mujer bañada en llanto,
medio escondido el peregrino rostro
por el blondo cabello destrenzado.
Sus manos, por lo blancas y pequeñas
y porque de emoción están temblando,
recuerdan alas de paloma herida
y sostienen un bote de alabastro.

Se derroca á los pies de Jesucristo;
abre ligera su precioso vaso,
y, entre ósculos, derrama sobre aquéllos
el contenido, un delicado bálsamo.
Los enjuga después con su melena,
y el Señor, que la mira consternado,
le dice: «¡Vete en paz! Amaste mucho:
¡tus pecados han sido perdonados!»

En ese instante el universo todo
pareció doblemente iluminado;
en el huerto vecino su perfume
las flores y los frutos exhalaron;
en los rayos del sol que se cernían
eran luceros los menudos átomos,
y en el excelso Empíreo los querubes
su himno mejor alegres entonaron!...

Cajamarca (Perú), Mayo de 1910. AMALIA PUGA DE LOSADA



Sr. D. Federico Prieto Baldés

DISTINGUIDO DIBUJANTE ESPAÑOL

Federico Prieto Valdés

Es poco menos que un título de honor el ser natural de la ciudad de Reus, situada no lejos de la antigua capital de la España tarraconense, pues que entre los hijos de aquélla abundan las notabilidades en proporción tal, con referencia al número de habitantes, como no ofrece igual ningún pueblo del resto de Cataluña.

Algunos de sus hombres ilustres, y entre ellos el general Prim, el doctor Mata y el gran pintor Fortuny,—eternamente notables,—son famas del dominio universal y tienen sitio de honor en las páginas de la Historia por la influencia provechosa que ejercieron á su paso por la vida.

Aun recordando aquella ingeniosísima fábula de Hartzenbusch, *El linajudo y el ciego:*

> A un ciego le decía un linajudo:
> —Todos mis ascendientes héroes fueron.
> Y respondió el ciego : — No lo dudo;
> Yo sin vista nací : mis padres vieron...

tengo por muy pertinente el recuerdo de los hijos ilustres de Reus al presentar al público argentino la simpática figura de don Federico Prieto Valdés, muy digno hermano de nuestro director, puesto que las notabilidades referidas representan, condensan, diríamos mejor, el espíritu local de Reus, el tipo de sus hombres, y su memoria influye grandemente la estimativa de los paisanos de Prim, entre los cuales se encuentran los hermanos Prieto Valdés, que lejos de parecerse al ciego ni al lina-

judo de la fábula, uno y otro tienen condiciones propias bien características, y no han menester de las galas ajenas. Y precisamente ambos hermanos entran de lleno en el cuadro de los reusenses distinguidos.

Federico Prieto está poseído de natural modestia, tanto que sin duda ha de ruborizarse como cándida doncella por la publicación de su retrato en estas páginas. Su nombre se suma entre la pléyade de intelectuales con que cuenta Barcelona, donde él reside. Por su laboriosidad y por sus méritos sería su nombre muy divulgado á dedicar sus actividades en otra labor, cuyo trabajo no fuera anónimo para el mercado.

Tiene nuestro hombre buen parecido «espiritual» con su hermano don Casimiro, cuya musa juguetona es bien conocida y apreciada en Sud-América. Federico desde muy joven invadió los diversos campos de la música, de la literatura y de las artes del dibujo, que viene cultivando por atracción irresistible; con lo cual dicho se está que su espíritu no se suma entre las vulgaridades, según se echa de ver en las viñetas decorativas que bajo su firma se continúan todos los años, con aplauso, en las páginas de este Almanaque.

Puesto ante el piano, nuestro colaborador, ataca las notas con limpieza y sentimiento artístico, en que se revela quien se sale de la clasificación de «aficionado.»

La producción literaria de Federico ha sido escasa, por falta de ocasión para colocar cuartillas y por exceso de ocupación en las bellas artes. Le sobra vena para el cultivo de la literatura, que es donde son más evidentes los puntos de contacto con su hermano el literato argentino. Usa, como es propio viviendo en Barcelona, la lengua catalana y son sus procedimientos literarios la mayor

sencillez y la naturalidad, realzando sus escritos con oportunos toques de agudeza, dignos, en general, de la chispeante pluma de don Casimiro. El epigrama y el equívoco son su fuerte. Lástima que no haya desarrollado sus facultades naturales en esta especialidad, tan mal tratada en la literatura catalana, salvo contadas excepciones.

Si en las bellas artes su nombre no tiene relieve, débese únicamente á la circunstancia de aplicar su talento y actividad á la industria, que es siempre absorbente y, además, enemiga del ingenio.

Pero merece alguna aclaración el concepto que se nos acaba de deslizar de la pluma. Federico Prieto no se dedica á ninguna industria prosaica, en la que su espíritu estaría como alma en purgatorio, no, sino á un arte industrial anexo á las Bellas Artes, en cuya labor cotidiana puede verter á gusto el cariño de su alma de artista, toda vez que se trata de una especialidad notable en la Edad media y restaurada felizmente en nuestra época: tal es la vidriería artística. Empero ella, industria al fin, expide los productos al mercado sin firma de artista y bajo la etiqueta de una razón social, tras la que se eclipsan los nombres y personalidad de los artistas productores. Será una injusticia, pero es una realidad, que á Prieto no le preocupa: le basta con la satisfacción de cumplir con su deber de artista.

Estas circunstancias, englobadas, determinan la especial figura de Federico Prieto; como reusense participa de la característica local: es expansivo, generoso, altruista, posee el don de gentes, y todo en él es cariño y atracción. Como artista y literato no se ha manifestado en todo el desarrollo de que es capaz por sus aptitudes y fuerza cerebral.

Y ya que sus gracias hemos mencionado, nos ha de ser lícito señalarle un lunar, que completará su figura. Prieto tiene el defecto de no haber salido de Cataluña, pues es cosa manifiesta que los hijos de la antigua nacionalidad catalana no brillan por completo sin haber traspasado fronteras ó mares; no revelan, por lo general, todas las condiciones de su talento en la patria nativa. Así Prieto es, si se nos permite la figura, como planta de forma esbelta, de hojas bellas y flores de exquisito aroma, pero la cual necesita espacio mayor, aire nuevo, ser trasplantada, para alcanzar un desarrollo esplendoroso. O en otros términos: ocurre con nuestro colaborador algo parecido á la sorpresa agradable que causan ciertos pueblos encantadores, perdidos entre bosques y collados, que nadie cuida de describir ni alabar y seducen nuestros sentidos cuando el azar nos lleva á contemplar su perspectiva; que lo modesto, si es bello, siempre tiene sus atractivos, en justa compensación á la absorbencia de las grandezas chillonas, que no siempre traen en pos de sí el encanto misterioso de la poesía, como aparejado lo lleva siempre la sencillez pudorosa.

EUDALDO CANIBELL.

DESPUÉS DEL PRIMER SUEÑO

Se casaron los dos, y al otro día
la esposa, con acento candoroso,
al despertar, le preguntó al esposo:
—¿Me quieres todavía?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Sistema crítico

I

Espiritual, vaporosa,
suave, esbelta, delicada,
notábase en su mirada
una expresión misteriosa,
como si de la fortuna
se hubiese, triste, quejado
aquel bello ser formado
con un rayo de la luna.
Sólo para Andrea había
en este mundo un consuelo,
sólo calmaba su anhelo
y su afán la poesía.
Con singular interés
leyendo se deleitaba,
y cuando un verso acababa,
aprendía otro después;
que era aquella enfermedad,
fruto de extraño lirismo,
para unos romanticismo
y para otros necedad.
Deseándole al momento,
á manera de receta:
las mujeres, un poeta;
los hombres, un casamiento.
Por entonces arribó
á aquel lugar escondido
Ruiz, poeta distinguido,
quien á Andrea conoció.
Y Ruiz, ya puesto al corriente
de la manía de Andrea
y viendo que no era fea,
se enamoró de repente.
¡Qué diálogos tan poéticos!
¡Qué conceptos tan retóricos!
¡Qué trozos tan escultóricos!
¡Qué ideales tan estéticos!

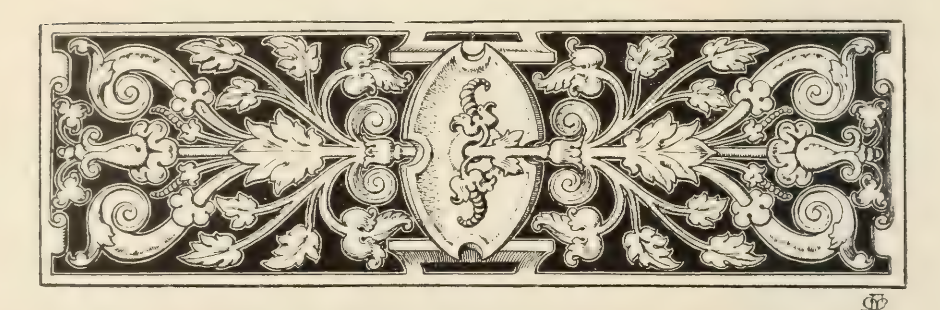
Y á la postre, Andrea y Ruiz,
como es justo, se casaron
y adorándose empezaron
una existencia feliz.

II

De la niña delicada
que de sus sueños vivía
y el céfiro parecía
quebrarla, no quedó nada.
Aquella existencia inquieta,
aquel afán terminó,
aquel ardor se acabó
teniendo en casa al poeta.
Bien pronto la palidez
de su rostro se borraba
y en sus formas se notaba
una elegante esbeltez.
Aquel algo incomprensible
de sus miradas, huía,
y, ahora, en sus ojos ardía
un fulgor irresistible.
Ruiz, borracho de placer,
bendecía su pasión
y hallaba la inspiración
en su arrogante mujer.
Y el mundo llegó á envidiar
aquella musa tan bella,
porque era la musa aquella
para uso particular.
Con idéntico interés
Andrea, siempre leyendo,
mil versos fué conociendo
que recitaba después,
dándole por resultado
su lectura continuada
que tras una temporada
tuvo el gusto depurado.
Y pudo saborear
los versos de su marido
y con su recto sentido
se los pudo criticar.

Y los halló muy ripiosos
y vió alguna poesía
en la que versos había
cortos ó defectuosos.
Y al verlos de ripios llenos
dió su crítica completa...
huyendo con un poeta
que hacía versos muy buenos.

Buenos Aires, 1900. LUIS GARCÍA



Mármoles

EL FRISO

Al eminente político
D. CARLOS NAVARRO Y RODRIGO.

Ya labraron las jóvenes el velo
á la diosa Minerva, y se dilata
del templo tras la regia columnata
la procesión, bajo el riente cielo.

Van incensarios de oscilante vuelo,
reses, de sangre al sacrificio grata,
frutos, *paneas*, ánforas de plata,
y ofrendas mil del ateniense suelo.

Figuras, y ropajes, y corceles,
desfilan en magníficos tropeles
por el alegre y resonante piso.

Y en confusión espléndida y hermosa,
parece dar la vuelta esplendorosa
Atenas toda por el largo friso.

1900. SALVADOR RUEDA.

Dibujo de Apeles Mestres.

Las monedas

Los harapos cubrían sus cuerpecitos. Las rubias cabelleras desordenadas parecían querer huir de aquella miseria, y se enroscaban y esparcían. El aire se colaba en el cuartucho, silbando al pasar por cien rendijas. Pero los niños tenían los ojos brillantes y los pómulos rosados. Corrían y respiraban fatigosamente.

Eran cuatro. Ninguno había comido. Pero tenían una moneda en las crispadas manecitas. Y se les agrandaban los ojos cada vez que miraban el tesoro. Y soñaban, cándidamente, con una incalculable variedad de golosinas.

El padre les había dicho:

—Al que se quede sin comer le doy una moneda.

Todas las criaturas habían preferido la riqueza. Y habían levantado enérgicamente los brazos al apretar entre los dedos el disco.

Todo fueron risas, y carreras, y algazara, mientras el obrero devoraba el puchero mísero, mirando oblicuamente á los hijos. No contaban éstos con las exigencias del hambre. Ignoraban la trascendencia del negocio. La necesidad les vencería. ¡Ya lo creo que les vencería!...

El padre se fué á la fábrica á ganar el mendrugo, y cuando volvió, ya entrada la noche, los chicuelos corrieron á darle las monedas. En sus semblantes pálidos había estela de lágrimas.

—¡Tenemos mucha hambre!

—¿Sí? — les contestó el obrero. — Pues traigan las monedas.

Y las monedas volvían.

***

Había muerto la madre, que ayudaba á ganar, y el alimento faltaba. Las monedas serían entregadas y recibidas siempre que faltara pan. Y los niños volverían á correr y á reir encerrados en el cuartucho. ¡Oh las ambiciones!...

Las monedas irían minando sus vidas. Y acabarían con ellas otras de más valor que les darían los hombres en el transcurso de los tiempos.

José M.ª QUEVEDO.

La Plata.

El poder del llanto

A Emilia Pardo Bazán.

I

Dió el cielo á la mujer miles de encantos,
y además de ser tantos,
son éstos de un poder irresistible:
además de lo bueno y lo sensible,
une al pudor, en cuya frente pura
todos beben su copa de locura,
el dejo celestial de sus acentos
y unos ojos que ven los pensamientos.

II

Leyendo esto, al gran Lope recordaba
nuestra insigne escritora, y replicaba:
«¿Y á qué olvidar nuestro mayor encanto?
Para ablandar lo duro del destino,
ha dado Dios á la mujer el llanto,
que es lo que hay en lo humano de divino.»

Ramón de CAMPOAMOR.



Uruguaya

Fot. Fitz-Patrick.



Jesús (1)

I

Como brota del charco sombrío
y á conjuros de luz meridiana, —
yo no sé por qué afán de lo triste, —
gracioso nenúfar de flores de nácar:
la presión secular exprimiendo
de la fétida chusma, la entraña,
conjuró de aquel barro de sangre
la noble azucena doliente de su alma!

II

Gota pura del bien absoluto
de la estirpe mortal, destilada;

(1) Publicamos este poema con notables modificaciones introducidas por el autor, que hacen de tan hermosa poesía un trabajo casi nuevo. —*(N. de la D.)*

prodigioso perfil de la errante
visión de justicia que sueña la raza;
profundísimo beso errabundo
que al rozar tus dolores, estalla:
perdurable tristeza divina
cubriendo las viles tristezas humanas!

III

Celestial mensajero que siente, —
mientras cruza los orbes y baja, —
la precisa intuición espantable
del hondo vacío voraz que lo traga!
Femenina zozobra que al mundo,
como palio de lágrimas, guarda;
gemebunda torcaz valerosa
que al prófugo crimen le tiende las alas!

IV

Corazón matinal, todo blanco,
cuyo fuego de hoguera ofrendaria,
con efluvios de mirra, perfuma,
de Job, la rabiosa, la trágica sarna!
Corazón, cuyo amor intangible
sin buscar otro amor, se dilata,
como estuvo en el caos el Eterno,
sin peso, ni forma, ni rumbos, ni vallas!

V

Cual se tuercen y escurren flexibles,
sin lograr abatir la muralla,
ya tenaces, ya febles, ya locos,
bramando y silbando, los vientos que pasan:
la invasora legión de cariños
que á la vida real nos amarra,
no logró reducirle, siquiera,
ni al sacro materno dogal de la patria!

VI

Nebulosa de amor: de amor mismo;
sin la paz del hogar, que coarta,
ni la fiel amistad, que suprime,
ni aquel inefable deleite, que sacia!

No asirás, hombre fórmula y ergo,
su inasible figura esfumada:
como polvo de aurora, difuso,
difuso en la vida su espíritu vaga!

VII

Proyectó sugestiones de nimbo
su perpetua niñez inspirada;
rechazó lo carnal de sus carnes,
cual cisne jocundo que hiende las aguas;
no sufrió lobregueces de ocaso
su fulgor de lucero del alba:
blanco César triunfal de lo puro,
querube incorpóreo que preña las almas!

VIII

Como diestros, por sí, se detienen
los caudales del mar en la playa;
cual germina, y retoña, y produce,
silvestre, salvaje, libérrima planta:
ni el saber, ni el sofisma turbaron
su sagaz, pensativa ignorancia:
floración cerebral; tierra virgen;
flamígero foco del verbo, que irradia!

IX

Como aquel predilecto que siente,
por geniales virtudes innatas,
la noción de las notas que surgen,
y ondean, y ríen, cual ninfas hermanas:
pudo aquel predilecto admirable,
como disco luciente de plata,
reflejar, en la noche futura,
la eterna, la sola verdad soberana!

X

Formidable saber que redujo,
como á loca jauría, en su alma,
cual recoges el cielo en tus ojos,
y el mar, y la selva, y el río, y la pampa!
Formidable saber que sanciona

que tu bien y tu mal son palabras;
resonantes palabras vacías!
cilicio de púas internas que arrastras!

XI

Porque luz, y calor, y sonido
sólo son cerebrales fantasmas,
mientras vibran espacios y soles
sumidos en mudas tinieblas heladas!
Y así toda su ciencia y la mía:
nada más que impresión comparada;
nada más que ilusiones eternas
que aloja en nosotros el caos que no acaba!

XII

Pues si aquel escozor de la herida
que produjo, en tu carne, la daga,
ni le sufre tu músculo roto
ni aquel cincelado prodigio que mata:
la estupenda, la simple, la hermosa,
la cabal creación que proclamas,
con la misma inconciencia que vives,
debajo del cráneo, vil necio, la fraguas!

XIII

¡Allí está el Universo! Allí mismo
puso Dios su taller y su patria!
Desde aquella ruin madriguera
colora el vacío y esculpe la nada!
Y esos lampos de luz que fulguras,
su divino cincel los arranca!
Y esos torpes impulsos que sigues,
no son más que alientos de Dios que trabaja!

XIV

Puesto que, si el bacterio más breve,
breves horas, apenas, pensara,
llenaría, cual tú, su conciencia
de leyes, y dudas, y luces, y manchas.
Porque cada cerebro es el nudo
de la misma labor que le arrancan,
como el triste gusano cautivo
del frágil capullo de seda que labra!

XV

Puesto que, de infinito á infinito,
lo que es,—no su aspecto: su masa;—
te conquista, te absorbe, te agota,
cual Eva incansable que nunca se sacia;
mientras tú, viejo Adán de la vida,
poseído en la sombra, le amas,
con la inerte caricia profunda
del joven dormido que violan las hadas!

XVI

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
cuando puso en la jerga que hablas
su perdón ilegal ¡que ha vencido!
y es esa que gozas, legal tolerancia!
Tolerancia que va paulatina,
como crece la fruta en la rama,
laborando en tu ley, el derecho
de abrir su capullo del todo las almas!

XVII

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
cuando echó, por tu bien, á su espalda,
no la cruz de tus culpas, que dicen:
¡la cruz de la imbécil sapiencia pasada!
Y esto quiso Jesús, en tu abono,
fugitiva miseria de paja,
diminuto vibrión que conduces,
del plan del Eterno, los hilos de llamas!

XVIII

Ni redujo su amor á linderos,
pues no fué su egoísmo el que amaba;
ni alcanzó la virtud, con ser ella,
de aquel soberano la mínima gracia;
ni logró la mujer ablandarle,
nada más que cubierta de faltas;
y á sus pies, en la cruz, retorcióse,
de celos del crimen, su madre sagrada!

XIX

Convirtió su fracaso en victoria;
y en reflejos de solio, su infamia;
y á la cruz de su muerte, en el signo
que besan y besan las hordas que pasan!
Se abrazó de lo vil ¡con sus brazos!
le sentó junto á Dios, que callaba,
y abrazados así, te sonríen
cual dos prefulgentes deidades hermanas!

XX

Circuló su criterio de madre
por el haz de la recua postrada,
como ruedan, filtrando la nube,
jirones de luna por sobre la piara:
y un gemir de titanes vencidos,
y un hedor de sudores y llagas,
y un bramar de reptiles rebeldes,
subieron cual roja, fugaz llamarada!

XXI

Y lo mismo que al paso de Febo,
por el aire sutil, se dilatan
resplandores difusos, que corren
por valles, y cumbres, y fuentes, y charcas;
la primera, la sola caricia,
de su pecho fluyó sobrehumana,
como el mar, como el sol, como el éter,
cual todos los besos de amor que sonaran!

XXII

¡Sí, la fiera de ayer languidece!
¡sólo es puro el amor que no ama!
¡no son más que resortes que crujen,
los padres, los hijos, la aldea y la raza!
Como ya construídos los arcos,
las inútiles cimbras arrancas,
sobrará mucho barro de bestia
la vez que despliegues del todo tu talla!

XXIII

Se vislumbra, en la historia, su mole,
como azul eminencia lejana,
cuyos flancos enormes conquistan
los pueblos que crecen, á luengas jornadas!
Migración á la cumbre del Cosmos,
cuyas níveas regiones más altas,
cruzarás, si no abdicas, tan puro
cual cándida tropa de lirios con alas!

XXIV

Como el tierno capullo de loto,
con su lívida frente de nácar,
sobre charcos malditos, preside
la prófuga serie de soles que bajan;
su perfil soñador de azucena,
rematando la cúpula humana,
como luz hecha flor, simboliza
la fúlgida serie de soles que avanzan!

La Plata (República Argentina). ALMAFUERTE.



Dibujos de Apeles Mestres.

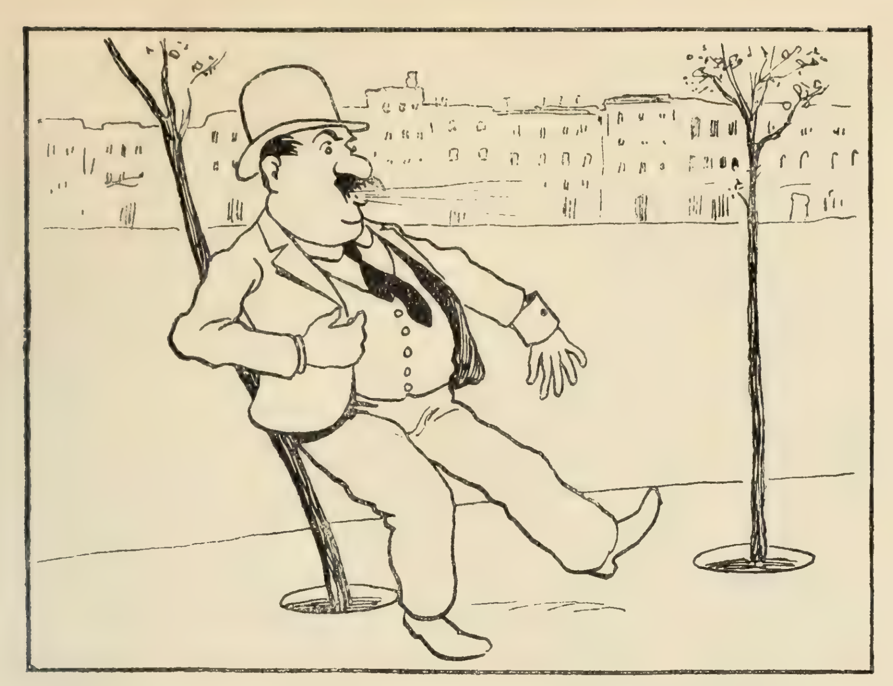
Las virtudes cardinales



—¿Qué quiere tomar el señor, ajenjo ó aguardiente?
—El ajenjo ataca al cerebro, la *Prudencia* me aconseja el aguardiente.



—¿Cuánto?
—Medio peso.
—Carito es, pero es *Justicia* que lo pague.



—¡Me parece que el dichoso aguardiente no carece de *Fortaleza!* ¡Brrrrrr!!



—¡Sí, señores, me he embriagado! ¡Y conste que ha sido á pesar de mi *Templanza!* ¡que conste!

Dibujos de J. Xaudaró.

Floreal

Á Casimiro Prieto

Había gran alboroto entre las flores del jardín de la marquesita Elodia.

Durante la noche había venido S. M. el rey Momo, acompañado de sus consejeros Arlequín y Pierrot, las había despertado á todas y ordenádolas celebrar las Carnestolendas. Esto, después de bromear un rato, de piropearlas y de hacer picarescas alusiones á la linda marquesita, chanzas que aplaudían Pierrot y Arlequín soltando grandes risotadas y agitando endemoniadamente los cascabeles.

Todas hablaban á la vez. La rosa bachillera charlaba hasta por las espinas; la camelia ensartaba discurso tras discurso; el jazmín se reía á caquinos; el nardo hacía enrojecer á sus compañeras con sus bromas de color subido; la traviesa peonia se arrastraba cautelosamente y pellizcaba los tallos á las flores vecinas; el muy mentecato del narciso hablaba distraídamente, porque toda su atención la ponía en acicalarse con las gotas de rocío; las buenas tardes querían seguir durmiendo, pero los tunantes claveles, apenas las veían dormitando, las daban insolentes besos en los pétalos; el heliotropo hablaba al oído de una margarita no sé qué cosas, que la turba-

ban y hacían reir; la azucena recitaba oraciones matinales (¡á la muy tonta se le había metido entre hoja y hoja ser monja!); la violeta era la única que no hablaba ni se movía: soñaba en las frases de amor que, en voz baja, la venía murmurando, desde hacía tiempo, un apuesto galán de noche... ¡Pobrecilla! ¡Ya no resistiría más y pronto cedería!...

—¡Qué batahola!

—Celebremos el carnaval con un fastuoso baile,— propuso la coquetuela de la rosa.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron las flores.

—¡Mejor sería una bacanal!—apuntó maliciosamente el nardo.

—¡Grosero! ¡Insolente! ¡Satírico!—apostrofó irritada una dalia marisabidilla.

—Sátiro, habréis querido decir, mi furiosa amiga,— corrigió con sorna el nardo.

—¿Y qué es eso de bacanal?—preguntó una clemátide inocentona.

—Es... lo que no puede decirse,—contestó riéndose la rosa.

—Señoras y caballeros, propongo un simbólico baile de disfraces,—dijo un lirio que la daba de poeta decadente,—disfracémonos, por ejemplo, de gente honrada.

—Perfectamente, señor mío, pero sepamos antes cómo es ese disfraz.

—No había caído en el inconveniente... Entonces de pícaros.

—¡No sea usted lila! Ese no es disfraz.

—Pues yo declaro que prefiero á todo eso pasar unas cuantas horas en el teatro prendida al *smoking* de un gallardo y aristocrático joven.

—Yo,—dijo tímidamente la azucena,—quisiera estar en el altar de la Virgen, iluminada por la luz de los cirios y envuelta por tibias y fragantes nubes de incienso.

—¿Sí, eh?—dijo el incorregible nardo.—Yo no aspiro á delicias tan celestiales: me conformo con estar en un *bouquet* rodeado de mis amiguitas las rosas, bien apretado con ellas...

—¡Libidinoso! ¡Concupiscente! ¡Pillo! — interrumpieron éstas, pinchando al pícaro nardo con las espinas.

—¡Ay, tiranas!... ¡Ay! ¡ay!... ¡Que os beso!... ¡Ay!...

—¡Callaos, bachilleras del demonio!—exclamó un viejo cuervo desde un abeto próximo. —No me habéis dejado meditar en toda la noche con vuestra insulsa charla. Ya os quisiera ver á todas dentro de la panza de un buey. ¡Vaya con las charlatanas y con la disparidad de opiniones! ¡Malhaya las Carnestolendas!

—Usted dispense, señor cuervo, que le hayamos turbado sus meditaciones; no le habíamos visto... Tenga usted en cuenta que la alegría es patrimonio de la juventud y no de ancianos y sabios como usted.

—¡Ea! En suma, ¿lo que vosotros queréis es diversión? ¿No es verdad?—preguntó el cuervo con maligna sonrisa.

—Sí, señor.

—¿Y queréis mucho á la marquesita, esa damisela tan frívola, tan charlatana y tan loca como vosotras mala pécora?

—¡Oh! sí, señor; ella es buena; con frecuencia nos

riega, nos cuida y nos acaricia con sus lindos y delicadas manos.

—Perfectamente, pues ella os va á dar hoy diversión, —dijo el cuervo con cachaza, y remontó el vuelo.

Las flores se pusieron contentísimas. Ya maliciaban de qué se trataba. Ese feo cuervo aludiría probablemente á la fiesta que la marquesita daba todos los años en Carnestolendas.

...Efectivamente, pocas horas después el jardinero, vestido de negro, arrancó todas las flores para adornar el ataúd de la marquesita, que había muerto esa noche, mientras S. M. el rey Momo, borracho como una cuba, decía chuscadas, que aplaudían sus consejeros Pierrot y Arlequín, soltando grandes risotadas y agitando endemoniadamente los cascabeles!...

CLEMENTE PALMA.

Lima, Mayo de 1900.



Dibujos de Apeles Mestres.

LOS ANIMALES



—Diga Esopo lo que quiera,
yo no creo, don Tomás,
que hayan hablado jamás
los animales.
—¿Quimera
imaginas que es, zulú,
lo que cuenta de los tales?
¡que no hablan los animales!
¡pero, infeliz! ¿no hablas tú?

Dibujo de F. Fortuny.

Medallones

Para Rubén Darío.

DEL POETA Á LA LIRA

Sinfonizo el color. Tus dulces fiebres
son siervas de mi numen soberano
que en un búcaro artístico de Sevres
vuelcan rapsodias de un país lejano.

En estrofas de luz, cuando celebres
las ansias de mi anhelo sobrehumano,
filigrane tu amor con los orfebres
esa rima inmortal que espero en vano.

Mis flores para tí, ¡todas mis flores!
En danza policrómica de albores
desgrana mis estrofas á las bellas,

que, erguido, desde el trono de la Gloria,
al mundo volcaré mi laudatoria,
como una lluvia torrencial de estrellas...

DEL PINTOR Á LA PALETA

Armonizo la luz De tus rondeles
surge en el lienzo la genial figura, —
augurio de simbólicos laureles
en los raptos de artística locura.

Mariposas de luz, rojos claveles
me prestas con un beso de ternura
y el himno triunfador de los pinceles
estalla en floraciones de hermosura.

En tela microscópica transporto,
hermanando mis líricos pesares,
esa Natura que idealizo absorto.

Yo aprisiono triunfal, en mi desvelo,
el manto movedizo de los mares
y la infinita inmensidad del cielo...

DEL ESCULTOR AL ESCOPLO

Idealizo el perfil. La faz virgínea
nace del bloque con tu beso ardiente;
hieres el mármol y al surgir la línea
con un rayo de luz besas mi frente.

Tú, del mármol lustral, curva apolínea
das para el seno de la Venus riente;
para el rostro gentil, la querubínea
boquita que yo busco febriciente.

Te sueles enojar, y arrancas chispas,
que, en enjambres de irídicas avispas
nimban la estatua que mi mente crea.

Tú eres mi cetro, triunfador escoplo,
y nuevo Pigmalión, bajo tu soplo
convierto mi escultura en Galathea...

DEL MÚSICO AL PIANO

Divinizo la voz. De tu teclado
nacen las rimas de mis ansias locas,
como un lírico arpegio modulado
por un millón de angelicales bocas.

Tu risa de marfil es el alado
concento de cristal en que provocas
ensueños de otro mundo, delirado
cuando en las fibras de mi alma tocas.

Me logras sublimar y en tus escalas
agito del Ideal las tenues alas
y vuelo tras las dulces melodías;

y al beso de tu vívida querella
me aduermo en el regazo de una estrella
soñando con un mundo de harmonías...

MANUEL J. SUMAY.

Buenos Aires, Otoño de 1900.

Pierrot

Pierrot, después de ponerse su albo traje, que parecía formado por rayos pálidos de luna, y salpicado de lunares rojos, como ósculos impresos por unos labios sangrientos, pintóse con albayalde su cara escuálida, encasquetóse su sombrero blanco y fué á despedirse de Pierrette, con quien había tenido una agria disputa, llena de recriminaciones y reproches, resuelto á buscar aventuras solo en esa noche de carnaval.

Pierrot, que había nacido de una carcajada sonorosa de timbre de cristal, en una noche obscura, muy obscura, algo así como la noche que llevaba en su alma, iba triste y vagaba por los *boulevards* de París, entre el bullicio de las máscaras, entre el eco de las músicas y entre los taponazos de las botellas de *champagne* que se descorchaban con estrépito.

La alegría, los gritos crecían, se multiplicaban; las serpentinas cruzaban por los aires con crujidos de seda de Pekín, que como hilos de un teléfono ideal llevaban las trepidaciones eléctricas de las manos que las arrojaban; los *confetti* matizaban el pavimento de las avenidas, como si hubiesen llovido alas de mariposas multicolores, y las músicas subían por los aires, y el pueblo reía, y la diosa Locura triunfaba.

Pierrot, que había desdeñado el brazo que le brindara Manón, la *fleur des boulevards;* que se había esquivado de Margot, la virgen blonda de los *cabarets* de *restaurants;* que había contestado de mala manera al saludo afectuoso de Colombina, llevaba en su alma muchas tristezas, muchas nostalgias. Se acordaba de Pierrette,

que había quedado sola en su casita blanca, llorosa en aquel nido de tórtolas que ambos tenían, mientras él vagaba errabundo por las calles, tratando de disipar penas, de anonadarse, de embriagarse en la alegría que flotaba en la atmósfera; pero inútilmente, porque Pierrot iba sin su alma, y Pierrot sin su alma no era Pierrot. Ya las más bellas damas no le buscaban, no le festejaban, ni ¿para qué? ¡si demasiado sabían que Pierrot no reiría, no haría piruetas, ni lanzaría á los espacios los sonidos que dormían en sus cascabeles de cristal!

Decidido á poner fin á su situación angustiosa, se dirigió á su casa, pidióle de rodillas perdón á Pierrette, que con risas infantiles se lo otorgó entre abrazos y caricias, y ambos cogidos del brazo, enarbolando bien alto una botella de *champagne,* salieron por las calles de París cantando la canción de la Alegría, bailando locos de contento entre las risas y aplausos del público, que contemplaba gustoso la resurrección de Pierrot, entre el vuelo de las serpentinas que cruzaban por los aires con crujidos de seda de Pekín y entre *confettis* que matizaban el pavimento de las avenidas como si hubiesen llovido alas de mariposas multicolores...

Casimiro PRIETO COSTA.

Buenos Aires, 1900.

ENTRE ESPOSOS

—¡Cuánto te adoro, Tomás!
¡Eres mi dicha, mi encanto!
¡Te amo tanto, pero tanto...
que no puedo amarte más!
La dulzura de tus besos
quiero aspirar, delirante...
—Bien, no sigas adelante...
¿te bastan doscientos pesos?

Vicente NICOLAU ROIG.



Los niños terribles

Al reputado escritor
D. Carlos Vega Belgrano

—¿Se puede entrar, vecinita?
—(¡Qué muchacho más travieso!)
Adelante... y dame un beso;
¿á qué debo tu visita?

—Pues... venía aquí á jugar,
si á usted no le causa enojo.
—¿Por tan infantil antojo
crees que me he de enojar?
¡Habráse visto inocencia!
mas antes, caballerito,
dígame usted muy clarito:
¿pidió á su mamá licencia?
—No.
—¡Mal hecho! ¿qué dirá?
¡irse sin decirle nada!
—Estaba muy ocupada...
en arañar á papá.
Por eso el bulto escurrí.
—Si es así, aplaudo tu idea,
mientras dure la pelea
vale más que estés aquí.
—¡Daba mamá cada grito!...
—¿Y por qué se disgustó?
—Pues porque le aseguró,
no sé quién, que papaíto
tiene un hijo *natural*...
—¡Jesús!
—Y ahora reparo
en que yo, su otro hijo... ¡claro!
debo ser *artificial*.
—(Ya comprendo la querella;
si él engaña á su costilla,
no me causa maravilla
que saque las uñas ella.
¡Hace bien! ¿qué esposa aguanta,
á no haberse envilecido,
tal infamia del marido,
por más que sea una santa?
Señora tan excelente
no merece esos agravios...
¡Es un ángel! en sus labios
nunca hay una frase hiriente.
Bueno es que al rigor acuda,
ya que ultrajada se ve).
—Pero, vecina, ¿por qué
se quedó usted seria y muda?
Yo vine á jugar aquí,
pues jugando gozo y río,

y usted...
—Perdona, hijo mío;
el juego al olvido dí
pensando en la cruda guerra
que estalló en tu pobre hogar;
¿y con quién quieres jugar?
—Con su perra.
—¿Con mi perra?
¡si yo no tengo ninguna!
—¿Eh?
—¡Ocurrencia más graciosa!
¿quién te ha contado tal cosa?
—¿Que no es cierto?
—¡Por fortuna!
(Este chico desatina
ó le engañaron, quizá).
—Pues, ¿por qué dice mamá
la *perra de la vecina?*

Dibujo de J. Cabrinety. CASIMIRO PRIETO.

VOCACIÓN DE MARIDO

—En cuartas nupcias, Ventura,
sé que te vas á casar;
¡eso se llama apurar
el cáliz de la amargura!
—¿Amargura? ¡Qué sandez!
—Vamos, ¿querrás tú negarme?...
—¡Como que vuelvo á casarme
en cuanto enviude otra vez!

VICENTE NICOLAU ROIG.

EPIGRAMA

—¿Estás loco, Gedeón?
¡afeitarse de ese modo!...
—¿Quedo mal? pues así y todo
me criticas sin razón,
y pecas de majadera
al querer armar disputa...
llegó el tiempo de la fruta
y me he dejado la *pera.*

BUEN CONSUELO



—¡Qué atroz picazón, Belén!
—¿No habrá un medio curativo?
—Te aseguro que no vivo...
—Pues *ráscate in pace. Amén.*

Dibujo de F. Fortuny.

DECLARACIÓN

—¡Siento una inmensa pasión!
¡Por usted me vuelvo loco!
Mas... ¿le gusta á usted la unión
matrimonial, Asunción?
—¡A mí, sí! ¿Y á usted?
—¡Tampoco!

VICENTE NICOLAU ROIG.



Dr. D. Francisco Latzina

EMINENTE ESTADISTA Y GEÓGRAFO

Dr. D. Francisco Latzina

El retrato que el *Almanaque Sud-americano* ofrece hoy á sus lectores en la página que antecede, representa, en el orden intelectual, una de las más culminantes personalidades que actúan en el Río de la Plata. La República Argentina, donde, según la expresión hoy proverbial de un célebre publicista, *gobernar es poblar,* se asimila fácilmente los elementos forasteros que en alguna forma pueden concurrir á su engrandecimiento. Ellos, á su vez, hallan en un país floreciente y próspero á maravilla ancho campo á su actividad productora. De ahí que hayan figurado en todo tiempo y figuren al presente en el vasto escenario de la Argentina, á la par con los nativos, elementos de afuera, incorporados á la vida nacional. El sabio napolitano don Pedro de Ángelis formó la compilación de obras y documentos más importante para la historia de las provincias del Río de la Plata. Con don Pedro de Ángelis llegaba á Buenos Aires, llamados ambos por don Bernardino Rivadavia, el insigne literato español don José Joaquín de Mora, quien cantó á la independencia y saludó al Paraná en valientes versos. La caída de Rivadavia le obligó á salir, huyendo, de Buenos Aires y fué á establecerse en Chile, donde prestó señalados servicios á la nación. De allí, por sus ideas liberales, tuvo que salir á la postre. Saltando á nuestros tiempos, ¿quién no sabe que el eminente naturalista y geólogo alemán, Hermán Burméister, fué director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires? Entre otras obras con que inmortalizó su memoria, dió á la estampa una descripción física de la República Argentina en multitud de vo-

lúmenes. En primera línea, con estos y otros príncipes del saber que la historia científica y literaria de la Argentina muestra en sus páginas, figura el doctor don Francisco Latzina, austriaco, que en diversos órdenes de conocimientos ha dado abundantes pruebas notorias de su vasta sabiduría, singularizándose sin embargo como matemático, como estadista y como geógrafo. Lo que Burméister y antes que él otros distinguidos geólogos, naturalistas y zoólogos ejecutaron en la parte físico-descriptiva de las regiones del Plata y Paraná, ejecutó el doctor Latzina en orden á la estadística y á la geografía, ilustrándolas con crecido número de publicaciones demostrativas de la población y territorio, producciones é industria, comercio y navegación, vida civil y administrativa, en suma, de las condiciones físicas y morales de la República Argentina, y señalando siempre, cual diestro piloto, los ciertos y legítimos derroteros de su prosperidad y engrandecimiento.

Empezó el doctor Latzina por explicar matemáticas en el Colegio Nacional de Catamarca el año de 1872, desempeñando sucesivamente los cargos de ayudante-astrónomo del observatorio de Córdoba, catedrático de matemáticas superiores y director del observatorio meteorológico del departamento de Minería de Catamarca, catedrático de matemáticas teóricas y aplicadas de la Universidad de Córdoba, colector de la misma Universidad, miembro del Consejo Deliberante de la Municipalidad de Córdoba, vocal de diversas comisiones en materia de educación, industria, censo, meteorología, exposiciones, tarifas, presupuestos, nevegación, etc., asuntos en los que era considerada como indispensable su intervención y presencia. Finalmente, y después de haber servido los cargos de Contador Jefe de Estadística y Jefe de la

Oficina Central del Censo Escolar de la República, por sus relevantes méritos y servicios, y á favor de su creciente fama y autoridad como estadista, en Enero de 1885 fué nombrado Director General del Departamento Nacional de Estadística, puesto que ha venido desempeñando hasta el presente con heroica labor perseverante, sin apartar por eso las manos y el entendimiento de los demás estudios y tareas científicas á que dedica, con la pasión del sabio, su actividad incansable.

Pasa de cincuenta y cinco el número de volúmenes que sólo en materia de estadística lleva publicados hasta el día de hoy el Dr. Latzina. En esos trabajos se hallan, científicamente ordenados, infinitos datos relativos á las diversas ramas de la estadística, suministrando, á favor de oportunas observaciones, comentarios ilustrativos y estudios comparados, un amplio conocimiento anatómico y fisiológico (digámoslo así) de la constitución, estructura, fuerzas naturales y vida física y moral de la Argentina. Su interés, su utilidad positiva no se circunscriben ciertamente á la nación que directamente dan á conocer. Interesan inmediatamente estos trabajos á la República Argentina; pero son grandemente utilizables por las demás naciones de América y Europa para su propia mejora y para el adelantamiento de las ciencias. Ese interés y esa utilidad trascendental ha logrado comunicarles el profundo saber y la incomparable laboriosidad del hombre ilustre que hoy tiene á su cargo la Dirección General de Estadística de la República Argentina.

Las ciencias, como las fuerzas de la naturaleza, tienden á la unidad, por remotas que aparezcan las unas de las otras, y algunas aproximan sus fronteras y se comunican, confundiendo sus aledaños. Tal la estadística y la topografía suelen andar juntas por natural contacto. Esa

tendencia y esas relaciones estrechas entre uno y otro orden de conocimientos llevaron al Dr. Latzina como de la mano á concebir y emprender la descripción geográfica del país que era objeto de sus estudios, dándole la forma más apropiada para el uso común, así del hombre de ciencia como del vulgo de las gentes, esto es, ordenando alfabéticamente los nombres de las regiones, provincias, lugares, objetos y asuntos varios que debían entrar en la composición de una obra perfecta de ese género. De ahí nació su gran *Diccionario Geográfico Argentino,* que contiene (sin contar con los del *Suplemento)* 26.544 datos y noticias útiles, necesarias ó interesantes al fin que se propuso. Descripción técnica de las dilatadas regiones que baña el Plata y á que tributan el Paraná, Paraguay y Uruguay, parapetadas al occidente por el ciclópeo antemural de los Andes; prolija enumeración de los animales y plantas así indígenas como importados que respectivamente á la industria, al comercio, al regalo del hombre ó á la curiosidad ó examen del observador ó del naturalista; relación de los moradores aborígenes que en ellas se hallaron al tiempo del descubrimiento y conquista, ó que todavía subsisten en estado salvaje ó semisalvaje, ó bien reducidos á la vida civil cristiana: su carácter y aptitudes, lengua, usos, costumbres, ritos, etc.; puntual noticia de provincias, ciudades, villas, pueblos, lugares, aldeas, pagos, cuarteles, distritos, estancias en grande escala, centros agrícolas, establecimientos de toda especie, etc.; considerable copia de datos relativos á la población, industria, comercio, navegación, así como al periodismo, á la organización política, administrativa y judicial, al régimen de las colonias agrícolas, al valor legal comparativo de las monedas, al orto y ocaso del sol en las diversas latitudes,

á cuanto pueda interesar, en suma, para el gobierno de su vida y negocios y para sus estudios y viajes al nacional y al extranjero, á los individuos y á las corporaciones ó sociedades, al publicista y al hombre de estado, al literato, al historiador ó al que lee por mero pasatiempo: todas esas cosas, clara y metódicamente expuestas, podrá ver y consultar quien tomare en sus manos el *Diccionario Geográfico Argentino* compuesto por el Dr. D. Francisco Latzina (3.ª edición, Buenos Aires, 1899). Premiada con medalla de oro y diploma de honor por el Instituto Geográfico Argentino, había ya visto la luz pública en 1888 (antes de la 1.ª edición de su *Diccionario*) la *Geografía de la República Argentina,* después mejorada y traducida al francés (París, 1890) con una introducción de Mr. Levasseur.

De valiosísimos trabajos son también deudores al Dr. Latzina las matemáticas, la astronomía y la meteorología. Preséntanle como matemático sus *Problemas y Ejercicios Aritméticos,* su *Aritmética* y su *Algebra.* Con su opúsculo sobre *el próximo tránsito de Venus por el sol el 6 de Diciembre de 1882* y sus *Instrucciones para observaciones meteorológicas* ha prestado un contingente de positiva importancia á las ciencias de que tratan, y en breve enriquecerá las matemáticas con nuevos trabajos ya terminados, y prontos ya para la estampa, que llevan los títulos de *Geometría, Trigonometría* y *Album del Calculista,* los cuales, junto con los anteriormente indicados, formarán un curso completo de la materia.

Prepara asimismo actualmente el preclaro maestro que nos ocupa un *Tratado Elemental de Estadística,* y en los periódicos de Buenos Aires ilustra frecuentemente la pública opinión con disquisiciones y artículos varios, que versan de ordinario sobre asuntos económicos, esta-

dísticos, sociológicos ó geográficos, pero sin descuidar la crítica y la amena literatura, con los que, unidos á otros inéditos, ha formado, en los años 85 y 99, dos volúmenes que llevan el original título de *Virutas y Astillas (primero y segundo canasto)*. Sin duda quiere significar el autor que los artículos en esos volúmenes encerrados son trabajos sueltos y que como de paso y sin quererlo se desprenden de la pluma grave del estadista, á la manera que las virutas y astillas caen del banco del carpintero y se reunen en un canasto para que luego las lleve el viento. El título es gráfico y apropiado en este concepto, pero no en el de suponer que se trate de escritos ligeros ó sin doctrina y substancia. Por el contrario, descúbrese en todos ellos al docto estadista, al profundo matemático, al sabio geógrafo y al escritor fácil, ingenioso y elocuente. Culto siempre y recto en la crítica y en la polémica, suele con todo ser cáustico y acerado cuando el caso y las circunstancias lo piden instigando su vena satírica; pero en todas ocasiones hallarásele invariablemente inspirado por la verdad y la justicia, como que la rectitud de criterio y de conciencia, así en sus juicios como en su conducta, constituyen la norma inquebrantable de su voluntad y de sus acciones. Prenda suya es la benevolencia y modestia que acompaña regularmente á los hombres superiores; pero eso no obsta á que, cuando de batallar se trate, campee briosa y punzadora su pluma: lo cortés no quita lo valiente. Oigámosle condenar la ignorancia agresiva y maldiciente: «Me parece tarea muy tonta la de discurrir, sea lo que fuere, con un *palpero* chiflado, á quien le ha dado la megalomanía de hacer palotes de economía culinaria, que, ocioso es decirlo, las cocineras y fregatrices no le aplauden, porque son torcidos, en vez de ocuparse

del ramojo de porotos y bacalao, que es para lo único que Dios le ha dado talento. Que perdone, pues, ese literato remendón y zurcidor aburrido de refranes y lugares comunes, si dejo sin réplica sus burdas peticiones de polémica y notoriedad consiguiente, y que continúe *macaneando* con esa apostura soberbia que tanto me gusta ver en el gallo cuando cacarea erguido sobre un montón de estiércol (1).» ¿Qué no dirá á sus solas la indignación del sabio, que acaso ha minado una salud robusta y fatigado su cerebro con toda una vida de intensa labor mental en provecho del hombre, cuando se contempla tratado sin consideración, ofendido, por quien tal vez ni siquiera sabe leer sus escritos? Tiene razón en tal caso el autor maltratado:

> Respuesta, contra razones;
> Contra denuestos, silencio.

Ya que hemos citado un pensamiento del ilustre escritor á que se refieren estas desmazaladas líneas, no podemos resistir á la tentación de dar á conocer algún otro con que tropiezan nuestros ojos al cerrar el libro que tenemos delante. «La diferencia que existe entre el sabio y el ignorante es ésta: el sabio sabe que ignora mucho, mientras que el ignorante ignora que no sabe nada; por eso, sin duda, suele el primero ser modesto y tolerante, al paso que el segundo es petulante y se muestra satisfecho de su nulidad. El ignorante que ve las cosas á través de su bien explicable petulancia, lo halla todo mediocre y vulgar; el tonto no sale de su asombro porque lo encuentra todo admirable; sólo la persona culta sabe ser indulgente con lo mediocre é inferior, y justa con lo bueno y superior.» «No maltrates

(1) VIRUTAS Y ASTILLAS, *segundo canasto*.

jamás á ningún ganapán, por sucio y roboso que sea, sobre todo en las sociedades nuevas; porque tú no sabes si éste no es el fundador incógnito de algún futuro linaje ultra aristocrático, cuyos vástagos tendrán tal vez muy á menos alternar con tus descendientes.» «Los pobres de espíritu han menester gestos solemnes.» «Los más feroces enemigos de los *gringos* son los hijos de los *gringos.*» Es acerba, cuanto breve, la siguiente pintura epigramática de la hipocresía: «Los diez mandamientos suelen reducirse en la práctica de la vida á uno solo: *haz lo que quieras, pero no te dejes sorprender* (1).» Por este estilo, innumerables pensamientos, llenos de sal y de substancia, fruto de un conocimiento profundo del corazón humano y de los vicios sociales, se hallan diseminados en todas las obras del Dr. Latzina, y especialmente en los artículos y disertaciones que ha reunido en los dos *canastos* de que se ha hecho referencia.

Ha recibido el Dr. Latzina, por sus merecimientos científicos, honores y distinciones insignes de varios países de Europa y América, siendo de notar que entre las corporaciones de que es miembro no figura ninguna española. Esto patentiza lo mezquinas que son todavía las comunicaciones intelectuales entre las repúblicas hispano-americanas y su antigua metrópoli y la necesidad de acudir con remedio eficaz (como lo proyecta el Congreso Ibero-Americano próximo á celebrarse en Madrid) á tan deplorable inercia.

El que estas páginas recorriere, hallará transparentadas en la efigie del Dr. D. Francisco Latzina, que las engalana, las eminentes cualidades del hombre de ciencia que representa, ofreciendo en ella los rasgos que caracterizan á un gran corazón unido á una gran capa-

(1) Obra citada.

cidad, que parecen querer avasallarnos, y en cuya mirada reverbera una intensa luz mental vigorosamente activada por las ideas en movimiento.

DANIEL GRANADA.

—×—

Íntimas

Tu amor, tu necio amor de envanecida
brotó en mi corazón como un capullo;
como un áspid del fondo de una herida,
como un hálito enfermo de un arrullo.

Y yo tuve valor con alma adusta
para arrancarlo de mis ansias locas,
como se arranca el liquen que se incrusta
en el estéril seno de las rocas.

¿Por qué, si frágil tu capricho ha sido,
intentas reanimar mis sueños yertos?
Hay muertos que se arrojan al olvido,
y yo quiero vivir como esos muertos!...

Nada me importa, si en la fe que violas
con tu traición, naufraga mi quimera.
¡Soy la nave que en medio de las olas
sabe hundirse, bien alta la bandera!

Nada me importa tu soberbio anhelo
de pompas de oro y de opulencia... ¿Sabes?...
¡Las aves van muy lejos por el cielo,
más lejos voy de donde van las aves!

Y así, orgulloso, visionario y fuerte,
una sombra seré de tu existencia,
sentado á los banquetes de tu suerte
como el Bankuo espectral de la conciencia.

La Plata (República Argentina), Junio de 1900. FRANCISCO A. RÍU.

Dibujo de F. Prieto.



Himno á la Alegría

¡Alegría! ¡Estrella de los dioses!
SCHILLER.

¡Basta de vacilar! ¡Basta de dudas!
¡Abrámonos al beso de la vida
como las anchas flores, como al rico
misterio de la luz los templos griegos!

Llenemos la extensión de las praderas
y la frescura amena de los bosques;
coronemos los cerros y las altas
montañas; á la vera de los ríos
y á espalda de las rocas discurramos,

contándonos los unos á los otros
el gran descubrimiento, que acabamos
de hacer, ¡nuestra Alegría! — la doncella
que, en las edades medias, perseguida
de los negros gigantes, adoraron
Palmerines, Rolandos y Amadises!

Ya está aquí; ya nos ama; ya sonríe
en sus ojos la aurora; ya sus manos
deshojan frescas rosas sin espinas;
habla con voz de risas y derrama
como lluvia de notas sus acentos.

¡Alegría! ¡Alegría!
¡Siete veces bendita de los buenos!
¡Que los hombres te adoren y que acudan
á pedirte hermosura las mujeres!

A tus plantas estamos anhelantes,
bañándonos en tí, y ansiosamente
deseando bañarnos sin descanso;
como en el fondo de la enorme grieta
las briznas de la hierba, que reciben
la espuma, rica en luz, de las cascadas.

¡Alegría! ¡Alegría!
Acudimos á tí, como la joven
de mejillas de púrpura, que ríe
extendiendo debajo de los árboles
la recogida falda, en que su amado
le arroja blandas uvas y granadas
sangrientas.

¡Alegría! te esperamos
como una comunión con que la Vida
habrá de inoculársenos á todos!

Hija de la esperanza, compañera
de la seguridad, amable amiga
de Pan fecundo y del poeta Baco,
haz brillar sobre todas nuestras frentes
tu corona de azules campanillas;
sobre todas las tumbas pasa, echando

la espuma de tu copa, que produce
brillantes siemprevivas; y en el fondo
de todos los arroyos y en la lumbre
de todas las pupilas, salta y bulle,
música de las cosas, alma eterna
de un mundo siempre joven.

¡Alegría!
Como la niebla azul que de los ríos
sube á darles frescura á las montañas,
como el húmedo aliento de los musgos
que perfuma las hojas de los robles,
sube tú, desde el pueblo, hasta el retiro
de los graves filósofos, penetra
en la mansión del sacerdote y cuaja
de sonrisas los sueños del artista.

¡Despósate con todos! corre en alas
de la música! vibra en las estrofas!
late sobre las telas y remueve
la gran serenidad de las estatuas!

¡De tí venimos, y animosamente
á tí nos dirigimos, Alegría!

¡Que, como en torno de una hoguera, el mundo
dé en torno tuyo vueltas! ¡Que reuna
tu inmenso resplandor á los humanos
como el Sol, padre de la luz, reune
en gigantesco ramo á las estrellas!

Barcelona. E. MARQUINA.

Dibujo de J. Diéguez.

CANTARES BATURROS

Sé que has vinido á buscáme
y que t' has ido sin véme.
Otra vez entra en la cuadra,
pus allí estoy cuasi siempre.

—

Este año pesará el cerdo
lo menos cartorce arrobas,
pus con lo que él asperdicia
puén comer cinco presonas.

ALBERTO CASAÑAL Y SHAKERY

Sensibilidad periodística



Sintió nostalgias del cielo
y hacia las etéreas salas
tendió *ayer*, Clarisa, el vuelo,
dejándonos sin sus galas
en amarguísimo duelo.

(Un cronista social).



En su palacete hermoso
dió *anoche,* don Silvio Ramos,
marqués del Valle-Aromoso,
un baile, en el que pasamos
un momento delicioso.

(El mismo cronista social).

Dibujos de Apeles Mestres.

Manchas de color

AMORES ARISTOCRÁTICOS

A mi noble amigo D. JUAN F. DHERS.

I

La perrilla de la princesa Oriana no supo ciertamente á quién había dado la serenata el ruiseñor, aquella clara noche de luna en que se paseaba con su ama bajo las arcadas de follaje del parque real.

¿Sería á la luciérnaga que cruzó como una estrella alada las frondas y se puso en uno de los blancos lirios que florecían bajo los álamos coposos, en el que quedó inmóvil como un astro?

¿Sería al lindo capullo de rosa que sólo esperaba la nueva aurora para desplegar sus brillantes pétalos de raso, como una sonrisa de la primavera?

No lo sabía la perrilla de la hermosa princesa, pero había oído gorjear tantas veces á su ama, que entendía el lenguaje de los pájaros y pudo, por lo tanto, apreciar todo el sentimiento y toda la ternura de aquel canto que se desgranaba en arpados trinos...

—¡Eso es amar!—pensaba la perrilla.—¡Quién fuera amada así! No, pues lo que es el galguillo de la princesa Pitiminí se lleva un solemne chasco si cree que ha de

conquistar mi amor con sus ladridos horribles, que tienen en constante tensión mis nervios. No pretenderé, seguramente, que cante como el ruiseñor, aunque no es difícil que, perro y todo, llegue con el tiempo... *á trinar*. Pero lo que sí quiero es que sepa expresar su cariño en otra forma más poética y sentida. Le exigiré que me escriba unos versos como esos que recita el lindo abate á la princesa Oriana. Sólo así le daré mi corazón.

II

Junto al plateado estanque, donde la blanca princesa se pasaba las horas muertas deshojando margaritas, al lado del galante abate, se vieron al día siguiente la hermosa perrilla y el galguillo enamorado.

Consternado quedó el infeliz al saber el capricho de su amada, pero no queriendo confesar su pobreza de ingenio, se apresuró á decir:

—¿Versos? ¡bah! ¡pues si es lo más fácil hacer versos! Mañana los tiene usted.

Y se dirigió al monte vecino, pensando para sí:

—Pues eso es cosa de *gente de pluma*, voy á ver si ese gallo que me saluda todas las tardes desde las tapias del corral, quiere sacarme del compromiso. Porque, gallo y todo, algo debe entender de esas cosas, con tanta *pluma*...



III

ENTRE un cacareo infernal de gallinas, el galguillo penetró en el harén y fué en busca del encrestado sultán, á quien saludó afablemente con la cola.

—¡Hola, amigo!—exclamó el gallo con mucha llaneza;—¿qué le trae á usted por acá?

—Pues lo que me trae es un capricho de la perrilla de la princesa Oriana, que quiere... pero, ¿por qué no hace usted callar á esas señoras? ¡Cáspita!, así no vamos á poder entendernos.

—Es que las ha asustado su presencia.

—¡Qué *gallinas!*

Restablecida un poco la calma, gracias á unos expresivos picotazos de Su Alteza, el galguillo expresó el objeto de su visita.

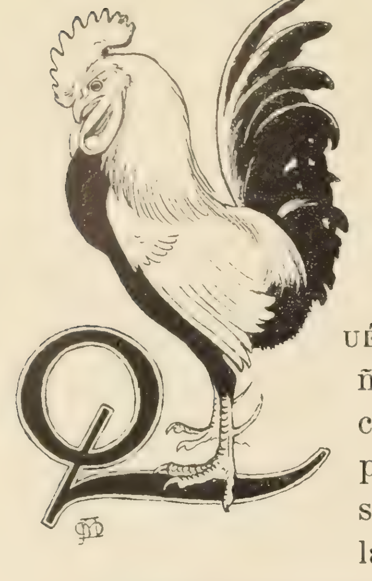
Consternado quedó el gallo al oir la petición del galguillo de la princesa Pitiminí, pero no queriendo confesar su absoluta falta de numen, dijo con énfasis:

—¿Versos? ¡bah! los hago á maravilla; dentro de unas horas los tendrá usted.

—Ponga usted en ellos mucho color y mucho ritmo...

—Descuide usted. Ciertamente que no puedo apostármelas con los ruiseñores, esos trovadores de las rosas y las estrellas, pero ya sabe usted que no canto del todo mal.

IV



UÉ demontres les ha pasado á esas señoras? preguntaba poco después un cuervo, desde la cima de un árbol, al pensativo gallo, que no sabía cómo salir del berenjenal poético en que la pícara vanidad le había metido.

—Pues lo que ha pasado es que ha venido á verme el galguillo de la princesa Pitiminí, ¡y como por nada arman un alboroto!...

—¿Y á qué ha venido el galguillo?

—A pedirme unos versos amatorios para la perrilla de la princesa Oriana.

—No la conozco.

—¡Ah, señor cuervo! ¡si usted quisiera sacarme del compromiso! porque la verdad es que no estoy de vena ni de humor... ¡los cuidados del harén! Yo le proporcionaré á usted una ala azul de mariposa, para que cincele en ella, con su pico, alguna estrofa brillante...

El cuervo se rascó la cabeza con aire pensativo y exclamó:

—¿Una ala? no es bastante; mi inspiración necesita muchas *hojas,* y cualquier lirio me las proporcionará blancas y satinadas; de este modo el galguillo de la princesa Pitiminí podrá ofrecer á su amada un *álbum-flor*...

—Ha tenido usted una excelente idea, señor cuervo.

—Bueno, pues hasta muy pronto. Póngame usted á los pies de esas señoras.

Y el cuervo echó á volar en dirección á la alameda vecina.

V

Y ahora, ¿cómo me las compongo?—pensó el dentirrostro, parándose en un arbusto.—¿Dejaré que llegue la noche estrellada y subiré hasta la brillante constelación de la *Lira* para arrancar de sus cuerdas luminosas las notas de mi canto? No, no me atrevo á salvar tan enorme distancia, y, además, ¿qué entiendo yo de hacer versos? Preciso será que los haga otro. ¿No se trata de una perrilla? pues nadie podrá sacarme mejor del apuro que aquel hermoso ejemplar de la raza canina que veo allá abajo...

Y con rápido vuelo se dirigió al valle de las mariposas, abriéndose paso por entre nubes de estos brillantes insectos que, ebrios de sol, poblaban el aire azul.

Poco después se entablaba el siguiente diálogo entre el cuervo y el hermoso ejemplar de la raza canina:

—Muy buenos días.

—Felices los tenga usted.

—¿Quisiera usted hacerme un favor?

—¿Qué se le ofrece al señor cuervo?

—Pues necesito unos versos amatorios...

—¡Oiga! ¡unos versos! ¿y para quién?

—Para una perrilla de la que está perdidamente enamorado el galguillo de la princesa Pitiminí.

—¡Ah, infame!

—Pero... ¿qué le pasa á usted? no comprendo...

—Es que esa perrilla... ¡soy yo!

Casimiro PRIETO.

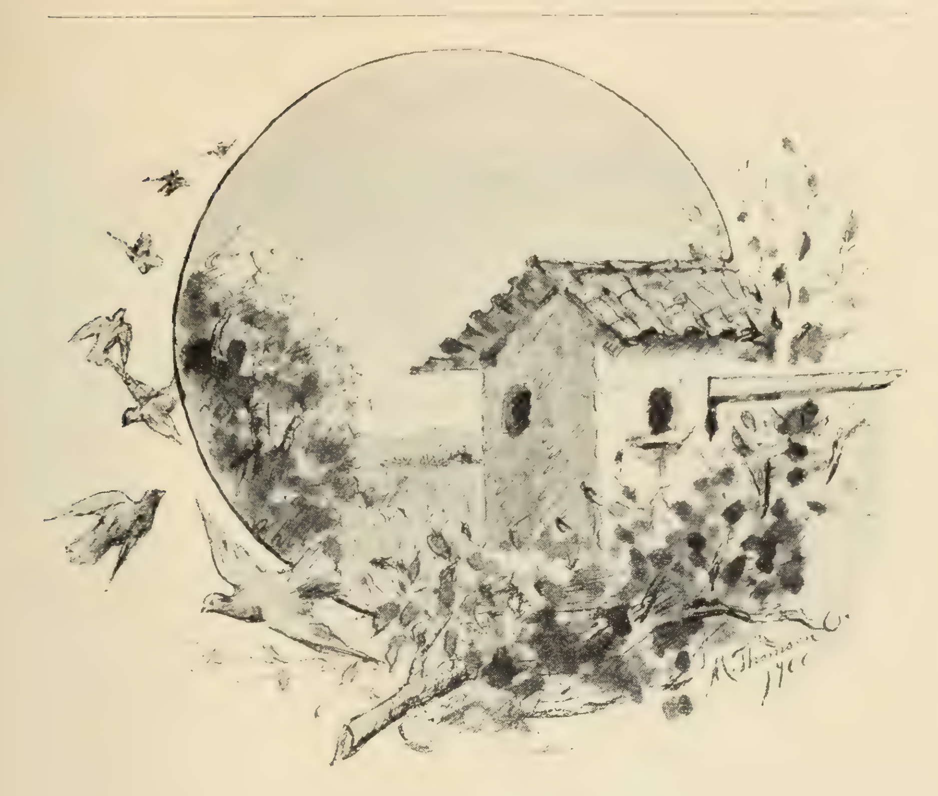


Dibujos de Apeles Mestres.

EPIGRAMA

—

Era, por su desventura,
corrector de pruebas, Lino,
y, quejoso de su sino,
decía con amargura:
—¿Habrá desdichas más fieras?
cielos, ¿en qué os ofendí
para que, airados, así
me condenéis *á galeras?*



Las palomas

Raymundo Corrêa.

Se aleja una paloma alborozada,
y después otra... y otra en pos: decenas
dejan el blanco palomar, apenas
dilata su esplendor la madrugada.

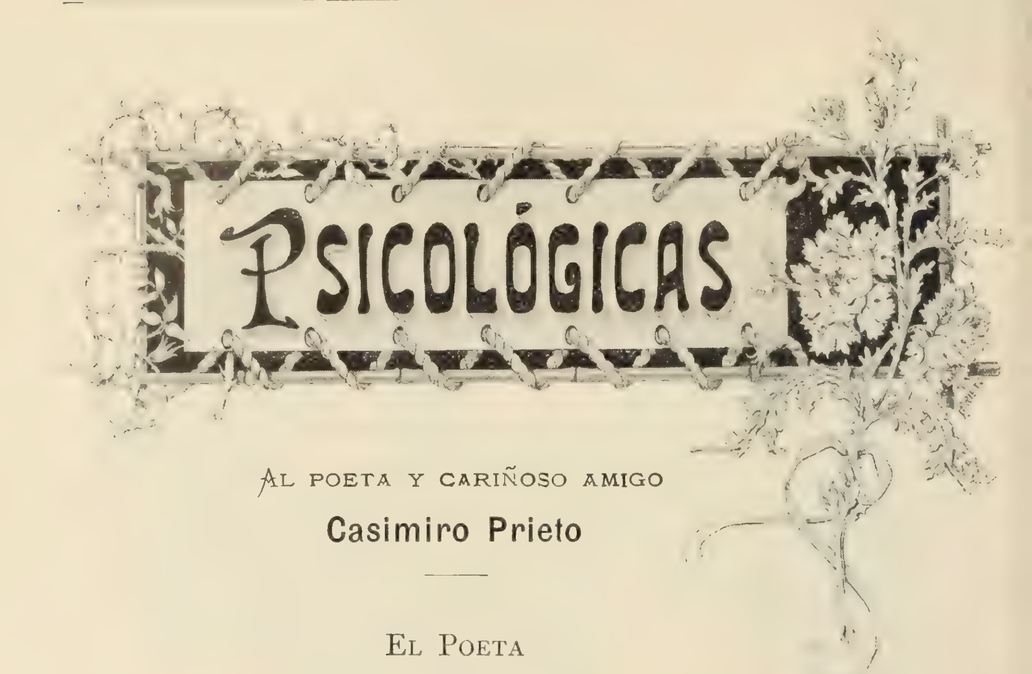
Y cuando, ya en la tarde, sopla helada
brisa del Norte, lluvia de azucenas
que se enredan en mágicas cadenas,
á su vuelta parece la bandada.

Se van del corazón en que han nacido
los ensueños, envueltos en aromas,
cual se van las palomas de su nido;

á la primera luz partir resuelven;
y aunque vuelven al nido las palomas,
ellos á nuestro corazón no vuelven.

Santiago de Chile, 1900. Abelardo VARELA.

Dibujo de M. Thomson.



AL POETA Y CARIÑOSO AMIGO

Casimiro Prieto

EL POETA

Hijo del siglo y mártir de una idea
que en mi cerebro persistente late,
marcho, como el recluta á la pelea,
temiendo los rigores del combate.

¡Triste verdad! Mi espíritu cansado
con nervioso fervor se reconcentra
y busca, en los vestigios del pasado,
felicidad que el corazón no encuentra.

El fénix del dolor levanta el vuelo
cual si darle quisiera nueva calma;
pero ¡todo es inútil! no hay consuelo
ni más quietud en la región del alma.

Mariposas de luz, — las ilusiones, —
aquellas de la mente peregrinas,
se fueron en alados escuadrones,
como en ronda del sol las golondrinas.

¡Infelice de mí! La caravana
del mundo voy siguiendo sin objeto:
mi vida es un collar que se desgrana;
su porvenir, ¡un mísero esqueleto!

La Conciencia

Aparta de tu frente la tristeza,
reprime su pesar, detén su llanto
y en brazos de la gran naturaleza,
modula el himno de tu noble canto.

Ella te da su sol enrojecido
envuelto en los crespones de la tarde,
cuando cesa la música del nido
y el corazón de los recuerdos arde.

Te da del mar, sus ondas, su ribera,
bajo un cielo de lúcidos vapores,
y al llegar la graciosa primavera,
paleta, luz, inspiración y flores.

Sí, retempla, retémplate y levanta
como la alondra que trasciende el monte
y desde el risco, cuya altura espanta,
busca la magnitud de otro horizonte.

La Duda

¿Por qué creer con ciego fanatismo
en la utópica farsa de un consuelo,
cuando es mentira hasta el encanto mismo
de ese azul que el mortal le llama cielo?

¿Quién justifica que la excelsa gloria
no es quimérico sueño de la mente
y su vida, la vida transitoria
del ave, de las flores, del torrente?

El Poeta

Ya no tiene el vigor mi pensamiento
del condor más audaz de la montaña;
densa nube le oculta el firmamento,
pálida luz su derrotero baña...

Sus cantos no serán los inmortales
ni el ardor de sus ansias comprendido;
es la hoja que llevan los raudales
á la cripta más negra del olvido.

El Egoísmo

¡Oh, desdichado ser! En breves años
del solaz te quedó la remembranza;
quisiste amar, y torpes desengaños
te obligan á existir sin esperanza.

La generosa savia de tu vida
cayó en surco de fútiles quimeras;
hoy no consigues restañar la herida
y de la dicha en pos te desesperas.

No más, como en otrora, ilusionado,
persigas con ardor inextinguible,
bajo el estrecho mundo de lo creado
la perspectiva azul de un imposible.

¿Por qué empeñarte en una lid austera
que aumentará el encono de tu pecho,
si no obtendrás al fin de la carrera
ni un gajo de laurel en tu provecho?

El Poeta

¡Yo me siento morir! Mi ser palpita
á impulsos de la fiebre destructora:
la grandeza del mar será infinita,
mas no como esta sed que me devora...

La Fe

Apóstol del dolor, poëta impío,
tú que maldices al libar apena
la repudiada copa del hastío,
que dices ver hasta los bordes llena.

Aleja de tus labios el veneno,
recurre á Dios y en su bondad confía
si anhelas ver el ámbito sereno
que no soñó jamás tu fantasía.

La Esperanza

¿Por qué te desalientas y enmudeces
si fatalismo no hay, si eres tú mismo
verdugo de un amor que no mereces
y arrastras con estúpido egoísmo?

Acércate, mortal, y cuando llores
al borde del averno más profundo,
do se igualan esclavos y señores,
te enseñaré la luz de un nuevo mundo.

El Poeta

Cuando el incauto corazón no sabe
más que llorar con su dolor á solas,
la existencia del hombre es una nave
condenada al capricho de las olas.

La Esperanza

Yo la quietud devolveré á tu vida,
cuando en tropel se alleguen á la mente
recuerdos de una dicha ya perdida,
dulces, sí, pero tristes al presente.
Yo cubriré de rosas tu camino,
daré al mar de tus penas la bonanza
y en la noche fatal de tu destino
será tu salvación: ¡una esperanza!

El Poeta

¡Me siento revivir!... ¿Acaso sea
una nueva ficción del alma mía,
que en forma de celeste panacea
la musa bella del amor me envía?

Pero, no; es ella misma, la esperanza,
la virgen ideal, la soñadora,
surgiendo del país de lontananza
como una tenue claridad de aurora.

Por eso yo, febril, como el que aspira
al laurel inmarchito del que crea,
busco otra vez, para cantar, la lira;
busco otra vez, para cantar, la idea.

Porque ella tiene un corazón de oro
y el alma noble del mejor amigo;
en los momentos plácidos ¡la adoro!
y en las horas de angustia ¡la bendigo!

¡Oh graciosa y espléndida hechicera,
tanto más bella cuanto más querida,
toma, toma mi ser y regenera
las gastadas raíces de su vida!

Buenos Aires, Abril de 1900. EUGENIO C. NOÉ.

Dibujo de F. Prieto.

Ante la muerte

¡Oh, la muerte! ¡La que besa
tan helada y largamente,
que deja, en la carne joven,
blancura y frío de nieve!

¡Cómo nubla las pupilas
con su tiniebla perenne!
¡Cómo alarga las pestañas
bajo los párpados breves!

¡Cómo marchita los labios
y empalidece las sienes!
¡Cómo inmoviliza el seno
y endurece los relieves!

¡Oh, la muerte! ¡Oh la doncella
inviolable, invicta y fuerte,
que ama en blancos mausoleos
bajo negruzcos cipreses!

¡Oh, la maga de las sombras
eternales... la perenne
guardiana del espacio
y los tiempos!... ¡Oh, la muerte!...

La Plata, Junio de 1900. JOSÉ M.ª QUEVEDO.

EPIGRAMA

—¿Qué auguran esas *estrellas*
en tus botellas grabadas?
—¡Pues que las tales botellas
han de morir *estrelladas!*...



Chilena



En Palermo

El lago, en la tarde moribunda, resplandece con la quietud bruñida de su linfa: diríase un gran espejo dentro de un verde marco. Los árboles alíneanse en la orilla, proyectando sus sombras azulosas sobre el agua hospitalaria. De un sauce se desprende una hoja seca: voltejea y vuela en el aire, y cae luego al lago, cuya superficie se quiebra en rizaduras sutiles. A un lado se extiende una de las avenidas de Palermo, sin que el ruido de algún carruaje ó el paso pausado de los paseantes turben su mutismo solitario. En frente, un extenso espacio de pradera va obscureciendo su tinte claro en las penumbras crepus-

culares. El viento del otoño canta una como elegía entre las ramas que se deshojan. Nubes de ópalo mate manchan el cielo, de un azul pálido, como de viejo raso. En el horizonte, grandes franjas de violeta rojizo indican el ocaso del sol... La tarde toda tiene la melancolía pensativa de un adiós.

En un recodo del lago, dos cisnes, inmovilizados sobre la onda, contemplan, en actitud hierática, como de recogimiento meditabundo, la extenuación gradual de la luz. Son distintos: el uno es blanco como un copo de nieve virgen; el otro, negro como un terciopelo funerario; ambos noblemente bellos, en sus opuestos plumajes. Y quizás porque la hora era propicia á la fantasía, ó porque el recuerdo de confidencias ciertas surgió neto en el cerebro, es el caso que quien los miraba imaginóse que en el inmóvil recogimiento de esos dos cisnes había ideas; que las ideas se transformaban en lenguaje, y que el lenguaje contenía para él estas palabras, rimadas por el viento otoñal, en la tarde moribunda.

—He tirado del carro apolíneo,—decía el blanco,—cuando el dios proscripto peregrinaba por las regiones polares, y entonces simbolizó mi blancura la «luz pura y brillante.» Luego, para Leda, divinidad nocturna, — tal el verdadero mito griego,—llevé en mí la esencia del dios supremo, soberano del éter luminoso, y entonces fuí la encarnación emblemática del alba. He escuchado, en los países de las nieves y los hielos, los divinos versos de Ossián, en las maravillosas noches de los claros de luna deslumbrantes como el sol, que no podían ser vistos por las pupilas muertas del bardo. Allá, también oí, en la noche negra, la voz sollozante de Malvina ante el cuerpo, sin vida, de Oscar... Pero yo, que he simbolizado la alegría en la riente Grecia, no puedo amar la tristeza. Así me

alejé pronto de los sitios de las nieves, de los hielos y de las brumas, buscando los climas amigos del sol y de las plantas. Y aquí, en la decoración espléndida de este bosque y este lago, en las benevolencias del invierno, placíame ver á la sensitiva virgen, que venía á traerme su cariño, cuando en su alma había contento y en su cerebro ensueños, y en su corazón ilusiones. Y sentía orgullo, bajo la mirada de sus ojos, que seguía con interés amable todos los movimientos de mi marcha armoniosa, todas las actitudes aristócratas de mi cuerpo... Por eso, al presentir en las suavidades del otoño la cercanía del invierno, hay en mí regocijo; porque volveré á recibir la alegría de sus miradas y de sus sonrisas...

—Yo, en cambio, —dijo el negro,—no soy emblema de ninguna fábula mística. Vengo desde las distantes regiones australianas; y fueron las olas del Arafura y del Timor, las que primero admiraron el ébano aterciopelado de mis plumas. He presenciado escenas horribles, en que los hombres devoraban á los hombres. He vivido entre costumbres odiosas y salvajes; y mi espíritu, con tantos espectáculos dolorosos, se hizo triste y vistió de luto como mi cuerpo. Y he ahí por qué la virgen en sus días de nerviosidades intensas y enfermizas, en que todas las melancolías, todas las nostalgias, todos los pesares de su corazón solitario la torturaban, haciendo desolados sus pensamientos, era yo, y no tú, el predilecto de sus ojos negros y de sus labios pálidos; y su mirada y su sonrisa (¡oh, las miradas que gimen y las sonrisas que lloran!) armonizaban con la negrura de mi plumaje... ¡Por eso también ansío la llegada del invierno; porque, en ciertos días, cuando los grupos elegantes llenen con sus lujosos carruajes las avenidas del paseo y derramen por todo él sus alegrías frívolas, ella, la virgen sensitiva, volverá á

buscarme, y así nuestros dos espíritus, ante la agonía de las tardes, se juntarán en una como comunión de tristeza!

En eso, vino á posarse sobre una rama vecina un pájaro de una extraordinaria y rara hermosura. Era todo de color de rosa; con las alas tendidas, su cuerpo simulaba un arco, y su cabeza fina, de pico más fino aún, y la cola, delgada y recta, unida á la cabeza por una raya de plumas de un rosa más intenso, simulaban, á su vez, una flecha. Y el mágico pájaro, con un acento mágicamente cantante, habló á los dos cisnes; y los dos cisnes oyeron angustiados sus palabras. He aquí lo que dijo: — La virgen de que hablabais no vendrá á buscaros en el cercano invierno, ni á tí, el blanco, como un copo de nieve virgen, ni á tí, el negro, como un terciopelo funerario. Porque ya sólo adora mi belleza; porque ya sólo escucha mi acento. Yo en mí encierro el símbolo de lo que hay más blanco y luminoso en la naturaleza, y á un tiempo mismo, de lo que hay más negro y funeral: ¡soy el ave del Amor!

Y voló de nuevo alejándose y perdiéndose en la noche naciente.

Darío HERRERA.

Buenos Aires, Junio de 1900.

Dibujo de J. Foradori.

RECONVENCIÓN

—Mis amargos sufrimientos,
¿no la inspiran compasión?
Tengo yo más corazón
y mejores sentimientos.
—¿Mejores?
—Sí, sí, ¡mejores!
Si usted me amase, María,
¿piensa, acaso, que podría
negarla yo mis favores?

Vicente NICOLAU ROIG.



Sra. D.ª María B. Arnold de González

NOTABLE ARPISTA ROSARINA

Fot. C. Rodriguez.

LA SEÑORA

María B. Arnold de González

TOCANDO EL ARPA

¡Miradla! Esbelta surge cual mágica heroína
y cruza los salones de señorial mansión,
vestida con los tules y sedas de la China,
luciendo ricas joyas y encajes de Alençón.

La concurrencia extática contempla su divina
belleza americana, que causa admiración:
con resplandor fosfórico el Genio la ilumina
y el arpa brota entonces la dulce vibración.

Las notas, como perlas sobre albos florilegios,
con nitidez engendran los líricos arpegios
que riman con las áureas estrofas de Mistral.

Y hechiza los espíritus cual Maga encantadora
y brota aplauso unánime, que la gentil señora
recibe con sonrisa espléndida y triunfal!

Rosario de Santa Fe, 1900. José CIBILS.

El fósforo

Azul de Prusia el rostro le mejora;
plugo al Rey Algodón darle esqueleto,
traje abejuno, continente escueto,
genio servil que libre se desflora.

Ábrese la prisión multicolora,
salta y la embiste fulminando el reto
y al leve roce que produce inquieto,
pálida llama surge y lo devora.

Presuroso huye el humo. Ennegrecida
breve instante la testa, ígnea se abate,
se rodea del cuello y se desprende...

Síguela el cuerpo en su postrer caída,
dejando al paso una reliquia mate
que en albas ondas convertida asciende.

Montevideo, 1900. CONSTANCIO C. VIGIL.

DESPUÉS DEL VALS



—¿Te has enfermado? se explica
con tanto valsar, ¡pardiez!
¡Eh! ¡mozo! para esta chica
una copa de Jerez.
No hay medicina más suave...
—¡Una botella, zulú,
pues estoy mucho más grave
de lo que imaginas tú!

Dibujo de J. Cabrinety.

—×—

CRIADO METICULOSO

—Señor, como me encargó
que á las nueve le llamara
y yo no entiendo el reló,
aquí se lo traigo para
saber si ya es hora ó no.

JOSÉ GONZÁLEZ GALÉ.

Párrafos psicológicos

¿Quién dudará de que es una gran ventaja individual ser un buen mozo de aspecto y fuerzas atléticas, ó una mujer sana y vigorosa, de cuyas proporciones académicas irradia una hermosura capaz de despertar deseos eróticos en cuantos se le acercan? Nadie, seguramente. Y, sin embargo, esta superioridad de las cualidades físicas, por grande que sea su importancia en lo tocante al desarrollo y la aplicación de las facultades psíquicas, no bastan por sí solas para asegurar al individuo la superioridad sobre sus competidores ó rivales.

La lucha por la existencia no la libran hoy los hombres entre sí con armas materiales, como en los tiempos prehistóricos, y luego en los comienzos de la historia, sino con las agudezas del intelecto y el temple del carácter, cualidades ambas de un solo principio espiritual, ó sea intangible, que puede llamarse alma.

Tan diferentes como los rasgos somatológicos, son los intelectuales de los hombres. Así como no hay dos caras iguales, no hay tampoco dos almas que tengan las mismas cualidades, aptitudes é idiosincrasias. Entre los diversos modos de percibir las sensaciones hay gradaciones y diferencias infinitas, como las hay también en los procesos psíquicos que estas percepciones evocan, ya sea para elaborar un juicio, ya sea para determinar la consumación de un acto de voluntad.

Las complicadísimas condiciones de la existencia personal en las sociedades modernas contribuyen en gran escala á una diferenciación constante de las cualidades intelectuales y morales del individuo, no sólo en el sen-

tido cualitativo, sino también en el cuantitativo. A nadie se le oculta, por ejemplo, que hay hombres geniales, talentosos, muy capaces, mediocremente inteligentes, meramente despavilados, tontos, brutos, muy brutos, y cretinos del todo. ¿Y cuántas gradaciones no hay entre el hombre que no levanta la vista de su trabajo hasta que éste no esté concluído, y el que tiene que ser hostigado sin cesar para que haga algo, ó el que es en absoluto refractario á todo trabajo serio?

El número casi ilimitado de disposiciones intelectuales y morales con los numerosos matices que los diferencian, da margen á otro número infinito de combinaciones, tanto por el lado de la calidad como por el del grado, y ambos, á la vez, que explican suficientemente la asombrosa variedad que distingue á los individuos humanos en lo concerniente á intelecto y carácter. Es tan difícil encontrar dos personas que sientan, piensen y juzguen del mismo modo, como ver dos individuos que tengan la misma cara. Recuérdese sólo las diversas especies de memoria que existen; unos la tienen excepcional para números (los calculistas mnemotécnicos), otros para colores (los pintores), otros para sonidos (los músicos), otros para fechas (los historiógrafos), otros para formas (los artistas en general), otros para fisonomías (los retratistas y pesquisantes policiales), otros para vocablos (los lingüistas y políglotas), otros para accidentes topográficos (los paisajistas, naturalistas, estrategistas, etc.). Cada una de estas especies tiene luego un gran número de variedades que las diferencian en cualidad, y éstas se distinguen á su turno por grados.

¿De cuántos modos distintos pueden, entonces, hallarse combinados en el individuo estas diversas especies, variedades y grados de memoria, se preguntará el

lector, sin sospechar, acaso, la magnitud de la cifra? Admítanse por de pronto sólo las ocho especies de memoria que acabo de enumerar más arriba, por vía ilustrativa del asunto, y admítase también que cada especie se subdivide en tres variedades y cada variedad en cuatro grados, y resulta entonces que el número posible de combinaciones es igual al que se puede obtener en el juego con ocho dados dodecaédricos, ó sea 429.981.696. En realidad las diferenciaciones de la memoria son mucho mayores que las que, sólo por vía de ejemplo, he mencionado, de modo que puede decirse, acaso sin exageración, que en los mil y quinientos millones de habitantes del globo no hay dos individuos que tengan la misma memoria, cualitativa é intensivamente hablando.

En virtud de las leyes naturales de la herencia se combinan en cada individuo que nace, las cualidades intelectuales y morales de ambos progenitores, lo cual contribuye aún mayormente á la diferenciación de las inteligencias y de los caracteres. Un hombre muy inteligente, pero haragán, unido á una mujer de escasos alcances, pero perseverante en todos los trabajos que emprende, puede engendrar un hijo que tenga la elevada inteligencia del padre unida á la perseverancia de la madre, y que, dotado de estas cualidades, llegue á trepar á las posiciones más elevadas, mientras que el padre es un ente casi inservible por su haraganería. Pero la misma pareja puede también echar al mundo un abriboca inútil cuando se combina la haraganería del padre con la estupidez de la madre.

La teoría de las combinaciones nos da una idea acerca de la ley que impera en la distribución de las diversas formas intelectuales y morales y de la frecuencia con que éstas aparecen en cualquier gran número de personas.

Supóngase, por vía de ejemplo y para simplificar los raciocinios, las diversas aptitudes del hombre divididas sólo en cuatro grupos, á saber: las intelectuales que comprenden una fácil concepción, memoria tenaz, juicio seguro, inventiva, etc.; las morales, como son: el dominio de sí mismo, fuerza de voluntad, dedicación, perseverancia, moderación, rectitud, etc.; las económicas, que abarcan: olfato por los negocios, talento organizador, habilidad técnica, previsión, sagaz cálculo conjetural, economía, etc.; y, finalmente, las físicas, que engloban potencia productiva, aguante, resistencia contra desgastes nerviosos, esfuerzos y excitaciones de todo género, y sobre todo salud; y supóngase, además, que cada uno de estos cuatro grupos se subdivida en seis grados de intensidad; entonces sería cosa de averiguar de cuántos modos diversos se pueden combinar esos 24 elementos. La respuesta es que de 1.296 maneras, como si con cuatro dados exaédricos se agotasen los modos diversos de tirar todas las sumas de ojos que aquéllos pueden suministrar. En efecto, se pueden tirar

24	ojos	1	vez
23	»	4	veces
22	»	10	»
21	»	20	»
20	»	35	»
19	»	56	»
18	»	80	»
17	»	104	»
16	»	125	»
15	»	140	»
14	»	146	»
13	»	140	»
.			
4	»	1	vez

repitiéndose á la inversa los números de veces que pueden aparecer las sumas de ojos de 13 hasta 4.

Si se tomara los 24 ojos como símbolo de genio, los 4 ojos como el del cretinismo, y los ojos restantes en relación con la inteligencia de las personas, se tendría que en 1.296 individuos hay 1 genio, 1 cretino, 4 muy talentosos, 4 muy brutos, 10 talentosos, 10 brutos, y así sucesivamente hasta llegar al número mayor, es decir, á los 146 mediocres, que ocupan el centro de la escala, y que lo mismo sirven para profesor de baile que para pedícuro ó sacristán.

Los diversos grupos de las aptitudes humanas son, en realidad, mucho más numerosos que los que yo he supuesto más arriba, tan sólo para ilustrar la teoría, lo cual significa que se necesita de un número mucho mayor de personas que las citadas 1.296 para producir un genio. Galton, por ejemplo, divide la población inglesa por sus aptitudes en diez y seis clases, y calcula que en cada millón de individuos hay un solo genio, que los mediocres son 513.582, es decir, más de la mitad, que los que se elevan sobre la mediocridad son 243.209, y que los que tienen una inteligencia inferior á la que podría llamarse mediocre, son también 243.209.

El lector que ha tenido la paciencia de leer hasta aquí, se preguntará quizá á qué viene toda esta especulación. Yo mismo no sabría decir á qué viene. He escrito para no perder el hábito de escribir; sin embargo, me pregunto si, dada la infinita variedad de las aptitudes individuales, existe una base para pensar en un sistema político y social que repose en la comunidad de bienes. Creo que esa base no existe.

F. LATZINA.

Buenos Aires, 1900.



Naturaleza

(Fragmentos de un poema inédito)

. . . .

V

Soledad sepulcral; todo reposa.
Es un blandón la luna;
¡la tierra es una fosa!...

VI

¿Quién despierta el silencio? ¡Qué delicia
experimenta el bosque! ¿Quién desciende?
¿Es un ángel, un beso, una caricia?
¿No es la Venus impúdica que enciende
la antorcha del placer? ¡Oh, cuál esplende
esa forma que vaga en la espesura,
esa rosa, ese cisne, ese alabastro;
nada la ciñe el torso y su hermosura,
cual trasunto ilusorio de un delirio,
tiene la blanca desnudez de un lirio
y la abrasada castidad de un astro!
¡Contempladla! su negra cabellera
roza el calor de su adorable carne
como el humo que flota de una hoguera;
parece un haz de tormentoso cielo
flotando sobre un claro de alborada,
ó la sombra levísima de un velo
tendido sobre espuma congelada!
¡Al temblar en su seno erguido y breve,
parece que se alegra
dibujando, al rozarlo, un ala negra
sobre un globo de mármol ó de nieve!
¡Es Helena, la rosa de los campos,
la ninfa del paraje,
que marcha, envuelta en blanquecinos lampos,
haciendo florecer todo el ramaje!
Es Helena, la flor de aquel idilio
que extasiaba á Virgilio,
dormido entre los silfos amorosos,
al pie de un manantial, por la mañana,
al soñar con la clásica sultana,
la de suave moldura marmoleña
cuyo cálido aliento era un efluvio,
cuya boca era un fuego del Vesubio,
cuya sangre era un vino de Cerdeña!

¡Miradla, cómo marcha
entre flores y pájaros dormidos;
sus únicos vestidos
están hechos con gránulos de escarcha
y membranas de pétalos bruñidos!
¡Es hermosa y no ostenta un solo afeite;
su brazo es hecho á torno;
se estremece en sus carnes el deleite,
y hay algo que las mueve ó las encurva,
tiene un pliegue de flor cada contorno
y una arruga de mármol cada curva!
¡Es alta, es arrogante; hay gallardía
en todo lo que es ella;
ritmo es su voz, su paso es armonía,
su aliento es ambrosía,
su boca flor y su pupila, estrella!

¡Qué formas tan hermosas;
hay en sus pies marfiles, tuberosas,
espumas y corales,
guayacanes, caléndulas y rosas
y nelumbos y adelfas tropicales!
¡Y existe dentro de ese mármol griego
un corazón de fuego!
Y hay en su rostro brillazón de raso
y algo de cielo corre por sus venas,
y camina y camina y se abre paso
con dos manos que son dos azucenas,
y la negra deidad de sus melenas
tiembla y ansía, al parecer, besarla
con las ansias celosas de ocultarla,
y al cruzar por su rostro, y si se posa
en sus ojos de fúlgido querube,
forma la nube, la cargada nube
que muerde la serpiente del relámpago
con un rayo de furia luminosa!

VII

¿Adónde va, quién la dirige?... ¡Helena!
Grita una voz perdida allá en lo espeso;
¡es la voz de un amante la que suena,
una voz, una risa, un canto, un beso
rimado en un suspiro de sirena!

. . . .

Julio HERRERA y REISSIG.



Dibujos de F. Xumetra.

ENTRE AMIGOS

—¡Olvídala! Esa mujer
no merece que la quieras.
¿Por qué así te desesperas
si aun dichoso puedes ser?
Mujeres hay á porfía,
pues dicen, y no te asombre,
que tocan veinte á cada hombre...
—¡Con seis me contentaría!

Vicente NICOLAU ROIG.



Sr. D. Ricardo Jaimes Freyre

DISTINGUIDO ESCRITOR Y POETA BOLIVIANO



Á la Risa dije: "Enloqueces;„ y al Placer:
"¿De qué sirve esto?„ ECLESIASTÉS.

Anthropos, trovador y caballero, hizo edificar una ermita en la falda de una colina.

Y abandonó su castillo (en la puerta de su castillo, había cadenas de hierro, real honor), y llevó á la ermita la indiferencia de su corazón.

Porque en su espíritu había crepúsculo, así cuando la Primavera reía en las hojas rojas de las rosas, y en la nieve de los jazmines y en la albura húmeda de los lirios, como cuando el Estío hacía cantar á las cigarras entre las hojas, y el Otoño tornasolaba las uvas en las viñas, y el Invierno guiaba sobre la tierra sus tristezas frías y blancas.

Pero la soledad no habló á su oído esas suaves y consoladoras palabras que han escuchado todos los solitarios: «Oculta bajo las alas del Tiempo, vive la Esperanza.»

Y escribió en un muro: «En el lugar en que cayere el árbol, allí quedará.»

Desde la ventana de la ermita, por entre la fronda, iba su mirada al camino zigzagueante al pie de la colina. El sol hería los rostros de los viajeros, ó la lluvia caía sobre sus cabezas, ó la nieve blanqueaba sus hombros, ó la bruma los envolvía con mantos fantásticos. Anthropos los veía espolear sus caballos y pensaba: — Van al amor; van á la ambición; van al miedo.

II

Una noche llegó un viajero y le pidió hospitalidad.

Era una noche tempestuosa y sonora. Las tinieblas se aglomeraban en las copas de los árboles y se dispersaban bajo los relámpagos ó huían de los ecos del trueno en las hendiduras de las rocas. El viajero tenía noble y severo aspecto; en sus ojos había tristezas profundas.

Anthropos le cedió su lecho y esperó la aurora, mirando por la ventana abierta el descenso de las serpientes luminosas. Pero he aquí que rayó el alba y vió que el huésped estaba muerto; y en sus ojos abiertos no había tristeza, sino infinita paz.

Y murmuró: Tal vez la muerte...

Sobre el corazón del viajero halló un pequeño pergamino que decía: «Señor, mi rey; vuestro enemigo ha dicho: cualquiera que me entregare el cuerpo de mi enemigo, será grande delante de mí.»

Anthropos supo entonces que el viajero era un rey vencido.

Y puso el cuerpo del muerto sobre sus hombros y subió á la cumbre de la colina, abrió un hoyo y allí lo enterró.

Y volvió á su ermita, y por la ventana abierta siguieron sus miradas el vuelo de las aves gozosas después de la tempestad.

III

Fué en otra noche lóbrega y triste, cuando un viajero llamó á la puerta de la ermita. Sus ojos eran sombríos y su aspecto sórdido.

Anthropos le cedió su lecho y esperó la aurora, mirando por la ventana abierta los negros hilos de la lluvia que doblaban las hojas de los árboles. Cuando rayó el alba, el viajero dijo: «He aquí que yo sé que un tesoro está enterrado bajo tus plantas.»

Y Anthropos no miró siquiera á sus plantas, sino que dejó ir al viajero y lo olvidó.

IV

Y fué en otra noche obscura y silenciosa, cuando oyó llamar á su puerta. Y abrió la puerta y entró una mujer. Jamás en los ojos de Anthropos esplendió la belleza de tan deslumbradora manera. Diríase que en los labios de

esa mujer dormían caricias infinitas y en sus ojos atormentadoras y extrañas voluptuosidades. Anthropos miró entonces hasta el fondo de su propio ser, y su ser estaba frío como un muerto.

Y esperó la aurora, mirando por la ventana abierta la espantosa lucha de las tinieblas en el cielo. Y cuando llegó la aurora, vió que la mujer era ida y el lecho estaba vacío. Entonces se recostó en el lecho y no sintió el suave calor que había dejado en él el cuerpo de la mujer. Y mientras su espíritu seguía los caminos misteriosos que conducen á mundos desconocidos, sus labios balbuceaban: tal vez la muerte...

V

Una mañana dormía Anthropos bajo un árbol y descendió una ave del cielo y le devoró los ojos. Se hizo la noche en torno suyo; pero la noche no era más amarga que el día. Desde entonces llegaron á su oído con mayor intensidad los gemidos interminables del viento en el espacio sin límites.

VI

Pasaron muchos años. Muchas veces las hojas de los árboles fueron arrastradas por los vientos del Otoño y muchas veces la Primavera hizo renacer las hojas de los árboles; pero en el corazón de Anthropos no renacían ni la alegría ni el dolor, ni el temor ni la esperanza.

Y fué en una noche maravillosa cuando apareció en la ermita el último viajero.

Era una noche maravillosa del Estío. Por entre las

ramas de los árboles, la luz de la luna era como una larga mirada clara y consoladora. Reía el arroyo al pie de la colina y erizaba su dorso de escamas argentinas. Había en el ambiente alegrías nupciales y por la tierra y por el cielo pasaba un soplo del Infinito Bien.

El viajero tenía el rostro suave y pálido, y profundamente doloroso. Un rayo de luna, deslizándose entre la fronda, caía sobre su cabeza y se enredaba en sus cabellos negros. En sus ojos extraños, la mirada parecía venir de incalculables lejanías. Sus labios murmuraron:

—Te traigo la paz.

Entonces sintió Anthropos que la indiferencia de su corazón se deshacía como la nieve bajo el sol. Y penetró el espanto en su alma y sudor de angustia cubrió su frente, y chocaron sus dientes y se apartó la carne de sus huesos y emblanquecieron sus cabellos.

Y Anthropos murió de terror.

RICARDO JAIMES FREYRE.

Buenos Aires, Junio de 1900.



Dibujos de F. Xumetra.

LAS CONFUSIONES DE GEDEÓN



— Me has traído un guante blanco
y otro negro, Gedeón.
— Pues no sé en esta ocasión
cómo saldrás del atranco.
— Del modo más natural:
trae el otro par, camueso.
— ¿Y qué ganamos con eso,
si el otro par es igual?

Dibujo de Apeles Mestres.

CANTAR BATURRO

Te vas á casar con otro
por dáme á mí en la cabeza.
Como la tengo mu dura
bien puá ser que no lo sienta.

ALBERTO CASAÑAL Y SHAKERY.



La patria

A mi señor tío político
D. Federico L. Gutiérrez.

—¡Adiós!...
—¡Oh fatal estrella!
—¡La patria lo exige, Blanca!
—¡Pues de mis brazos te arranca,
reniego mil veces de ella!
—¿Por qué tu labio la ofende?
—Contra quien me infiere agravio,
no puede callar el labio

la ira que en mi alma enciende.
—¿Tienes de la patria celos?
—¿No destruye, en sus rigores,
cadenas hechas de flores
que un día ataron los cielos?
¿Y para qué tales lazos
quebranta con mano ruda?
¡para arrojarte, sin duda,
cadáver yerto, á mis brazos!
¡No te alejes!...
—¿Y mi honor?
en vano, Blanca, te empeñas...
esa patria, que desdeñas,
me llama á luchar...
—¡Traidor!
¡Por ella mi amor olvidas!
—¡No! ¡por ella más te quiero,
y del odio el dardo fiero
no encone así tus heridas!
Desecha injustos enojos
y vea mi amor vehemente
sin nubes tu blanca frente,
sin rayos tus negros ojos.
¿Qué es la patria? cuanto encierra
el santo, nativo suelo:
la luz, que baja del cielo
para iluminar la tierra;
la cuna do hemos nacido,
el río de claras ondas,
la flor, la planta, las frondas,
el insecto, el ave, el nido;
cuantos seres adoramos,
cuantas memorias tenemos,
el hogar que defendemos,
las dichas con que soñamos;
cuanto, Blanca, nos rodea,
ya cause pena ó placer,
y ante todo, la mujer
de ojos de lumbre febea,
que en la lucha enardecida,
donde el corazón se inflama,
impulsa al hombre que la ama
á dar por ella la vida!

Dibujo de E. Estevan. CASIMIRO PRIETO.

La estalactita.—Por Apeles Mestres.



Con el propósito de cumplir un voto, un penitente se retira á una caverna.



Y sin parar mientes en ello, se sienta debajo de una estalactita...



... que deja caer su inconsolable llanto sobre su capuchón.



Y transcurren días y más días...



...y sigue goteando sin cesar la estalactita...



...la cual va convirtiendo en estalagmita al buen penitente.



Hasta que, por fin, llegaron á confundirse estalactita y estalagmita...



La gota-arquitecto había fabricado su columnita cuando el penitente dijo: *Amén.* El voto está cumplido.



—¿Quién demonios me agarra el capuchón por ahí arriba?



—Bueno, pero y ahora ¿quién me paga un traje nuevo?



Canción del bronce

Al viento las enseñas, hechas tiras
en los rudos encuentros sanguinarios,
desfilan los heroicos legionarios
bajo el arco triunfal. Arden las piras.

Junto á la Diosa de las rojas iras,
mientras lanzan los viejos campanarios
la canción de los triunfos legendarios,
que dormía en el bronce de sus liras.

El Héroe se aproxima. Los clarines
anuncian á los fuertes paladines;
levanta el pueblo su potente grito,

Y sobre esa embriaguez de la victoria
el bronce canta su canción de gloria,
cantando la epopeya al infinito.

Buenos Aires, Julio de 1900. CARLOS ORTIZ.

Dibujo de J. Pahissa.

Fragmento

Tengo una fe profunda en la eficacia social y civilizadora de la palabra de los poetas; pero creo, ante todo, en la libertad, que Heine proclamó *irresponsable,* de su genio y de su inspiración. Cuando escucho que se les exige, con amenazas de destierro, interesarse en las controversias, los afanes y las agitaciones de los hombres, recuerdo á Schiller narrando lo que sucedió á *Pegaso bajo el yugo.* El generoso alazán, vendido por el poeta indigente, es uncido, por groseras y mercenarias manos, á las faenas rústicas, símbolo de la vulgar utilidad y el orden prosaico de la vida. El se revuelve primero, para sacudir el yugo que desconoce, y desmaya, después, de humillación y de dolor. En vano le castigan sus amos. Le desuncen, convencidos de la imposibilidad de domeñarle, y le arrojan con desprecio como cosa inútil. ¡Pero el antiguo dueño, que vagaba triste como él, le encuentra un día en su camino, sube lleno de júbilo entre sus alas desmayadas, y entonces un estremecimiento nervioso recorre los flancos del corcel rebelde á la labor, se despliegan sus alas, sus pupilas flamean, y tiende el vuelo hacia la altura con el soberbio brío, con la infinita libertad de la inspiración levantada sobre las cosas de la tierra!

¡Hermoso símbolo de la soberana independencia del arte! ¡Comprendiéndolo en su sentido profundo, dejemos al corcel alado la voluntariedad de sus vuelos, á la poesía la fuerza de su libertad, y seamos siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya ella nos aparezca como deidad armada y luminosa en nuestras luchas, ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento, ya extinga

en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la *caricia helada* de la forma!

José Enrique RODÓ.

Montevideo, Junio de 1900.

Madrigal

Ayer en el jardín te ví dormida
y, tal resplandecía tu hermosura,
que al verte imaginé, niña querida,
el vértigo sentir de la locura.
Te miré con extático embeleso,
ardió en mi pecho una pasión impura,
y á tus divinos labios virginales
los míos acerqué, para en un beso
apurar las venturas celestiales.
Pero al írtelo á dar arrepentíme:
tan pequeño, tan ruin, tan bajo víme,
que pensé que tocar tus labios rojos,
Asunción de mi vida, era ultrajarte,
que iba mi beso á producirte enojos,
que belleza y frescura iba á robarte.
Y al vencer con esfuerzo sobrehumano
la tentación, me dije con orgullo:
—¡Esta es la vez primera que un gusano
respeta la pureza de un capullo!

Buenos Aires. José GONZÁLEZ GALÉ.

EPIGRAMA

Pésame, escribió Gaspar,
presa de viva aflicción,
á su amigo Gedeón,
que acababa de enviudar.
De él al punto en busca fuése
el viudo, echando venablos,
y pensó: —¿Para qué diablos
querrá Gaspar que *le pese?*



De otro siglo

Lope, cuyo cerebro de iluminado
le conquistó la gloria de los poetas,
poderoso y ardiente llenó su siglo
con el raudal inmenso de sus bellezas.
Su genio es como lumbre que le da vida,
su inspiración es grande, vivaz, intensa,
es un sol que ilumina desde lo alto,
pero sol sin ocaso ni manchas negras.
Su verso es la harmonía que se desborda
como una catarata de luz espléndida
ajustando la idea con la palabra,
que se pierde en lo suave de la cadencia.
Y él es con su pujanza de soberano
producto de una patria que altiva muestra
tan sólo los laureles que el genio gana,
cansada de lograrlos en las peleas.
Invocando su nombre, como al conjuro
de algún ser misterioso de las tinieblas,
desfilan por la mente precipitados
los personajes miles de sus comedias.
Y aparecen entonces aquellas damas
de elegancia exquisita por lo correcta,
esbeltez en el cuerpo, gracia en el rostro
y mirada de fuego que á veces quema.
Saben amar y tienen á sus amantes
un cariño modelo de fortaleza,
porque son ardorosas en las pasiones
á fuer de recatadas y de discretas.
Damas, que para brillo de sus encantos
la cultura combinan con la agudeza,
y que en su boca lucen un discreteo
que es gala del ingenio que lo maneja.

Luego, como cortejo de adoradores
y al lado de esas damas de estirpe regia,
con risueño semblante, van los apuestos
galanes de figura caballeresca.
Cada galán pasea con su señora,
y la espada que al cinto colgada llevan
no se duerme en las manos del que la tiene
cuando el honor exige que no se duerma.
Después, rezando pasa la Celestina
de punteaguda barba, nariz dantesca
y manto que la cubre dándola un aire
de buho de las noches de las conciencias.
Y en medio de esas sombras que se aparecen,
al través de figuras que se diseñan
y contornos marcados con la energía
que una mano segura le imprime experta,
se ve como entre gasas de espesor tenue
el busto de la gloria: Lope de Vega.

SALVADOR FORNIELES.

Buenos Aires, Junio de 1900

Dibujo de Apeles Mestres.

Una perla

Si alzar á tí supiera mi alabanza
con pluma de diamante, en verso de oro,
cuanto alcanzara á tí fuera desdoro
junto al elogio que á tu ser no alcanza.

Si impulsado el amor por la esperanza
quisiera equilibrar con su tesoro
el tesoro imposible que en tí adoro,
tal vez se nivelara la balanza...

Mas si á par de mi amor y tu hermosura
pusiera yo una lágrima sombría,
de esas... con que lloré mi desventura,

á inclinar la balanza bastaría
aquella sola perla amarga y pura:
¡que tanto pesa la amargura mía!

Guayaquil. MANUEL ANTONIO CAMPOS.



Manchas de color

LO QUE DICEN LAS ESTRELLAS

Al brillante poeta CARLOS ORTIZ.

—¡Socorro!—gritaba una hormiga, á quien una ráfaga de viento había arrojado desde la corola de una margarita á un arroyo cubierto de hirvientes espumas, que culebreaba por el florido valle en dirección al mar azul.

Acudieron á sus voces varios abejorros, y uno de ellos, el más compasivo, salvó, con riesgo de su vida, al pequeño insecto, que depositó sobre la margen de la corriente, bajo un rayo de sol.

—Gracias, señor abejorro, — exclamó la hormiga, en cuanto pudo hablar; — si no es por usted, no lo cuento.

—¿Tanto miedo tiene usted á la muerte? — preguntó con sorna el ápido.

—Francamente, me asusta lo desconocido... ¿qué nos espera después de esta vida?

—¿Luego cree usted en la inmortalidad del alma? Pues sepa usted, señora hormiga, que eso no reza más

que con el hombre, el único ser dotado de alma racional y el que ocupa el primer peldaño en la escala zoológica; los demás animales... de escaleras abajo, no tenemos alma, y sin alma no hay inmortalidad.

—¡Bah! eso lo dice el hombre, que se cree el ser más perfecto de la creación; pero usted sabe, señor abejorro, que todos los animales tenemos nuestra alma en nuestro almario, y aun me atrevo á asegurar que hay animales menos *desalmados* que muchos bípedos implumes...

—Dice usted bien, señora hormiga.

—Todos somos hijos de Dios, y no digo los animales, hasta las plantas y las flores tienen algo más que alma vegetativa, que las hace renacer allá arriba, después de la muerte... Porque yo no comprendo el cielo sin rosas ni claveles.

—Yo tampoco.

—Lo que no me explico es que, con una existencia tan arrastrada como la nuestra, y creyendo en una vida futura mucho mejor, tengamos tanto horror á la muerte.

—Pues yo le diré á usted la causa, señora hormiga.

—¿Es usted filósofo?

—No, lo sé por casualidad. Escuche usted. Una noche de verano descendieron dos estrellas al viejo rosal que florece en el huerto donde vivo, cuyas derruidas tapias se divisan desde aquí...

—¿Dos estrellas? ¿No sería ilusión de sus sentidos?

—No, no era ilusión. Es muy común eso de que las estrellas bajen á charlar con las flores. Yo estaba desvelado...

—¿Padece usted de insomnio, señor abejorro?

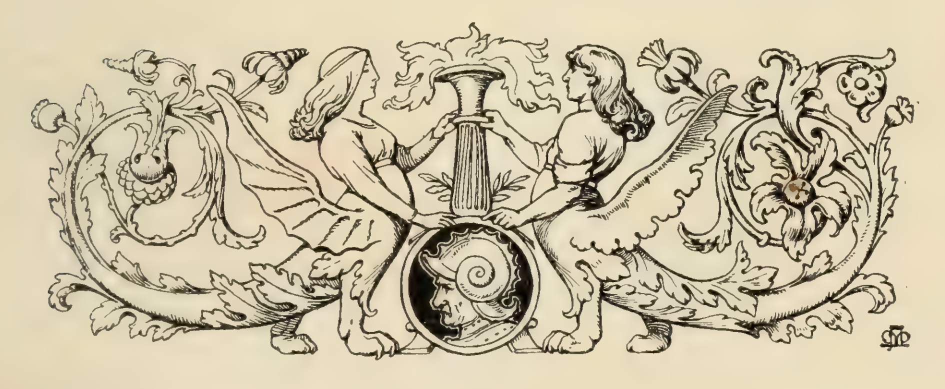
—No, es que había caído inadvertidamente de cabeza en una taza de café que el hortelano había dejado olvidada, y aquello me quitó el sueño, gracias á cuya cir-

cunstancia pude oir la conversación que sostenían las estrellas con las rosas. Hablaban de un zagalillo que amaba sin esperanza á una princesa de boca de clavel y cabellos de oro, que había pasado el día antes por la aldea... —Temo que se mate, dijo una de las rosas, estremeciéndose.—No es fácil, observó una de las estrellas.—¿Cómo puede tener apego á una vida tan amarga?—Porque le asusta, más que su martirio, la idea de morir. —¿Y por qué le asusta esa idea, si cree en otra existencia mejor? Algo debe haber de espantable en todo eso, cuando la muerte inspira ese horror instintivo...

La estrella se sonrió dulcemente con una sonrisa de luz, y bajando la voz, dijo á las rosas:

—Dios ha colocado en el corazón del hombre ese instintivo horror á la muerte, porque sin él todos renunciarían á esta vida de lágrimas y se verían burlados los altos fines de la Creación.

Casimiro PRIETO.



Dibujos de Apeles Mestres.

EPIGRAMA

—¿Por qué dudas, Gedeón,
que tu amigo desdichado
ha muerto de *insolación?*
—Porque estaba *desolado*.



Montonera

Llamean en el viento las banderolas
y se encrespan las crines y las melenas,
y aunan al reflejo de las arenas
su brillo diamantino las tercerolas.

Los pañuelos anudan sus rojas golas
á las bravas gargantas de insultos llenas,
y el prepotente puño muestra las venas
donde pinta la sangre violadas olas.

Se encabritan los potros en el sendero,
las virolas responden en el apero
á las dulces milongas de las cigarras,

Y en el hinchado lomo los mocetones
van llevando la carga de sus canciones
pendientes de las cuerdas de las guitarras.

Buenos Aires, Mayo de 1900. **GOYCOECHEA MENÉNDEZ.**

Dibujo de F. Fortuny.



Prerafaelista

Mientras se cubre el campo de albas alfombras
y oprimo entre los dientes la pipa de opio,
cruzan mi pensamiento lívidas sombras
como vistas de un raro caleidoscopio.

Pasa grácil y leve la ideal medalla
de una niña de tristes ojos extraños;
parece la heroína de una rondalla,
sobre la cual lloraran los Desengaños.

Luego pasa temblando cual lirio tierno
otra virgen de formas misteriosas;
cargada va de níveas flores de invierno,
y sobre éstas vuelan las mariposas.

Vienen detrás, muy pulcras y aristocráticas,
las sombras de dos hadas meditativas;
¿qué sentirán tan tristes, mudas, hieráticas,
en ese largo viaje de pensativas?...

Yo no sé lo que sienten; yo sé que vienen
del país fabuloso del Rey Ensueño,
y sé que van á la isla blanca que tienen
en la patria infinita con que yo sueño.

Por eso, mientras nieva con más porfía,
masco angustiosamente la pipa de opio,
y se alarga en mi mente la ideal theoría
de visiones de un raro caleidoscopio.

Desfilan todas blancas, finas, pueriles,
las cándidas viajeras desamparadas;
todas visten antiguos trajes gentiles
y van walkíriamente desmelenadas.

Son las almas que flotan en los notables
dibujos de Chavannes y otros pontífices;
son esas pobres tísicas inconsolables
que hoy marcan nuevos rumbos á los artífices.

Son todas las princesas, tristes y pálidas,
que al sol cual golondrinas tienden el vuelo,
y sin haber dejado de ser crisálidas
en vez de amar á Isis, se van al cielo.

Y pasan más; pasa otra con un gran traje
de corte inverosímil: joyante, lila;
¡oh! ¿qué hay de aquella muerta de mi linaje
en el llameante azufre de su pupila?...

Pasa, al fin, y es la última, con lenta marcha,
la más inconsolable, la menos fuerte;
¡su rostro es un marchito rostro de escarcha
que se ve que no acaba de hallar la Muerte!...

Sus cabellos peinados de un modo arcaico
lucen diademas de algas y de clemátides;
y en sus ojos de amargo fulgor judaico
hay algo de los ojos de las cariátides.

Son ojos dolorosos; ojos de inerme
que hablan de paraísos y de nirvanas;
son ojos de persona que nunca duerme
pensando en cosas tristes y muy lejanas.

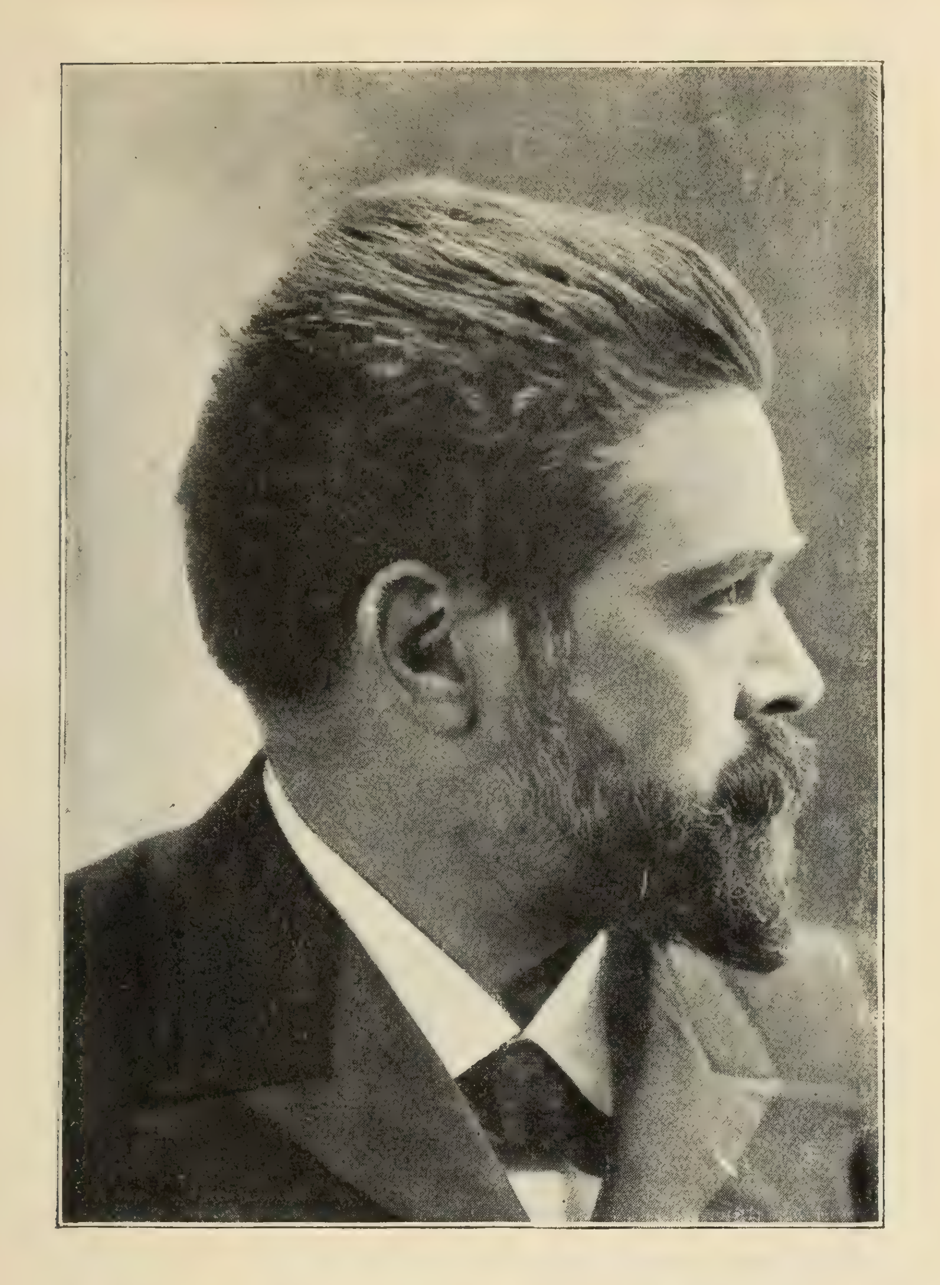
Marcha como una errante sombra de duelo
que no encontrara patria consoladora,
y en su fúnebre traje de terciopelo
parece un lirio muerto que se evapora.

La miro alucinado; la miro y llamo;
pero ella, triste y muda, más se adelanta...
hasta que al fin se pierde y entonces clamo:
¡Con razón se me fuga, si es mi Atalanta!...

Es mi novia invencible, mi errante estrella,
la que ama lo que aman los girasoles;
y ¡ah! si me fuera dado partir con ella
hacia el país donde arden perpetuos soles!...

La Plata (República Argentina), 1900. OSCAR TIBERIO

Dibujo de J. Luis Pellicer.



Sr. D. Juan Zorrilla de San Martín

EMINENTE POETA URUGUAYO

Juan Zorrilla de San Martín

Es pequeño y grande á la vez. Caprichosa antítesis de la naturaleza, que se complace en hacer de un muñeco un gigante, de una hormiga un león. Por lo regular esos colosos de carne y hueso son, como diría el gran novelista francés, los enormes caserones cuyo último piso, ó sea el más alto, es el peor amueblado.

Hércules ahoga á Minerva. A gran musculatura poco cerebro. Los hombres excesivamente altos, á semejanza de las cumbres estériles, poseen un cerebro infecundo. No me habléis de esos figurones de sastrería, de esas esculturas sin repisas. Los unos llaman á la unidad de medida; los otros al *marmolista* que los acomode en cualquier sitio de recreo. Detesto á esos hombres-bergantines que tienen por mástiles esos brazos largos, enormes, groseramente estirados, como lombrices muertas, inacomodables, antiartísticos, que parecen pleonasmos de carne, mamarrachos superfluos, que conservan toda la frialdad de las piedras milagrosas de Deucalión, y el poco garbo de unos *salames*.

Por lo demás, ¿para qué sirve tanta materia? Son bultos insolentes, que faltan al respeto á su Majestad la proporción, y que no tienen el derecho de ocupar tanto espacio en el mundo. ¡Dadme los hombres *bombonnière,* los *bijous,* las monerías de salón, los modestos de volumen!

Thiers me seduce, y creo que nunca alcanzó á ocupar el espacio de su Historia del Consulado y el Imperio. Bonaparte con ser pequeño no cupo en Santa Elena, y si movía su pequeño brazo derecho era, como dice el poeta, para corregir la geografía de Europa.

Nuestro Zorrilla de San Martín es un punto de carne en la oración fisiológica. Pero, es el punto final que toca á silencio para decir: ¡aquí estoy!

Entre una multitud se distingue siempre. Es movedizo, nervioso; todo su cuerpo tiene expresión. Es un jaguarcito inquieto este hombrecillo de caja de sorpresa.

Cuando habla gesticula, se vuelve giratorio; sus miembros todos tienen goznes elásticos. Levanta su intranquila cabeza de imaginario gorrión negro; alza sus brazos en alto como dos alas; parece que un huracán interior lo sacude, lo impulsa, lo lleva: ¡dijérase que va á volar! Entonces los que le rodean le hacen espacio y las fisonomías adquieren cierta vaga expresión de asombro, que me imagino en los guardas del sepulcro de Jesús cuando éste resucitó.

Es que Zorrilla no habla como los demás hombres. La palabra salta, corre, se precipita á un mismo tiempo en sus labios, en sus ojos, en su rostro. Su conversación es una danza de armonía. Cada línea de su fisonomía es una letra mágica, cada pliegue un significado profético. Todo movimiento de sus músculos es una oración. El verbo vivo y constantemente animado de su alma, llena de aleaciones, es su lengua. Su lengua es todo un poema en movimiento. Sus revelaciones salen en verso de distinto ritmo. Su garganta diríase un címbalo eufónico de lenguaje ó una jaula de pájaros de cristal. Las inflexiones más elocuentes del sonido aterciopelan el aire melodioso que brota de su *caja de música*. Es un mago que esconde su instrumento, ó mejor dicho, es un instrumento disfrazado de hombre. Las ideas, en rápida sucesión de oleaje tumultuoso, hacen estremecer el erguido peñón de su cabeza, abultada y cubierta de un césped negro; y parece como que una epilepsia de ins-

pirada pitonisa *délfica* sacude, en esos momentos, el oceano cerebral que hierve en el interior de ese enorme aposento obscuro, por el que pasa el hilo telegráfico que une la tierra al cielo! Es Ezequiel de pie sobre una montaña. Sus labios, como tocados por invisibles musas rítmicas, se hunden, saltan ó se estiran á cada instante: son dos teclas rojas.

Zorrilla orador es Zorrilla transfigurado. ¡Quién lo diría! Con sólo tomar una actitud se adueña del auditorio. Todo cambia. Si es de día, él es el único sol. Si es de noche, él es el único foco, y cuando él se retira del escenario el salón queda á obscuras.

Las riendas de oro, de que nos habla el filósofo, sujetan todas las voluntades, manejadas de pronto, y sin que se sepa cómo, por el dedo poderoso de ese Dios que nadie conoce. De repente la tempestad orquestal rompe en sus labios. Todas las almas vibran al unísono. Todos los pechos adquieren agitaciones de ola; la multitud vuélvese tromba, las manos se juntan como platillos para aplaudir y los brazos se levantan como banderas de triunfo. Hase tocado un resorte misterioso y todas las pupilas aparecen encendidas como para una fastuosa iluminación de victoria.

Eolo abrió su enorme abanico de borrasca y el océano se levantó azorado. Ante aquel sacudimiento de palabras que electrizan; ante aquel terremoto de entusiasmo atronador y espontáneo que deshace, arruina y despedaza las expectativas de hielo, Zorrilla ya no es el pequeño niño con barbas; ya no es el minerito que aparece humillado bajo su reluciente sombrero alto. Es un gigante aquel que fué pigmeo; todo lo llena, todo lo aplasta. Cada movimiento suyo es una embestida. Dijérase una extraña figura de león escapado de alguna monumental

puerta egipcia. El escenario es pequeño para su pedestal. Su cabeza alcanza á la bóveda.

¡Es que ha crecido al hablar! Y es que también la gente que lo ha escuchado se ha sentido pequeña, insignificante, casi inséctil al lado de ese profeta.

Por lo demás, su fisonomía plana, ó, mejor dicho, aplastada, no es la *típica* del hombre de talento, ni mucho menos. Lejos de asombrarnos por sus rasgos *originales,* muy al contrario, nos parece familiar y hasta común. Su frente angosta nada nos dice de su fluido interior. No es la frente despejada; no es la gran página del pensamiento, ni el campo límpido de la imaginación. No es la frente de Enjobras que hizo decir á Víctor Hugo: *Mucha frente en una cara es mucho cielo en un horizonte.* Tampoco su nariz posee la regia curva cesariana de los predestinados, ni la aquilina severidad de los Alejandros del genio, ni la globosa inflación soberbia de los reyes de Versalles. Es una nariz chata, y que no merece tal nombre, á menos que no se le mire de perfil.

Sólo en sus ojos hay luz y mucha luz. Parecen urnas en que el pensamiento vaciara sus rayos; parecen fraguas pequeñas en que las ideas forjaran en silencio palabras de fuego y armonías incandescentes. Son ojos que atraviesan murallas. Son dos interrogaciones que brillan en su rostro.

No son los ojos pensativos de Enrique Heine, los ojos de ruiseñor germano; los ojos que uno se imagina románticos porque vieron á «Tabaré;» los sonámbulos de Chateaubriand; los enlutados, los tristes de los cuales diría Rubén que tienen dulzura de luz.

Son los ojos agazapados; los que aguijonean; las avispas que esconden su miel; los ojos polizontes, los centinelas, los espías, los que enhebran travesuras y hablan

con desenfado; los ojos que «incomodan como una puerta abierta» cuando se clavan en los nuestros.

¡Qué ojos esos! Ríen como ironías y nunca están quietos, como dos colegialitos mimosos. Me los imagino en Rabelais y no en Becker. La primera vez que los conocí me gritaron: ¡Presente! ¡Yo me sentí casi dislocado, y conjugué, sin quererlo, el verbo callar!

Tal es Zorrilla de San Martín. Su corazón, como la zarza de Oreb, arde y no se consume. Es una lira de fuego con cordaje azul y blanco: la Musa de la patria lo pulsa, lo sacude, lo entona, lo llena de estremecimientos. Las impresiones llegan á él como lenguas encendidas de bocas proféticas, y entonces gime, canta, ruge, hierve, atruena, se levanta como una tromba de tempestad hasta desaparecer en el torbellino de espuma de las fantasías! Dijérase un nuevo Belerofonte rodando por el Olimpo de su inspiración! Como á Olegario Andrade, es la patria quien lo llama, y la patria tiene para él evocaciones grandilocuentes de pitonisa, soberbios conjuros de Moisés divino. Hay que contestar á ese llamamiento con serpientes que se rebelen como látigos de Dios al pie de los tronos; con flancos de montañas envejecidas que estallen en erupciones de gigantescas rosas blancas; con desbordamientos de Nilos fantásticos que ahoguen á los Faraones de la libertad; con inmensas columnas de llamas cerebrales que humillen la tierra con el peso del cielo, con Sinaís prodigiosos que miren con relámpagos y silabeen con rayos, conjugando el verbo de la vida!

Y así contestó el autor de «La Leyenda Patria,» que es, á no dudarlo, uno de los primeros poetas de América, y, ya que no el más artista, por lo menos el más inspirado y el menos extravagante.

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Montevideo, Julio de 1900.



Á Pepita Cuyás

Soltera á quien *trové* yo,
casi siempre se casó;
¿qué demonios de virtud
tendrá, Pepa, mi *laúd,*
que tal maravilla obró?
Pero tu labio, discreto,
guardarme debe el secreto,
para que nadie lo sepa,
ó, como hables, te prometo
que emigro al instante, Pepa.
Harto tuve que cantar,
como en perpetuo jolgorio,
á tanta chica sin par,
y tiemblo sólo al pensar
que se haga el hecho notorio.
Habrá más de una soltera
que, quiera yo que no quiera,
y aunque por lo fea espante,
se empeñará en que la cante
y en que la llame hechicera.
Para que luego, indignado,
contra mí el marido ruja,
y diga que, en lo cantado,
debiera haberla llamado
en vez de *hechicera... ¡bruja!*
¿Qué poder me librará
de la porfiada mamá,

si huele por fin el yerno
que con afán sempiterno
en vano buscando está?
De mis endechas, ansiosa,
donde, en armoniosos giros,
llame á su hija estrella, rosa,
palma de oro, ninfa... *ó diosa,*
¡no me soltará ni á tiros!
¿Cómo resistir al ruego
de tanta chica gentil
y no cantar sin sosiego,
de una los labios de fuego,
de otra el árabe perfil?
¡No, Pepa! ¡no me conviene!
si se sabe la virtud
que mi viejo *laúd* tiene,
¡el bello sexo se viene
sobre mí, en forma de alud!
Y quiero vivir tranquilo
y hasta evitar algún palo
por callar, ¡necio sigilo!
de alguna Venus... de Milo,
lo que tenía... de malo.
¡Por Dios! guárdame el secreto,
pues no quiero que se sepa,
y hacerte, en cambio, prometo
un madrigal ó un soneto
para que te cases, Pepa.
¿Qué alma habrá que no se rinda?
diré en él que eres muy linda;
cielo lleno de arrebol,
y que es tu boca una guinda
madurada por el sol.
Diré que eres tan hermosa,
que cuando des, sin pesares,
ante el ara, el sí de esposa,
parecerás una rosa
floreciendo entre azahares.
Mi *laúd* voy á tañer
de tus gracias infinitas
en justo loor... y á ver
si al fin te casas, mujer,
y no me desacreditas.

Dibujo de F. Prieto. CASIMIRO PRIETO.



MI IDEAL

COMPOSICIÓN DEL DISTINGUIDO ARTISTA CHILENO
D. MANUEL THOMSON



Tipos y paisajes argentinos

RONDA

El otoño, en la Pampa, es divino. El pintor encuentra cierta dificultad para traducir con el pincel lo que ve su ojo. El cielo es demasiado azul, la tierra es demasiado verde, el sol demasiado dorado; el horizonte y el cielo no se confunden, sino que están netamente cortados uno de otro, aunque se toquen.

Para facilitar al artista la tarea, elijámosle un paraje algo quebrado, como los hay; con unos médanos lejanos, tres ó cuatro montes desparramados en la llanura, de esos montes que parecen indicar grandes estancias; que, al caer el sol, parecen enormes, dando casi la idea de selvas impenetrables, y que, cuando uno llega cerca de ellos, ve que se reducen, modestos, á diez sauces alrededor de un rancho, y á una cuadra cercada de álamos.

Pongámosle también un alambrado, con postes algo torcidos, una lagunita, redonda, clara, reluciente como un espejo. ¿Qué más?... ¡Con todo, Señor, este cielo parece mancha!

Para pintar el cielo argentino con verdad, y sin que se ría la gente, no basta el talento, se necesita genio. Y para que á nuestro pintor no le salga un mamarracho el cuadro, le alcanzaremos cuarta, permitiéndole aprovechar esta columna liviana de humo, de una quemazón muy lejana que, ligeramente, encapota de gris un rincón del cielo.

Ahora que dejó éste de ser demasiado azul, coloquemos en la llanura, para que deje de ser demasiado verde, una punta de vacas coloradas y rosillas, como buenas mestizas que son, que pacen, desparramadas, ó duermen echadas, ó toman agua.

Un caballo ensillado, soñoliento, inmóvil, parece que es el único que las cuida. Pero, no, pues del cabestro que cuelga, lo sujeta un hombre, perezosamente echado de bruces, perdido entre el trébol florido.

No duerme; no puede dormir; está *de ronda*. Lo ha conchavado por día un resero para que le tenga á pastoreo esta puntita que ya compró, hasta que traiga otra que salió á buscar. Si cumple bien, fácil es que lo lleve con la tropa, y la perspectiva de este viaje, productivo á la vez que agradable, le tiene con los ojos abiertos y la imaginación agitada.

De cuando en cuando salta en el pingo, da una vuelta despacio, repuntando las vacas, y se vuelve á estirar en el suelo, de espaldas esta vez, con el cigarro prendido.

¿En qué podrá pensar, solo, todo el día?—¿Pensará?—¿Os oirá:

Mouches qui murmurez d'ineffables paroles
A l'oreille du pâtre assoupi dans les fleurs?... (1).

¡Ay! las moscas son mosquitos y las espanta. Pero es joven, está lleno de salud y de fuerza, y, despierto, sueña en todo lo que puede tener atractivo para su alma simple de buen gauchito.

Sueña con cierta chinita, con la que está medio apalabrado, desde la otra tarde, que entre dos retortijones á una camisa que estaba lavando ella en la batea, le dijo sonriendo: «Pregúntelo á mamita.»

No preguntó él nada á mamita, y queda pensando que muy bien podría la moza contestarle ella misma. Y piensa también que si va con la tropa, ganará bastantes pesos para traerle de regalo un lindo pañuelo de seda, lo que, muchas veces, ablanda los corazones y vence las resistencias.

Pero también se acuerda de que si se va con la tropa, deja el campo libre á don Antonio Moreta, que anda dándole vueltas á la chica; y este pensamiento amargo le hace fruncir el ceño y bajo su tez morena asoma la sangre roja.

—«¡Bah!—dice casi en voz alta.—¿Qué va á hacer ese chueco?»

Con todo, queda con la pesadilla.

Pero pronto cruza por su imaginación el recuerdo del parejero alazán que dejó en el rancho al cuidado de su hermano menor. Y una inquietud arrea la otra.

«¿Quién sabe si el muchacho no va á querer compadrear con él y me lo manca?»

Y del parejero fácilmente pasa á pensar en un gaucho

(1) *Victor Hugo.* Moscas que susurráis palabras inefables al oído del pastor amodorrado entre las flores.

medio loco, Silverio Montana, que le quiere correr seis cuadras y á quien se la va á ganar robada.

Se ríe, y brillan sus ojos al acordarse de un tirador todo lleno de adornos de plata, que justamente Silverio empeñó en la pulpería y dejó fundir; que el pulpero le ofreció mitad al contado y mitad fiado, y que es muy capaz de comprar con la misma platita que le va á ganar en las carreras.

Y, alegre con la idea, salta á caballo, da su repunte y vuelve á sentarse en el suelo, y deja seguir bailando en su cabeza el amor, la pasión á las carreras, la coquetería, los celos, el deseo de viajar, el temor de irse. Pasan despacio las horas...

Y durante todo el día, ha sentido el intenso goce de vivir, bañado en luz caliente, respirando un aire puro y completamente feliz, en alegre paisaje...

GODOFREDO DAIREAUX.

Buenos Aires, Junio de 1900.

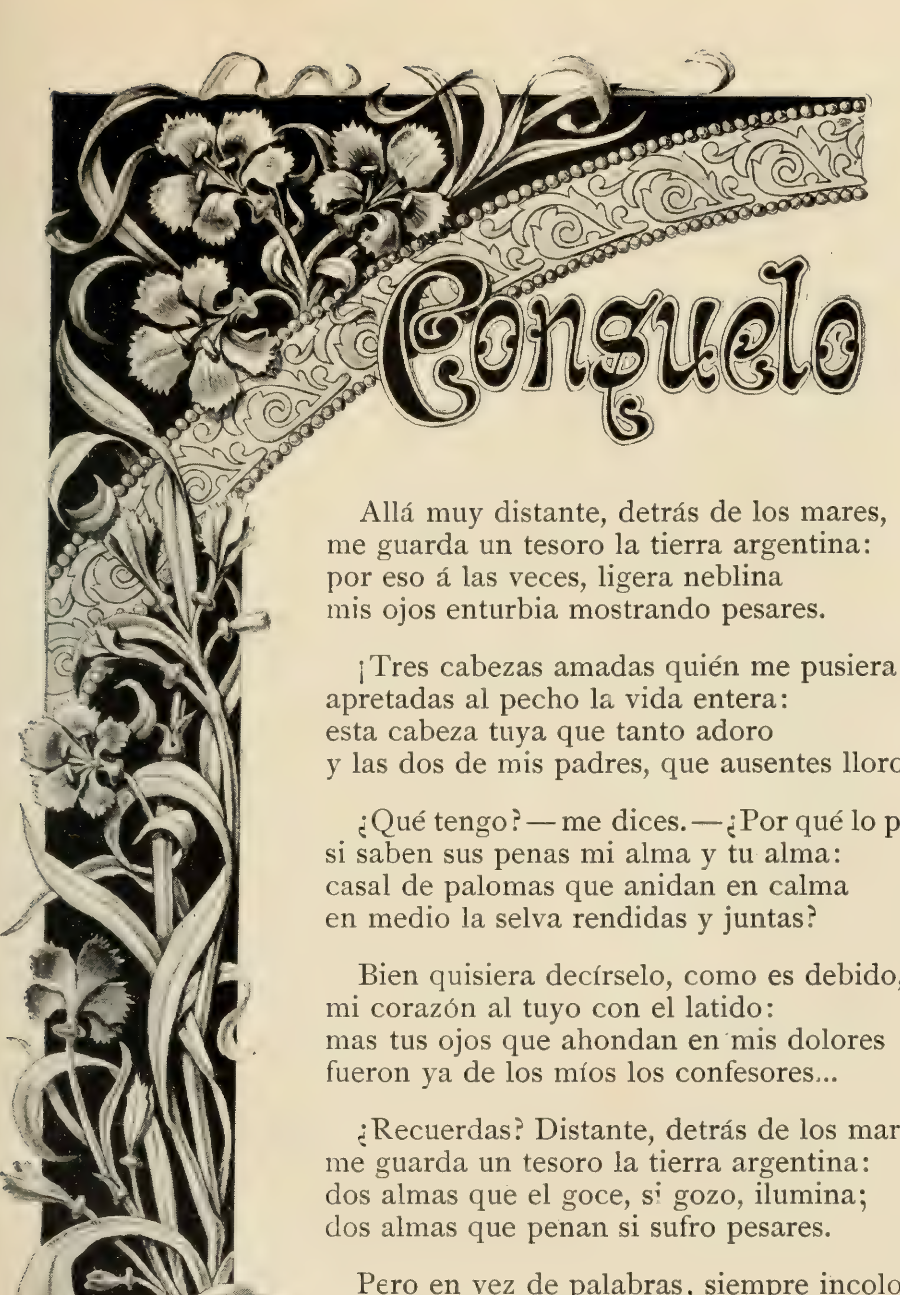


Dibujos de F. Fortuny.



—¿Vive con su suegra, Gil,
en esta quinta, el vizconde?
—Por lo perversa y cerril
la ha instalado en otra...
—¿Dónde?
—Cerca... á tiro de fusil.

Dibujo de J. Cabrinety.



Allá muy distante, detrás de los mares,
me guarda un tesoro la tierra argentina:
por eso á las veces, ligera neblina
mis ojos enturbia mostrando pesares.

¡Tres cabezas amadas quién me pusiera
apretadas al pecho la vida entera:
esta cabeza tuya que tanto adoro
y las dos de mis padres, que ausentes lloro!

¿Qué tengo? — me dices. — ¿Por qué lo preguntas,
si saben sus penas mi alma y tu alma:
casal de palomas que anidan en calma
en medio la selva rendidas y juntas?

Bien quisiera decírselo, como es debido,
mi corazón al tuyo con el latido:
mas tus ojos que ahondan en mis dolores
fueron ya de los míos los confesores...

¿Recuerdas? Distante, detrás de los mares,
me guarda un tesoro la tierra argentina:
dos almas que el goce, si gozo, ilumina;
dos almas que penan si sufro pesares.

Pero en vez de palabras, siempre incoloras,
que repitan tristezas que tú no ignoras,
la vida con sus hondas melancolías
te bordará en contorno sus poesías.

Ayer era fecha feliz de correo...
cantando, las horas, á mi alma llegaron;
y todas las horas por ella pasaron,
mas ¡ay! no saciaron mi ardiente deseo.

Sé que Dios cuida mucho la gente buena,
y que la vida ante ella tiende y serena;
y para que, aunque lejos, estén tranquilos,
une los corazones con leves hilos...

No creas, entonces, que me halle muy triste.
Es dulce la pena que alienta á vivir...
de pardos celajes el día se viste
y acaso mis ojos se anublan así.

Quisiera ser, ahora, como esos niños
que llorando y riendo piden cariños;
y porque eres tan noble que me consuelas,
me verás tan contento como lo anhelas.

Mas ¡ay! no sé qué tengo... que, ahogando mi alegría,
á impulsos, me acometen amargos pensamientos...
quisiera, como un pájaro, lanzar el alma mía
y transponer con ella los mares y los vientos.

¡Tres cabecitas dulces, quién me pusiera
apretadas al pecho la vida entera!
con tu amante cabeza que tanto adoro,
las de mis viejos padres, que ausentes lloro.

Los buenos viejecitos, muy tristes, están lejos:
junto al platense estuario de orillas perfumadas...
¡quisiera con mi frente tocar sus labios viejos,
con mis ardientes labios sus frentes adoradas!

¿Dices que hierve el prado de frescas flores,
los árboles de pájaros enredadores;
y que ríen, ansiosos de mis ternuras,
esos tus ojos, fuente de mis venturas?

Ya sé que el campo brilla cubierto de esmeraldas,
y que el ambiente puro respiras á mi lado:
ya sé que la alegría, por cumbres y por faldas,
desborda con los pájaros como un torrente alado...

Pero esas tres cabezas, amás, quisiera
aquí, juntas al pecho, la vida entera:
en posesión entonces de mi tesoro,
me entregara á los sueños que tanto adoro.

La tarde expira triste, con hondo parpadeo;
estíranse las sombras que vemos avanzar...
entre las altas ramas nuestra casita veo
que, cual caliente nido, llamándonos está.

En el atrio descubro gente que espera;
la criada excelente viene hasta afuera:
le arrebato la carta que anhelo tanto
y, besando su sobre, contengo el llanto...

Es que detrás del largo desierto de los mares
llegóme con la tarde callada la ventura:
la vida tiene siempre consuelo á sus pesares,
el día viene siempre tras de la noche obscura.

Y aunque reinan las sombras, lucen las flores
y prorrumpen en salva los ruiseñores;
y tu risa y mis risas, prenda querida,
saludan al Consuelo, sol de la vida!

Es que las tres cabezas se han encontrado
como en amante cita bajo mi techo:
dos, en la dulce carta que me ha embriagado,
y la tercera es ésta, que has apretado,
¡oh mi adorada prenda, contra mi pecho!

París, Junio de 1900. FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Dibujo de F. Prieto.

La nieve

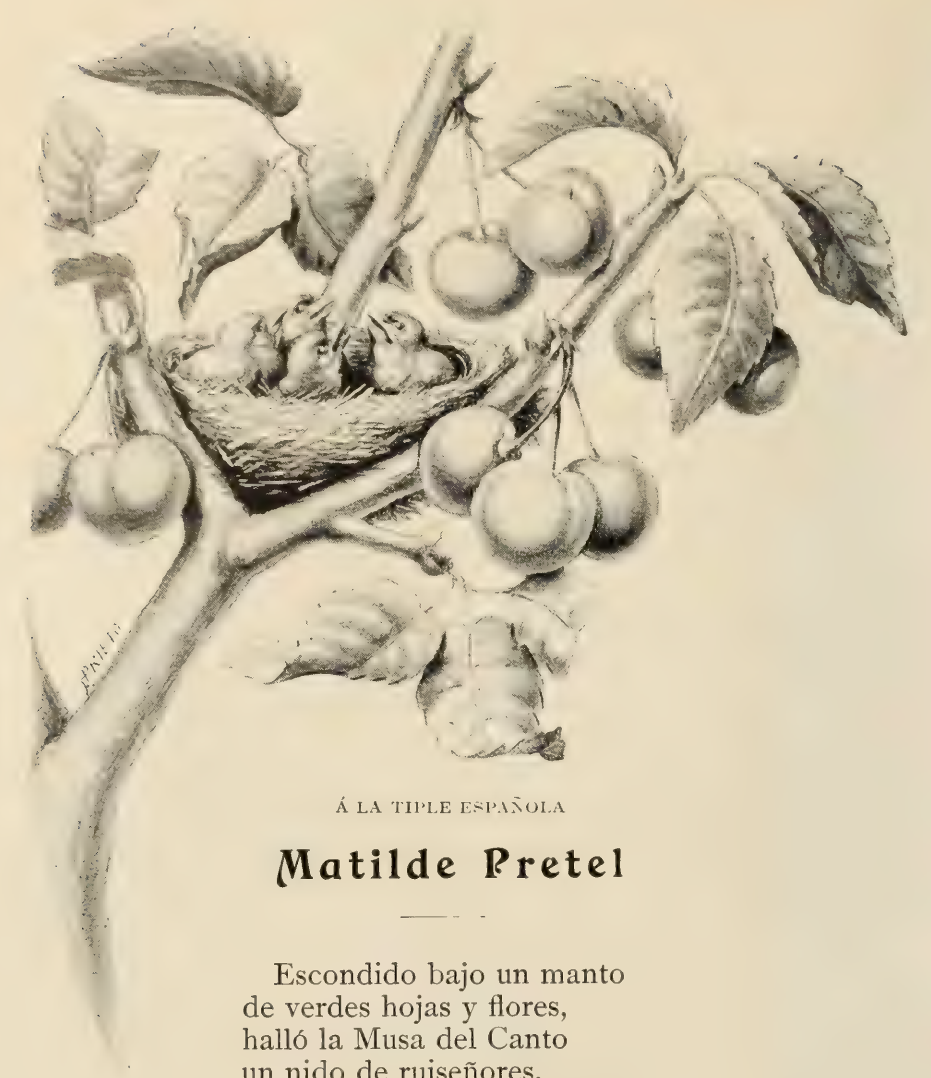
Bajando en copos desde el alto cielo,
la nieve, silenciosa y persistente,
despliega sus caudales lentamente
sobre los campos que endurece el hielo.

Ciñe su blanco y esponjoso velo,
como un manto de armiño, la vertiente,
y se mancha en el fango pestilente
al arrastrar sus orlas por el suelo.

Y en la anchurosa y solitaria plaza
sus congelados copos apelmaza
sobre la estatua colosal y erguida,

y su esbelto contorno desfigura,
cual si otra vez la clásica escultura
volviera al bloque de que fué extraída.

MANUEL DE SANDOVAL.



Á LA TIPLE ESPAÑOLA

Matilde Pretel

Escondido bajo un manto
de verdes hojas y flores,
halló la Musa del Canto
un nido de ruiseñores.
Colgaba de un alto guindo
que el sol bañaba en luz de oro,
y dueña de él, se fué al Pindo
la Musa, con su tesoro.
Mas ¿cómo pintar la lidia
que produjo el nido aquél?
hasta Apolo, de la envidia
sintió el dardo agudo y cruel.
Quiso Euterpe, en tal apuro,
ver el nido que le encanta
en un sitio más seguro...
y lo ocultó en tu garganta.

Casimiro PRIETO

Dibujo de F. Prieto.

NUESTROS COLABORADORES



Dr. D. Arturo Jiménez Pastor

DISTINGUIDO ESCRITOR URUGUAYO



La visión del último día

La humanidad entera se agrupaba acongojada en aquella pavorosa tarde del último día del mundo, semejando apretada grey de ovejas medrosas sobrecogidas de temor ante el solemne misterio de la tormenta; y todos los ojos, dilatados por la inquieta ansiedad de la zozobra, miraban con la mirada magnética del terror mudo un cielo cerrado y amenazante, como secreto terrible, que oprimía el universo con la profunda lobreguez de su cólera silenciosa.

El sol se había ocultado, después de un día candente, entre los *cúmulus* pesados y sangrientos del ocaso, como

ascua de plomo caldeada por la gran inflamación de un crepúsculo caliginoso y turbio de tempestad; tras aquella atormentada agonía de la tarde había ido cayendo la sombra sobre el mundo con peso de lápida de tumba, y, en las angustias del sagrado terror de la muerte, los labios pálidos balbuceaban temblando una oración, la pobre oración de los débiles ante la imponente amenaza de la naturaleza irritada.

Y así se pasó mucho tiempo, flotando las iras de lo ignoto sobre los mundos humillados; mucho tiempo del que corre en el gran silencio de la eternidad.

Después, cuando los celajes sangrientos del ocaso fueron negruras siniestras, borrones de noche sin aurora, tras un lampo deslumbrador y rápido que pareció pestañeo del cielo, otros mil relámpagos inquietos y breves surcaron el espacio entrecruzándose con veloz culebreo como red de nervios de luz en el fondo revuelto del infinito, siempre en silencio, silencio largo de pesadilla, hasta que de pronto, sacudiendo con su estrépito la inmensidad cual si se resquebrajara entera la gran bóveda sin fin, resonó el horrible chasquido del primer rayo, el único rayo de aquella gran cólera del misterio, violento, recio, con estridencias secas de imprecación.

En la tierra todo había sido, y ya muerta, llena de misteriosas lobregueces, bogaba en la tumba sin fondo del infinito, silencioso otra vez con el silencio augusto y total de las noches siderales.

Y en medio de aquel supremo mutismo siguieron los relámpagos ascendiendo con ondulaciones inquietas y lengüeteos breves, entrecruzados y reñidos como fantástico ejército de serpientes en porfiado empeño de escalar el cielo, luchando entre sí con instantáneos culebreos y punzadas de luz, estirando vibrantes sus lívidas ra-

mificaciones de arborescencia y recogiendo súbito sus tentáculos cárdenos, que ora simulaban torcidas raíces fosforescentes en el abismo de las sombras, ora trémulas garras de fuego tendidas hacia la tierra con el ansioso temblar de un deseo senil.

Después todo fué confundiéndose más y más cada vez, hasta convertirse en una inmensa red de líneas fúlgidas, sin cesar estremecidas por contracciones vibrantes de nervios de enfermo, una inmensa red lívida que siguió fulgurando intensísimamente en medio del más grande silencio que hubo en los siglos.

Como oriflamas destrozadas pasaron barriendo el infinito las últimas nubes, que un viento desenfrenado y mudo llevaba en su furia; y luego, cual serena bendición póstuma, lentamente fué descendiendo sobre el universo la inmutable y augusta paz del éter, en cuyo seno frío trazaban por última vez las esferas sus amplias parábolas, majestuosos versos de la gran armonía de los espacios.

Entonces comenzó en el vacío lleno de la helada tristeza del gris, la silenciosa caída de los astros de oro, inmensa cascada de ascuas, granalla de fuego que crepitaba deslumbrante, deslizándose armoniosa con cadencias y rutilancias de himno sagrado; derrame de pedrería encendida, mudo estallido de soles, entusiasta y sin fin, que siguió cayendo en los abismos con arrogantes magnificencias de vitoreo, mientras en las lejanías ignotas del cielo empezaba á sonar al unísono, en una sola vibración prolongada sin término, la áurea nota de las cien trompetas, la nota única del concierto sideral.

Luego fué la caída de los astros de plata, los de luz cándida como una rima, que descendían cantando su melancólica rapsodia de las noches en lluvia de filigra-

nas; toda la poesía de lo pálido, que se derramaba en lo infinito con transparencias de cristal y chispeo de diamantes é ingenuas claridades de agua inmaculada, al arrullo de la nota única y continua de las trompetas de oro siempre timbrando en el éter, cada vez más intensa y penetrante.

Y cuando todo hubo acabado, en horas de eternidad, quedó sola en el espacio aquella áurea vibración al unísono, absoluta y continua; seguía timbrando invisible, penetrante como el martirio, más y más intensa en su canto sin tema, que fué luego grito, hasta que en heroico *crescendo,* siempre cada vez más penetrante y poderosa en su ascensión, llegó á lo inaccesible de la extrema intensidad, al supremo estrépito apocalíptico, llenando única los ámbitos todos del infinito, que retembló entero con sus ecos.

Entonces, en la inmensidad del espacio surgió sin contornos, alzándose lenta y augusta como un salmo, la sombra del Señor; y con un ademán de suprema majestad extendió solemne la santa diestra sobre la nada...

Arturo JIMÉNEZ PASTOR.

Montevideo, Junio de 1900.

Dibujo de J. Pahissa.

Rima

Lucha el mar con los flancos de las rocas
y con las sombras de la duda el alma.
Y Dios desde el recóndito misterio
contempla la batalla.

Pero al fin los peñascos se derrumban
y las sombras se rasgan.
Y el mar á nuevas costas se abre paso,
y á nuevos mundos se abre paso el alma.

Santiago de Chile. Pedro A. GONZÁLEZ.

El telar de la vida

Yo lo he visto, aunque en sueño, lo he visto. Encorvado sobre la complicada máquina, tensos los múltiples hilos y con los husos en la mano, el viejo tejedor fabricaba su tela.

Era larga y era ancha: todo cabía en ella. Era fuerte por un extremo, por el otro se deshilachaba. Era, también, caprichosa: todos los colores se reunían allí. ¡Cuántos hilos!

—Viejo tejedor, ¿qué hilos son esos?

—Son los hilos de la existencia.

El telar era muy grande. Innúmeros eran los que trabajaban en él. Unos reían, otros lloraban al son acompasado de las lanzaderas; pero todos reunían los hilos preciosos que más tarde debían desunirse: todos tejían su propia tela.

—Viejo tejedor, ¿qué fabrica ese joven tan afanosamente?

—Ilusiones, sueños, esperanzas...

—Viejo tejedor, ¿qué hilos son los que emplea aquel receloso?

—Los de la envidia, la mentira y la calumnia.

—Viejo urdidor, ¿qué teje aquel anciano?

—Desengaños, infortunios, ingratitudes.

Unos reían, otros lloraban al son acompasado de las lanzaderas; pero todos reunían los hilos que más tarde debían desunirse: todos fabricaban su propia tela.

A veces la tela era un manto de púrpura; otras, pañoletas y vendas, y á veces, era un sudario.

Mientras unos reían y otros lloraban al son acompasado de las lanzaderas, el viejo urdidor me dijo:

—¡Todos tejen su propia desgracia!

Buenos Aires, Julio de 1900. FRANCISCO COBOS.



Al cielo

Vino muy lentamente, desde muy lejos
una ola mansa
y besó al niño,
solo y abandonado sobre la playa.
Azul estaba el cielo, sin una nube,
y azul el agua,
sin una espuma.

Y los ojos del niño, llenos de lágrimas,
también eran azules, como los mantos
de las puras visiones con que soñaba,
cuando su madre
le mecía en la cuna caliente y blanda.

Creyó el niño que la ola dijo muy quedo,
con voz de lástima:
—¿Por qué estás solo?
Y él respondió: — Muy solo. Nadie me ampara.
Mi padre está en presidio. Mi madre ha muerto.
Yo ví la caja,
larga y estrecha,
en donde la tendieron para llevarla
y oí los golpes secos de los martillos
con que clavetearon la negra tapa,
mientras la noche
enlutó con sus sombras la triste casa.

Dios ordenó á la ola que huía lenta:
—Vuelve á la playa,
recoge al niño
y yo daré en los cielos un nido á su alma.
Y la obediente ola se hinchó bramando,
volvióse rápida,
envolvió al niño
en raudo remolino de espumas blancas
y lo arrastró muy lejos hacia las costas
donde el mar encrespado forma montañas,
que se deshacen
al chocar en las rocas acantiladas.

Los ángeles formaron sus procesiones
mientras el alma
pura del niño
subía desde la ola de espumas blancas
al cielo luminoso, y hermosas vírgenes,
engalanadas
con mantos de oro,
le esperaban gozosas, cantando hosannas.
Un querube de largos cabellos rubios
le señaló una nube de rosa y nácar,
y sonriendo
le dijo: — Esa es tu cuna caliente y blanda.

Buenos Aires. CHRISTIÁN ROEBER.

Dibujo de E. Estevan.



Sr. D. José S. Alvarez

(FRAY MOCHO)

DISTINGUIDO ESCRITOR DE COSTUMBRES CRIOLLAS Y DIRECTOR DE **Caras y Caretas**, DE BUENOS AIRES

Monólogo

¡La gran perra con la chinita caprichosa...! El día menos pensao hago una barbaridá con ella y á volar... Mire qu' es cosa juerte, tamién, que un hombre como yo, que ha sido cabo segundo en la polecía y primer tambor en la banda lisa del 4.º, tenga que andarse agachando por causa de una mocosa que al fin no es náide, si mucho apura... Es decir, náides no, porque la chinita vale... ¿Pa qu' escurecer la verdá?... Eso de que yo la veo venir con aquel delantarcito bordao, repiqueteando los taquitos en las piedras de la vedera y con aquellos ojos que le revuelven á uno hasta las entrañas y dentrarme una comezón... ¡Bueno, no es pa menos tampoco...! Si yo sé qu' es un bocao de esos de mascar mirando p'al cielo y que hasta cudiciaría el Presidente, con ser qué 's hombre empilchao y que vive satisfecho... El que me tiene á mal tráir y que se me ha clavao en los sesos, es ese francesito é l' agencia é loterías que le juega puro voulévú y paraditas de pichicho... Tamién si lo agarro atraverao, ansí lo v'a poner la suerte... ¡Pucha que le v'a valer el cónsul si se me paran las mechas!... La otra tarde lo vide en la puerta, mirandolá cruzar la calle y poniendomelé al lau le dije que la prenda tal vez tuviera dueño y se riyó como diciendomé qu' era él... ¡Nunca he tenido más ganas de sacudirle un manotón á un extranjero!... ¿Y qué hará aura... que no sale?... ¡Eso sí!... Pa plantones no hay como los míos... ¡Pero ansina v'a ser el desquite...! Bien dice Martín Fierro qu' es sonso el cristiano macho cuando el amor lo domina... ¡Bueno!... Tamién hay que ver lo qu' es una criolla cuando sale rigular y

comienza á hervir la pava... El vapor le alcanza á uno hasta lá' júñas y le dentran ganas d' estirarse como si el cuero juera chico para encerrar ánsia tan grande... Al fin salió la indina... Aprovecháte, gaviota, mientras dura la carniada...!

José S. ALVAREZ
(Fray Mocho).

Buenos Aires, Agosto de 1900.



Mármoles

CRÁTERA

En la crátera enorme que convida
con el vino de Grecia soberano,
Baco el tirso gentil tiene en la mano
y en la frente la yedra florecida.

Toda la copa mírase esculpida
con las escenas del cincel pagano,
donde en brazos del sátiro liviano
se mira á la bacante enardecida.

Brindad ante ese vaso de hermosura
por los genios que honraron la escultura
y al arte dieron sus eternas pautas.

Y la copa, en honor de su talento,
de sus relieves estremezca al viento
panderos, liras, crótalos y flautas.

1900. SALVADOR RUEDA

Dibujo de Apeles Mestres.

Un pago original



— ¿Usted me conoce?
— Sí, señor; V. es don Lepe Trucha.
— Pues necesito tus servicios...
— ¡Usted dirá!...

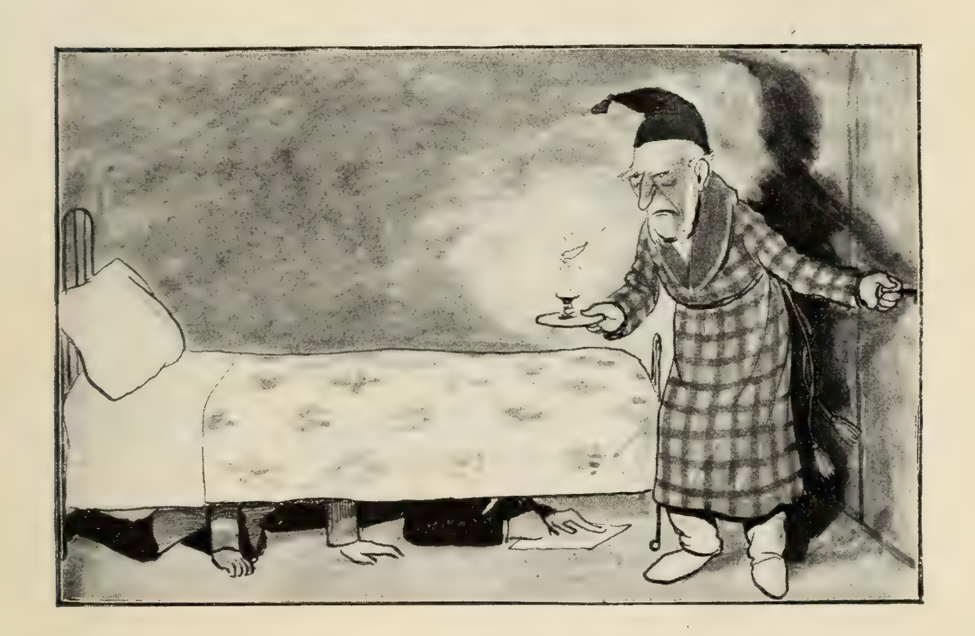


— Voy á meterme bajo la cama de tu amo con ese caballero.
— El amo se acuesta temprano.
— ¡No importa!



— Metámonos, señor notario, ahí debajo, que no tardará en entrar ese usurero infame.

— Vamos allá.



. . . .



—Padre nuestro .. venga á nos el tu reino... y perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores...



—¡Muchas gracias!

—¡Qué! ¿qué significa eso?

—Significa que V., ante mí, ha perdonado la deuda á don Lepe Trucha, deudor de usted.

—¡¡¡ . . . . !!!

Dibujos de J. Xaudaró.

Manchas de color

LA MUJER-FLOR

(CUENTO DE HADAS)

A mi querida esposa.

SENTADA en el tronco de un viejo roble que el huracán había derribado con furioso ímpetu, y que atravesaba un estrecho sendero del bosque, suspiraba con amarga pena la princesita Mari-Alba, rodeada de una nube de brillantes mariposas, á cuyas alas parecía haberse adherido el polvo de oro que flota en los rayos del sol al bañarse en su viva lumbre.

El vientecillo alado llevó al fondo de la espesura aquellos suspiros, y á su eco doliente despertó el hada de las flores.

—¿Quién suspira con tanta pena?—preguntó el hada, abriendo sus ojos llenos de luz.

—La princesita Mari-Alba,—contestó el vientecillo, plegando sus leves alas y deteniéndose un momento.

—¿La bella princesita? ¿está usted seguro, señor Favonio? pues á fe que no adivino cuál pueda ser la causa de su quebranto.

— Hace tiempo que la veo triste y pensativa; no bien me levanto con el día, vuelo al jardín de Mari-Alba á sacudir los rosales para despertar á las rosas, y allí me encuentro siempre con mi señora princesita, muy pálida

y ojerosa, y mirando con ojos de envidia á las flores... ¡Vaya! ¡si á veces hasta creo que siente en el alma no haber nacido flor!...



— ¡Es extraño! — pensó el hada.

Y dando las gracias al vientecillo, que se levantó de pronto y echó á volar en pos de una brillante mariposa azul, se dirigió en busca de Mari-Alba.

La princesita seguía suspirando, sentada en el tronco del viejo roble derribado por el huracán, y vió llegar, indiferente, al hada de las flores, á quien no conocía.

—Buenos días, gentil princesa,—dijo el hada, sentándose familiarmente al lado de Mari-Alba.

—Buenos días,—contestó ésta maquinalmente y mirando con desconfianza á la desconocida.

—Vamos á ver,—continuó el hada, fijando su mirada luminosa en los verdes ojos de la blanca princesa;—¿por qué suspiras? ¿qué nube negra obscurece el radioso cielo de tu felicidad? dímelo y prometo buscar el remedio de tus males.

—¿Vos?—exclamó Mari-Alba abriendo desmesuradamente los ojos con expresión de duda.

—Sí, yo, que tengo virtud y poder bastantes para transformarte en flor, si tal es tu deseo.

—¿Luego sois...?

—Una de las hadas de este bosque.

—Pues bien, señora hada, vais á saber la causa de mi pena... pero bajemos la voz, porque ese vientecillo es muy charlatán, y luego se lo cuenta todo á las rosas, y yo no quiero que las rosas se burlen de mí.

—¡Bah! no temas.

—¿Queréis saber por qué suspiro? pues suspiro porque me da pena que la mujer, siendo hermana de las flores, no tenga el perfume de que la naturaleza ha dotado á esas hijas del sol y de la tierra... ¡Ah! si soy bella como las rosas, ¿por qué mis carnes blancas y satinadas no han de tener el olor de las rosas? ¡Extraño capricho el de la naturaleza! ¡nos concede de las flores los colores brillantes y nos niega sus perfumes! ¿Conocéis algún medio, señora hada, para reparar tan gran injusticia?

—Ciertamente,—contestó el hada sonriendo,—no

es muy fácil lo que me pides, pero no desespero de poder complacerte.

Y se alejó de Mari-Alba, perdiéndose entre las frondosidades del bosque, que sacudido por el vientecillo, dejó caer sobre ella una lluvia de rayos de sol y de flores...

—

Aquella noche la princesita Mari-Alba se presentó en los salones de palacio, —que brillaban como ascuas de oro, —con el rostro radiante de felicidad y dejando á su paso un suave perfume de rosas...

. . . .

El hada había extraído de los jugos de las plantas regaladas esencias, de que hizo don á Mari-Alba, encerradas en primorosos pomos de cristal, y desde entonces las mujeres exhalan también delicados perfumes como las flores, esas amables hijas del sol y de la tierra...

Dibujos de Apeles Mestres. CASIMIRO PRIETO.



Confidencias

—Mira, cuanto más lo pienso,
más en mi opinión me afirmo.
No puede darse, Julián,
peor cosa que el prurito
que tienen algunos padres,
y algunas madres lo mismo,
de ser demasiao severos,
desigentes y maliznos,
cuando sus hijas pretenden
á algún hombre por marido.
—Manolo, tú no eres padre
ni madre, y es muy redículo
que discutas esas cosas
sin entender un comino.
Dí, ¿no es natural que un hombre,
honrao, si se quiere, y dizno,
trate, cuando llegue el caso,
de acortar á su hija el hilo
hasta saber si el tal novio
tiene pudor ú es un pillo?
—¡Pero si yo, propiamente,
no es eso lo que critico!
¡Claro que las precauciones
nunca están de más! Yo digo
que no debe nunca un padre
prudente tirar del hilo
demasiao, que muchas veces...
—Sí, se rompe...
                                        —Tú lo has dicho.
—Si la mujer es honrá,
no puede haber tal peligro.
—¿Que no? Pa que te convenzas
de que aun estás en el Limbo,
voy á relatarte un caso
reciente, en el cual yo mismo
fuí el protagonista. Oye.
—Habla, que soy todo oídos.
—Tuve, Julián, una novia
hará dos meses y pico...
—Entonces poco después

que salistes de presidio.
—A donde fuí por tu culpa.
—Eso...
—No te enfades, hijo,
no he dicho ná.
—Vamos, sigue.
—Pues tuve una novia, digo,
aun más guapa que la Venus,
la madre de ese chiquillo
que Amor, por apodo, llaman,
el cual me hirió con tal tino
con una de sus saetas,
que estaba ya decidido
á casarme cevilmente,
¡ya ves tú si es sacrificio!
No era insensible la Paca
á mi amor, y aunque al principio
se mostraba un poco esquiva,
como toas, mi buen tipo
y mi labia hicieron mella,
á los dos días de sitio,
en su mente soñadora
y su corazón fué mío.
—¿No la hiciste algún osequio?
—¡Miá qué otro! ¡Pero muchismos!
La compré mil chucherías,
la hice regalos maníficos,
y, en fin, me gasté con ella,
por dar gusto á sus caprichos,
too el dinero que ella misma
me daba de su bolsillo.
—¿Cómo?
—¿Y qué quiés tú que hiciera?
¿hubiera sido más dizno
oponerme á sus deseos,
que también eran los míos?
Tal conduzta no era propia
de un hombre de mis principios,
ni de tí, que con la Patro
has hecho siempre lo mismo.
—Eso es verdaz.
—¡Pues entonces!
—Perdona si te he ofendido.
—Al ver toas mis finezas,

Paca me amó con delirio,
pero el bruto de su padre
(y dispensa el azjetivo)
al saber nuestros amores
se puso hecho un basilisco
y la soltó á mi futura
soplamocos de lo lindo,
que yo sentí mucho más
que los palos que el indino
me propinó cierta noche
que me halló desprevenido.
Desde entonces traté, en vano,
de hablar con ella, mas visto
que era del too irrealizable
mi pretensión, me hice amigo
de un joven que iba á su casa
y me pareció buen chico,
el cual, para complacerme,
escribió una carta al ídolo
de mi amor, la que firmé
con una cruz, como sizno
de que pa mí era un calvario
la vida sin su cariño.
Pues, cartas van cartas vienen,
sucedió que al mes justito
la severidaz paterna
se vió burlada y del nido
la tortolilla inocente
se escapó...
—¿Con quién? ¿contigo?
—No, se fué con aquel joven...
—Lo cual que tú eres un primo.
—No, señor, porque la ingrata
debió escaparse conmigo,
pero puedo asegurarte
que no me importa un comino,
que la que así se conduce
con su amante más rendido
ni es mujer, ni tié vergüenza,
ni pundonor...
—Para, chico.
—Y, vamos, que no merece
honrarse con mi apellido.

Buenos Aires, 1900. VICENTE NICOLAU ROIG

ANTE EL JUEZ DE PAZ



—¿No llamó usted bebedor
á ese joven?
—Sí, señor,
y no hay en ello desdoro;
le he llamado *niño de oro,*
pero en francés: *bébé d'or.*
—Pues por más que le haga mella,
y aunque de listo se pase,
le condeno...
—¡Oh negra estrella!
¿qué hay de injurioso en la frase?
—¡Hay un *apóstrofe* en ella!

Dibujo de Apeles Mestres.

La sombrilla

Á Susana Lagos.

Cuando Febo ardiente brilla
en la bóveda azulada,
te veo, ¡oh roja sombrilla!
sombrear á mi adorada.
Y anhela mi corazón,
presa de envidia y de celos,
ser cual tú... ¡la división
de dos soles y dos cielos!...

San Martín (Mendoza), 1900. José VILA.



Uruguaya

Fot. Fitz-Patrick.

Los celos de Ninón

A mi buen amigo RAMÓN ESPASA (hijo).

Ninón, que volvía del baile, cerró de un golpe la puerta de su *boudoir,* despidiendo malhumorada á la somnolienta doncella que la aguardaba para desnudarla.

La *poupée,* como cariñosamente la llamaban sus cortesanos, traía el rostro encendido por ardiente cólera; sus deditos, temblorosos y torpes, arrancaban las joyas y adornos que engalanaban su figurita de *biscuit,* abandonándolos por el suelo, y un ramo de rojas margaritas caía también y era pisoteado sin piedad por el piececito de cenicienta que tenía Ninón, la *poupée,* como la llamaban sus cortesanos.

En enaguas y en corsé, sentóse ante una pequeña mesa de palo-rosa y pasando las manos por sus cabellos que caían en rizadas ondas de oro, quedóse pensativa.

Breves instantes permanece muda, pero luego dice:

—¡Bah! que no me quiera, ¿y qué? Que se va con otra, ¿y qué? ¿Acaso faltan hombres?

Y una contracción nerviosa de suprema angustia se dibuja en su carita de ángel caído y se lleva á los labios una copa de *champagne* que bebe con avidez; y vuelve á pensar, y vuelve á beber, y al dar fin con una botella de rico *champagne* «Cordon Rouge,» ya su cerebro desvaría, ya sus ojos glaucos se empañan, ya su lengua se torna pastosa, y un intenso sentimentalismo se apodera de la mundana.

—No, mentira, yo le quiero; si él aceptase, nos iríamos á vivir lejos, muy lejos, á orillas de un río; yo sería

para él una mujercita amante y juiciosa; yo por él me regeneraría y le tendría siempre prisionero en la cárcel de mis brazos; y luego juntos, muy juntitos, vagaríamos horas enteras contemplando cómo se aman las flores, cómo se aman las aves, cómo se aman las estrellas.— Pero no, él no me quiere, él quiere á otra y me abandona, y me desprecia, y mi alma, que para todos fué de hielo, se deshiela para él, porque él supo engendrar con sus palabras de fuego, cariño; para él que supo despertar mi alma.

Y dos lágrimas candentes ruedan por sus mejillas, descoloridas por los excesos, y sus manos temblorosas vuelven á escanciar *champagne* y más *champagne.*

Y al cabo de un rato, borracha, completamente borracha para olvidar penas, se mira ante un espejo, y sus ojos se incendian al contemplar su mórbida belleza y sus deseos, cabalgando en rápido pensamiento, van en busca de Ricardo, su ex-amante, y sus venas azules se hinchan y sus uñas rosadas se clavan en sus carnes de raso.

Un traspiés la hace caer y prorrumpe en sonora carcajada, sumiéndose inmediatamente en profundo sueño y dejando en descubierto sus dombos, que parecen de marfil y que oscilan blandamente como las olas que, movidas por apacibles brisas, van á morir en la cercana orilla...

Dos aristocráticas orquídeas que quedaron abandonadas sobre la mesa, cuchichean alegremente y se burlan de la borracha, y un rayo rubio del sol que amanece se cuela por el ojo de la cerradura y atrevido curiosea á Ninón la mundana, la *poupée,* como sus amigos la llamaban.

Casimiro PRIETO COSTA.

Buenos Aires.



Sr. D. Julio Vicuña Cifuentes

DISTINGUIDO POETA CHILENO

Oriental

«¿Qué tienes, nazarena? — preguntaba
el Sultán á María. —
Cuanto el deseo á tu ambición mostraba
te he brindado, alma mía.

»¿Qué más anhelar puedes?... Mi diadema
rendí á tus pies esclavo,
y hasta mi harén, de mi opulencia emblema,
de cerrar por tí acabo.

»El viejo eunuco de nostalgia muere;
Zobeya, la odalisca,
ruge celosa, y mi prestigio hiere
la plebe berberisca.

»Por culpa de tu amor, la guerra santa
predican los muezines;
rebelde hermano su pendón levanta
de Fez en los confines.

»¿Qué causa tus enojos, nazarena?
Tu frente se obscurece,
y de tus ojos la expresión serena
se nubla y desparece.—

»Guardan mis arcas para tí un tesoro
que te daré al instante,
y un talismán que fabricó un rey moro,
profundo nigromante.

»¡Cuántas veces por él ardió la guerra!
¡Cuántas, en ruda liza,
la sangre hirviente enrojeció la tierra
que el Sebú fertiliza!

»En él tendrás la prenda que te guarde
de mi celoso encono;
le heredarán tus hijos, y más tarde
se partirán mi trono.

»Mas, si no basta á tu ambicioso anhelo
un don tan señalado,

pide otros y otros sin temor ni duelo,
y cese tu cuidado.

»¿Qué causa tus enojos, nazarena?
Tu frente se obscurece,
y de tus ojos la expresión serena
se nubla y desparece.»

—«Poseyendo tu amor, nada me falta,
contestóle María;
mas, un recelo á mi pesar me asalta
que embarga mi alegría.

»Y si quieres calmar la pena triste
que ahogar intento en vano,
de tu mentida religión desiste,
y hazte ¡oh Sultán! cristiano.»

—«¿Qué más tiene Jesús, ni qué Mahoma
ante el amor, bien mío?
dijo el Sultán, en su elocuente idioma
de oriental atavío.

»Si más que el trono, y la guerrera fama,
y el poder que me asiste,
estimo yo la deleitosa llama
que en mi pecho encendiste;

»Si por una mirada de tus ojos
renuncio ya sumiso
á la más bella hurí de labios rojos
que guarda el Paraíso;

»Si á las dulzuras de celestes dones
que cual creyente espero,
yo prefiero la miel de tus canciones,
y tu desdén prefiero;

»Si á tu nevado cuello de paloma
enlacé mi albedrío,
¿qué más tiene Jesús, ni qué Mahoma
ante el amor, bien mío?»—

Sonrió la hermosa al escuchar la instancia
con lánguido embeleso,
y un callado «*¡es verdad!*» se oyó en la estancia
entre el rumor de un beso.

Santiago de Chile, 1900. JULIO VICUÑA CIFUENTES.



En el album de la distinguida señorita
JUANITA GUZMÁN.

Bajo fina lluvia de oro, con chispazos policromos,
tu semblanza y tus virtudes orgulloso pintaré,
pues pareces la Princesa, que en la tierra de los gnomos
la idolatran y la miman como á enferma rosa-thé.
Son tus ojos, dos estrellas que en el cielo se besaban,
en un cielo azul celeste de un paisaje de Wateau,
que entre ritmos de caricias melodiosas, se hamacaban
y hoy recuerdan los momentos de una dicha que pasó.
Tus cabellos, son de un tinte más sombrío que las penas;
carcajea en tus pupilas la silueta de un Amor
que en arpegios irisados va contando las escenas
más idílicas y tiernas que promete tu candor.
Las arpadas notas tienes de galanes ruiseñores,
se desgrana en tu garganta de eucarístico marfil,
una risa breve, fresca, que entre pálidos albores
ilumina los contornos de tu arábico perfil.
Hay en tu alma parpadeos de un crepúsculo rosado;
el heraldo de tus gracias es un místico zorzal,
que te ofrece para cetro, un nenúfar desmayado
y te brinda para trono, un nostálgico rosal.
Cuando duermes, desde arriba las estrellas te vigilan;
tus hermanas las violetas, te custodian con pasión
y los astros arrobados, en la altura cinitilan
orquestando suavemente una célica canción.
Y los pájaros modulan en tu honor dulces plegarias,
y las flores se constelan de un artístico blancor
y de atriles que sostienen las humildes pasionarias,
se difunde un himno sacro que dirige Dios-Amor.
Y yo pido con mis versos, cual gemidos de las frondas,
que derrame bendiciones en tu frente angelical,
y que nimbe, Dios eterno, con suspiros de las ondas,
tu sonrisa que es estrofa de un hermoso madrigal.

Buenos Aires, Mayo de 1900.

CASIMIRO PRIETO COSTA

Dibujo de F. Prieto.



La querida de Monteagudo

(REMINISCENCIAS)

Recorriendo ayer el salón de cuadros en el Palacio de la Exposición, después de admirar el magnífico retrato

que de la cantatriz Luisa Marchetti pintó en Madrid el ilustre Federico Madrazo, me detuve ante otro retrato de mujer hecho por humilde pintor peruano conocido por el maestro Pablito, y que según entiendo fué, hasta 1850 en que falleció, el retratista mejor reputado de Lima.

—Yo conozco á esta señora, —me dije; —pero no caigo en quién sea. ¿Quién será? ¿Quién será?

Y habría seguido cavilando hasta el fin de mis días á no ocurrírseme interrogar al guardián.

—¿Sabe usted, amigo, quién es la persona de este retrato?

—No lo sé, caballero; pero he oído decir que la retratada fué querida de un señor Monteagudo, que parece era mucha persona *cuando se juró la patria.*

—¡Acabáramos! — murmuré entre dientes. — ¡Vaya si la conozco!

Y como alguna vez he escrito sobre Rosa Campusano (la querida de San Martín) y sobre Manuela Sáenz (la querida de Bolívar), encuentro lógico borronear hoy algunas cuartillas sobre María Abascal (la querida de Monteagudo).



Por los años de 1807 existió en la calle ancha de Cocharcas (hoy de Buenos Aires) la más afamada *picantería* de Lima, como que en ella se vendía la mejor *chicha* del Norte y se condimentaban un *seviche* de camarones y unas papas amarillas con ají, que eran cosa de chuparse los dedos. Los domingos, sobre todo, era grande la concurrencia de aficionados al *picante* y á la rica *causa* de Trujillo.

La propietaria de la picantería era una mulata chi-

clayana casada con un lambayecano que trabajaba como ebanista en una fábrica de muebles.

En la tarde del 8 de Septiembre, día en que medio Lima concurría á las fiestas que se efectuaban en homenaje á la Virgen de Cocharcas, fiestas que, después de la solemne misa y procesión, concluían con opíparo banquete dado en el conventillo por el canónigo capellán, lidia de toretes, jugada de gallos, maroma y castillitos de fuego, entró á la picantería una negra que llevaba en brazos una preciosa niña, de raza blanca, y que revelaba tener nueve ó diez meses de nacida. Pidió la tal un *mate* de chicha de *jora* y un plato de papas con ají, y cuando llegó el trance de pagar la peseta que importaba lo consumido, la muy bellaca puso sobre el mostrador á la criatura, y le dijo á la patrona:

—Yo soy del barrio, y voy á mi cuarto á traerle la peseta. Le dejo en prenda á la niñita María, y cuidémela mucho que ya vuelvo.

Y fué la vuelta del humo.

Después de muchas investigaciones, la picantera sacó en limpio que la negra era una de las amas de cría de la casa de expósitos, que, por ocho pesos de sueldo al mes, se encargaban de la lactancia de los infelices niños.

Pero fué el caso que la chiclayana, que no había tenido hijos, en los ocho días transcurridos desde aquel en que recibió la prenda, tomóla cariño y decidió quedarse definitivamente con ella, decisión favorecida por la circunstancia de que la niña estaba ya en condiciones de destete.

***

Es sabido que á los expósitos se les daba por apellido el del virrey, arzobispo, oidores ó el de alguno de los

magnates que con limosnas favorecían al santo asilo. Así, en Arequipa, por ejemplo, casi todos los huérfanos eran Chaves de la Rosa, en memoria del obispo de ese nombre. También el apellido Casapía se generalizó en ese *orfelinato.*

El mismo día en que la picantera y el oficial de ebanista decidieron quedarse con la chiquilla, aquélla, en calidad de madrina, la llevó á confirmar, declarando que la ahijadita se llamaba María Abascal, adjudicación de paternidad que tal vez nunca llegó á oídos del virrey.

Abascal hizo su entrada en Lima á fines de Julio del año anterior, y cronológicamente computando, mal podía tener en Septiembre de 1807 hija de nueve ó diez meses.

La madrina y su marido se encariñaron locamente por la criatura, disputándose á cual la mimaba más, y gastando en ella cuanto adquirían para tenerla siempre vestida con esmerada limpieza y buen gusto.

María llegó á cumplir los seis años en la picantería, y era un tipo de gracia y de belleza infantil, que traía bobos de alegría á sus padres adoptivos. Pero las envidiosas muchachas del barrio, para amargar la felicidad de la inocente niña y hacerla verter lágrimas, la bautizaron con el apodo de la *Papita con ají.*

El padrino, que trabajaba ya en taller propio y que, moneda á moneda, guardaba como ahorro un centenar de peluconas, resolvió que su mujer cerrase la picantería; y el matrimonio fué á establecerse en el extremo opuesto de la ciudad, en la calle del Arco, donde arreglaron con modesta decencia una casita. No querían que la niña siguiese en contacto de vecindad con gentes que la humillasen, recordándola lo infortunado de su cuna.

* * *

Y así vivieron muy felices hasta fines de 1821 en que el diablo, que es muy diablo, metió la cola en la limpia casita de la calle del Arco.

María había cumplido quince años, y la fama de su hermosura y discreción estaba generalizada en la parroquia. Sus protectores la cuidaban como oro en paño, y apenas si los apasionados de la joven podían complacerse en mirarla, y aun atreverse á dirigirla un piropo ó galantería, cuando los domingos, acompañada de su madrina, salía de la misa de nueve en Monserrate.

Poquísimas semanas hacía que San Martín ocupaba la capital y que la independencia del Perú se había jurado. Entre los jefes y personajes argentinos cundió la reputación de deslumbradora belleza conquistada por la joven limeña, á quien la crónica callejera daba por hija de todo un virrey, nada menos.

La misa de nueve de Monserrate se convirtió en romería para los galanteadores argentinos. Todos se volvieron devotos cumplidores del precepto dominical, empezando por el ministro don Bernardo Monteagudo, cuya neurosis erótica (tan magistralmente descrita por el doctor Ramos Mejía en su delicioso libro *Neurosis célebres)* llegó al colmo desde el momento en que sus ojos se fijaron en María Abascal.

¿Cómo pasaron las cosas? No he alcanzado á averiguar tanto, ni hace falta. Lo que sé es que, después de dos meses de obstinado asedio por parte de Monteagudo, que derrochando el oro se conquistó el auxilio de una celestina con hábito de beata comulgadora, que frecuentaba la casita como amiga de la chiclayana, la fortaleza

se rindió á discreción, desapareciendo una noche María Abascal del honrado hogar de sus favorecedores.

No fué sólo la fiebre de los sentidos la que dominó á Monteagudo en sus relaciones de catorce meses con María. Más de un año de constancia, en hombre tan caprichoso y voluble como él, prueba que su corazón también estuvo interesado. Las aventurillas de veinticuatro horas que de Monteagudo se refieren, fueron acaso sólo satisfacciones para su amor propio, que no dejaron huella positiva en su espíritu.

Cuando la tempestad política se desencadenó contra el ministro de Estado, y el populacho rugía ferozmente pidiendo la cabeza de Monteagudo, éste no quiso partir para el destierro sin despedirse antes de la mujer amada. Rodeándose de precauciones, para no ser conocido en la calle por los enemigos que ansiaban apoderarse de su persona, Monteagudo llegó á media noche á casa de María, de la que, en compañía de dos leales amigos, salió á las cinco de la mañana para embarcarse en el Callao.

Un año después, en Diciembre de 1824, volvió á Lima Monteagudo y se informó de que María tenía un amante. No quiso verla y la devolvió, sin abrirlo, un billete en que ella le pedía una entrevista.

Un mes más tarde, en Enero de 1825, caía una noche Monteagudo bajo el puñal de un asesino, y María Abascal, atropellando á la guardia, penetraba como loca en la iglesia de San Juan de Dios y regaba con sus lágrimas el cadáver de su primer amante, que quizá fué el único hombre que alcanzó á inspirarla verdadera pasión.

***

Era yo un chicuelo de doce años cuando conocí á María Abascal, tal como la retratara el pincel del maestro Pablito. Principiaba para ella el ocaso de su hermosura, pues los cuarenta venían á toda prisa.

Habitaba María en los altos de una casa de la calle de Lezcano, y en el piso bajo vivía la familia de uno de mis compañeros de colegio. Tuve así ocasión para verla muchas veces subir ó descender del calesín, vestida siempre con elegancia y luciendo anillos y pulseras de espléndidos brillantes. Recuerdo también haberla visto *de saya y manto* entre las traviesas tapadas que á las procesiones solemnes concurrían, y que con sus graciosas agudezas traían al retortero á los golosos descendientes de Adán. La saya y manto desapareció de la indumentaria limeña después de 1850.

María Abascal era lo que se entiende por una aristocrática cortesana, una horizontal de gran tono. Las puertas de su salón no se abrían sino para dar entrada á altas personalidades de la política ó del dinero. No se *encanalló* nunca, ni fué caritativa para con los enamorados pobres diablos. No daba limosnas de amor.

Su figura, acento y modales eran llenos de distinción. Parecía una princesa austriaca, y no una mujer de humildísimo origen. Por eso nadie dudaba de que fuera hija del gallardo y caballeroso virrey Abascal en alguna aristocrática marquesa de Lima.

Contábame un contemporáneo y amigo de María que el día en que cumplió cuarenta y cinco años, lo que debió ser en 1851, rompió ella para siempre con el mundo y sus deleites y vanidades. Convirtió en dinero sonante

sus lujosos muebles y valiosas alhajas, depositando el total en casa de un comerciante que era por esos años, en que aun no se conocían en el Perú los billetes de banco, el banquero de la ciudad. Se redujo á vivir modestamente con el interés mensual de cien soles, y se consagró á la vida devota, que es el obligado remate de toda vida alegre.

Así vivió tranquila por más de veinte años, hasta que, en 1873 ó 1874, la estrepitosa quiebra del comerciante, fruto no de falta de honradez sino de adversidades mercantiles, colocó á María en condición mendicante. Aquella quiebra fué muy sonada, porque comprometió el bienestar de muchísimas familias de Lima.

El arzobispo cedió á la Abascal dos habitaciones en la casa de pobres, que, en la calle de San Carlos, posee el arzobispado, y casi todos los viejos y viejas de Lima, que conocieron á la *Papa con ají* en sus buenos tiempos de opulencia, se obligaron á auxiliarla con limosna mensual.

* * *

Há seis ó siete años pasaba yo, en la mañana de un domingo, por el atrio de la iglesia de San Pedro en compañía de un amigo, que precisamente era aquel mi colega de 1845, cuando, entre la gente que salía de misa, pasó una anciana de aspecto distinguido y simpático, cubierta con la antigua mantilla española. Esta circunstancia, tan fuera de la moda, me llamó la atención, y dije al amigo:

—Tengo curiosidad por saber quién es esta señora de la mantilla. ¿Tú la conoces?

—Y tú también la conoces desde hace medio siglo, —me contestó.

— ¿Yo? Pues que me aspen si la recuerdo.
— ¡Hombre! Esa señora es la *Papa con ají.*

* * *

María Abascal murió en 1898, á los noventa y dos años de edad.

RICARDO PALMA.

Lima, Julio de 1900.

Dibujo de J. Pahissa.

Espumas

Á RODOLFO G. GODOY.

I

Hoja seca que hacia el valle sobre el ala empuja el viento,
el misterio de tu idioma, la nostalgia de tu acento,
de tu vuelo la infinita, la doliente soledad:
incorporan como sombras en la tumba de mi pecho
los ensueños de un pasado, que las olas han deshecho,
raudas olas de un destino que empujó la tempestad.

II

Niebla plúmbea, niebla errante, tenebrario del espacio,
que te mueves sobre el río cual fantástico palacio,
y que oscilas y te alejas y evaporas como un tul;
el silencio de tu viaje, tu altivez meditabunda,
me recuerda mis martirios — ronda pérfida, iracunda,
que apagó los prismas áureos de un flotante lago azul.

III

Flecha obscura de los aires, temporaria golondrina,
de la diosa de las flores nunciadora sibilina,
que murmuras tu plegaria bajo el velo de crespón;
en los pliegues funerarios de tu densa vestidura,
del alción de mis pesares pienso ver el ala obscura,
ala negra á cuyo empuje cayó muerta la ilusión.

Buenos Aires, Mayo de 1900. PEDRO J. NAÓN.

EN EL HOTEL



—¿No toma usted nada, Blas?
—Yo bien quisiera, Inesilla...
—¿Qué desea?
—Una *costilla*...
—¿Con *papas*?
—¡No! con *papás*.

Dibujo de Apeles Mestres.

CANTAR BATURRO

Al burrico de tu padre
l' hi comprau albarda nueva.
¡Güena envidia va á pasar
tu primo cuando lo sepa!

ALBERTO CASAÑAL Y SHÁKERY.



Al eximio artista catalán
Apeles Mestres.

Es media noche y en mi aposento,
mientras afuera se queja el viento
que arrecia y torna voz de ciclón,
yo estoy sujeto, sin saber cómo,
á lucha interna, que es el asomo
de febriciente preocupación.

—

Cierro los ojos y distanciado
de las miserias que tengo al lado
busco el silencio del *más allá;*
esas tristezas tan infinitas
que perdurables nos dejó escritas
el ser querido que ya no está.

—

Entonces pienso con hondo frío
en un cadáver que es todo mío,
y es ya despojos, polvo no más;
y doblo triste mi helada frente
porque no tengo, como el creyente,
la fe que brinda consuelo y paz.

Pienso en mi dicha, que murió joven
cuando más duele que á uno le roben
lo que es tesoro del corazón.
Las ilusiones desaparecen
como esas plantas, que si florecen,
tan sólo viven una estación.

—

Pero la duda, siempre arraigada,
el alma enferma deja postrada,
estremeciendo con su poder;
¡oh! ¡qué envidiable, cómodo y santo
es ser creyente, secar el llanto,
y echar un mármol sobre el ayer!

. . . .

Esto decía, tétrico y solo,
con el espíritu en pleno polo
y en el cerebro noche glacial;
escandinavas temperaturas
en horas tristes, largas y obscuras
de la intangible zona moral.

—

Muy luego el sueño de mí hizo presa
y en una silla, junto á la mesa,
de un modo extraño me adormecí,
pues con asombro, rígido, yerto,
ví mi cadáver. Del cuerpo muerto
sólo el cerebro latir sentí.

—

En ese estado de somnolencia
sólo tenía pobre conciencia
de lo más cerca del exterior;
á la distancia nada veía,
porque en la sombra todo yacía,
en sombra negra como un dolor.

—

De pronto algunas exhalaciones,
cual mariposas de otras regiones,
volando en torno de mí noté;
quizá recuerdo de ignotas zonas,
eran las almas de las personas
que en este mundo nunca olvidé.

—

—¡Ah! pensé entonces. Aunque uno muera
nunca está solo, si hay quien le quiera

en este valle ó en el de allá.
— « Cierto, — me dijo con voz doliente,
tras breve pausa, alguien, enfrente, —
por eso mismo me encuentro acá. »

—

Volví los ojos, sin tener miedo...
En otro instante, tal vez me quedo
paralizado por el terror.
Pero yo estaba, según he dicho,
muerto en mi cuarto, como en un nicho
(no hay que asombrarse de mi valor).

—

Un esqueleto blanco, muy blanco,
de airoso porte, de paso franco,
á donde estaba se aproximó,
iluminando con luz extraña,
pero muy suave, luz que no daña,
todo el trayecto que recorrió.

—

—«Muy bien venido, toma aquí asiento,—
cortés le dije, — que en mi aposento
huésped tan raro nunca esperé...
Habla de nuevo... Dime quién eres...
¿Acaso alguna de las mujeres
que en mis locuras tal vez amé?»

—

— « Permite, vate, que lo celebre, —
dijo el fantasma.— Que huyó la fiebre
bien lo revela tu buen humor;
y ya que en vena te hallas de chanza,
oye al espectro de la esperanza
que viene á darte moral calor.

—

¿Dudas acaso de mi remedio
porque hace mucho te abruma el tedio
y tu horizonte contemplas gris?
A tí desciende mi alta clemencia,
piensa que hay dichas en la existencia
y que muy pronto serás feliz.

—

Ese cadáver que te simula
no es la materia que Dios anula
cuando nos llama cerca de sí;
es el cadáver de tu entusiasmo

que hay que sacarle de su marasmo;
por eso, amigo, me ves aquí.»

—

Con las palabras del esqueleto
sentí dulcísimo placer secreto,
una corriente de bienestar,
como si hubieran mi cuerpo helado
con rico bálsamo inoculado
para ayudarlo á resucitar.

—

—«¡Oh! No te vayas,—repuse ansioso,—
lo que conversas es tan hermoso,
que de tu boca pretendo oir
las maravillas de otras esferas
en donde moran almas viajeras
que hasta la tierra suelen venir.»

—

—«De mi regreso llegó la hora;
adiós, hermano; cualquier demora
tal vez me fuese perjudicial.
No me calumnies con tu reproche;
yo soy engendro de la alta noche
y amaneciendo me encuentro mal.»

—

Abrí los ojos... De mi canario
sentí los trinos del canto diario
que al tono suben del sí bemol;
y por los claros de mi ventana
en hilos de oro de la mañana,
sin miramientos, entraba el sol.

Montevideo, Junio de 1900. RICARDO SÁNCHEZ.



Dibujos de Apeles Mestres.



UNA FLOR DE PARÍS

COPIA DE UN CUADRO DEL EXIMIO PINTOR PERUANO
CARLOS BACA FLOR

Carlos Baca Flor

Carlos Baca Flor es un artista peruano, que hace diez años vive en Europa esclavizado en el estudio y la observación de los grandes maestros, recorriendo los museos, las academias y los talleres de los profesores más notables. Hasta hoy no ha sido oficialmente representado en las variadas exposiciones de arte, porque su espíritu orgulloso y su ambición justa, anhelan un verdadero triunfo en el *debut*, y confía en él con un gran cuadro histórico que actualmente elabora. Jean Paul Laurens y Benjamín Constant pensaban que una sola de sus egregias cabezas de viejos florentinos, de factura á lo Velázquez, sufiría para una primera medalla de honor.

Sus tendencias al arte serio, le han valido excepcionales elogios de los Prosperi, los Pradilla y los Madrazo.

La hermosa, la incitante cabeza reproducida, llena de transparencias, suavidades, y de sabor natural, es un simple estudio; no tiene nombre: es una flor de París, que Baca Flor ha interpretado con delicadeza asombrosa, de artista, con gracia perfumada de color y simbólica expresión de seducciones.

En los Concursos pictóricos, á los cuales el artista asistió, los Jurados concediéronle las primeras recompensas, desde las Escuelas de Bellas Artes de París y Roma hasta las Academias Julien y Colarrossi.

El Perú, que ha enriquecido el arte de Sud-América, llamado arte español en los centros artísticos de Europa, con los nombres de Merino, que pintaba como un Ribera, de Hernández, que produce en París cuadritos de género, caprichosos y elegantes, de Campos, que en Ve-

necia copia los paisajes más luminosos, admira hoy en Baca Flor al más atrevido, aprovechado y futura gloria de sus artistas pintores.

Buenos Aires, Agosto de 1900. FEDERICO LARRAÑAGA.

Mármoles

EL FAUNO CON LOS PLATILLOS

Sujetos los platillos de ambas manos
como quien toca, al sátiro se mira,
y á su alredor, dijérase que gira
una danza de círculos livianos.

Quizás van en tropel genios paganos
á agitarse en la fiesta que delira,
cual se mueven en torno de la pira,
en noche de San Juan, gnomos enanos.

Los platillos el sátiro tañendo,
parece que á su son va entretejiendo
la rueda alegre que insegura vuela.

Y el pie derecho en el cordón cautivo,
del *scabellum* arrebata vivo
rumores de atronante castañuela.

LOS CABALLOS DEL CARRO DEL SOL

En un frontón del edificio griego
que de Fidias trazó la maestría,
Minerva nace, al asomar el día,
en su carro magnífico de fuego.

Los cuatro brutos, con empuje ciego,
tirando van en bárbara porfía,
y el rubio Sol que la carrera guía,
sus riendas dora, y los reprime luego.

Al inflamar el alba sus pinceles,
se alzan, encabritados, los corceles
vertiendo espuma en cristalinas pompas.

Y lanzando relinchos desiguales,
suenan sus ocho círculos nasales
cual ocho agudas y guerreras trompas.

1900. SALVADOR RUEDA.

HIPÉRBOLES PERIODÍSTICAS



La elegante señora de Malpica,
llena de *sprit* y sencillez no escasa,
cuando algún baile da, *se multiplica*
para hacer los honores de la casa.

(Un cronista social)

Dibujo de Apeles Mestres.

—:—

EPIGRAMA

—¿Conque el astrónomo Gual
se ha casado, por su mal,
con la caprichosa Antera?
—Siempre he sostenido que era
un sabio muy animal.

Á mi hija Carlota

Del reino de la sombra eres llegada...
¿Cómo de obscuridad, honda, terrible,
puedes surgir, ¡oh niña idolatrada!,
en forma tan graciosa y apacible?...

No es, pues, la sombra el mal, ni á sus conjuros
cede Naturaleza, cuando aporta
al mundo, seres como tú, tan puros,
que acaricia y contempla el alma absorta...

¿Quién eres tú? ¿qué buscas en la vida?
¿Qué te trajo á este hogar purificado
por un *Jordán* de lágrimas?... No olvida
mi corazón los yerros del pasado;

Y al verte fresca, linda, sonriente,
pregunto si mi dicha es ilusoria,
y si quien fué en amor tan delincuente,
puede tener derecho á tanta gloria...

¡Sí!... ¡cuánta gloria mi pasión de padre
descubre en tí con férvida alegría!...
Tienes la roja boca de tu madre
y los azules ojos de la mía...

Eres conjunto extraño de dos seres
que no se conocieron ni se amaron,
y en labor misteriosa, tal como eres,
el hacerme feliz se disputaron...

¡Bien venida á mi hogar!, al manso puerto
que hallé tras del naufragio y sus horrores;
¡al tranquilo rincón en donde han muerto
mi negra desconfianza y mis rencores!

. . . .

A espíritus que flotan en las nubes,
permitido les es que al mundo bajen...
De niños se disfrazan los querubes,
pues son los niños los que dan su imagen;

Y, ángel tú, disfrazado, balbuceas
no sé qué vagos, músicos sonidos
que traducen de lo alto las ideas
mejor que los idiomas aprendidos...

¡Oh! sí, te expresas en el ritmo suave
que ha olvidado al crecer el hombre rudo...
hablas como la brisa, como el ave;
como habla á Dios el Universo mudo...

Se abren tus grandes ojos y chispean;
á tus padres sonríes y conoces,
que en tu pecho de niña ya golpean
tímidamente los humanos goces.

Y á medida que crezcan tus anhelos,
y que al mundo te mezcles, en olvido
dejando irás el reino de los cielos,
cual nueva alondra su caliente nido...

. . . .

El ángel en mujer ha de cambiarse,
¡y entonces sufriré!... ¿No es de temerse
que el cielo de tu amor pueda empañarse
y el cristal de tu bien pueda romperse?

¡Oh, mi Carlota! ¡oh, mi ángel! ¡no te mire
descender á la tierra, que tus galas
el tiempo no destruya, y que te admire
en perpetua ilusión, rubia y con alas!

Lima, Julio de 1900. CARLOS G. AMÉZAGA

Mármoles

MOISÉS

Sobre el gigante cuerpo desplegada
la vestidura bíblica; en la frente
la luz divina; y suelta cual torrente
la barba, sobre el pecho despeñada,

hunde Moisés la omnímoda mirada
en el profundo cielo transparente,
y retiene su brazo omnipotente
la Ley entre relámpagos dictada.

Fijo en su pedestal, vuelve el coloso
el semblante sublime y asombroso,
de toda humana creación distinto.

Y al girar la magnífica cabeza,
tiembla el suelo del dios á la grandeza
y roto salta el resistente plinto.

1900. SALVADOR RUEDA

Manchas de color

SAPOS Y MARIPOSAS

Al brillante escritor
JULIO HERRERA Y REISSIG.

IJA, ¿va usted al baile?—dijo un sapo á una mariposa blanca, de alas de raso, que se había detenido un instante, como fatigada de su vuelo, en un arbusto en flor.

—¿Por qué lo dice usted?—preguntó la mariposa, juntando las alas y dejándose mecer por el céfiro en una de las más flexibles ramas del arbusto.

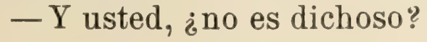
—Pues lo digo por ese traje hermoso que luce usted y que le habrá costado un dineral.

—¡Bah! así he venido al mundo...

—¿Vienen ustedes las mariposas al mundo en traje de baile? ¡es claro! su vida es una perpetua fiesta. En cuanto amanece Dios, empiezan las músicas en los nidos, y en cuanto abren sus párpados las estrellas, comienzan los grillos á afinar sus stradivarius... ¡Y todo para que dancen ustedes en giros caprichosos por el aire ó para arrullar su sueño! no, lo que es para mí y mis congéneres, no se tomarían á buen seguro ese trabajo. ¡Ah! ¡qué felices son ustedes las mariposas! ¡siempre de jolgorio! ¡y cuidado si se regalan con mieles y perfumes!



—Y usted, ¿no es dichoso?



—¿Cree usted que puede ser dichoso un sapo? ¡el ser más desgraciado de toda la fauna! para nosotros no hay más conciertos que los de los charcos ni más diversión que los ejercicios acrobáticos de las ranas. Mientras ustedes lucen brillantes trajes de raso, nosotros andamos... ¡ya lo ve usted! ¡en cueros vivos! En el banquete de la vida no tenemos cubierto; ¿ni cómo habían de admitirnos en un estado tan poco... presentable? ¡Ay! en nuestro *menú* no figuran las rosas...



—Pues al alcance de ustedes están...

—¿Y qué sacamos con eso, si carecemos del arte necesario para extraer su dulce néctar? ¿quiere usted desdicha mayor que la nuestra? Si yo hubiese nacido mariposa, sus nectarios no tendrían secretos para mí, y después de una orgía de mieles en el cáliz de una rosa, me bañaría en las ondas luminosas del espacio, lejos de este negro lodo donde ando á salto... de mata. ¡Ah! confiese usted que mi suerte es mucho más triste. Yo no sé dónde nacen ustedes las mariposas; he oído á un naturalista muy sabio y muy majadero, que viene aquí todas las tardes á estudiar la naturaleza, no sé qué cuentos de larvas y crisálidas, pero á mí nadie me quita de la cabeza que ustedes no nacen en la tierra,

sino que bajan del cielo... ¡y por eso son tan felices! He notado que después de las tormentas de verano aparecen ustedes muy numerosas en el aire azul... y es, sin duda, que el arco iris se deshace en mariposas...

—Veo que tiene usted una imaginación de poeta.

—¡Como que ando en cueros!

Iba á proseguir el sapo lamentando su triste suerte y ponderando la felicidad de los seres que nacen bellos, como las mariposas, cuando vió acercarse cautelosamente un niño al brillante insecto...

Quiso advertirle del peligro que corría, pero aquel pequeño verdugo no le dió tiempo: rápido como el pensamiento, asió de las blancas alas á la mariposa y la clavó con un alfiler en el arbusto en flor.

CASIMIRO PRIETO.



Dibujos de Apeles Mestres.

CANTAR BATURRO

Tengo cartorce gallinas
y no riñen cuasi nunca.
Si se golviesen mujeres
no podrían estar juntas.

ALBERTO CASAÑAL Y SHÁKERY.



Bión y la ninfa

Fué en la profunda noche del boscaje,
cabe el raudal que bajo el palio agreste
se quiebra en los cristales de la linfa,
donde, desnuda de su blanca veste,
el bardo griego sorprendió á la ninfa.

Un tórrido bochorno con su ardiente
soplo, la vida enerva
de la flor, del insecto y la simiente;
de la agostada hierba
entre el mustio despojo
bruñía su esmeralda la cantárida:
el sol estaba rojo;
la tarde estaba cálida.

Llega al raudal la ninfa,
y en el cristal que sus ardores templa
hunde la planta breve;
el divino poeta la contempla,
y al admirar su desnudez sublime,
en su cuerpo de nieve
con frenético amor un beso imprime.

Se oyó un rumor...
En harmonioso giro
movió sus ondas el cristal sonoro
y Céfiro, en las alas de un suspiro,
pasó ritmando un epigrama de oro.

Horacio F. RODRÍGUEZ.

Santa Fe (República Argentina), 1900.

Dibujo de Apeles Mestres.

Sentimiento del ideal

El paisaje se desvanecía á lo lejos, por una parte hacia el mar y por otra en la bruma azulada de la tarde. En esta semiobscuridad, apenas templada por la última faja del sol poniente, los árboles de la pradera, las casas de campo rodeadas de jardines, las alamedas de los pueblos cercanos á la ciudad se deslizaban rápidamente á lo largo del tren, disfrazando sus contornos en vaguedades deliciosas.

Mi compañero de viaje, un abominable positivista, parecía no ver esta belleza, que se reproducía sin cesar. Por fin declaró, en tono sentencioso, que el paisaje era encantador y que no le habría desagradado contemplarlo en compañía de alguna de las amigas que admiraba en sociedad. Aun cuando no expresaba con entusiasmo esta reflexión tan banal como sincera, le repliqué al punto tachándolo de romántico.

¡Cuántas protestas, cuántas frases irónicas, cuántas manifestaciones indignadas, contra la sensibilidad, la imaginación y la poesía, declamó mi compañero hasta la estación próxima! ¡Romántico él, que siempre se había burlado del romanticismo!...

Este sujeto era un representante de la vasta especie de los que no saben admirar, ni sentir, ni conmoverse ante las bellezas del corazón, ni las elevaciones de la inteligencia, y esgrimen la frase *romanticismo* á modo de salvoconducto para excusar su sequedad y su ignorancia.

Pero el romanticismo no significa en definitiva más que sensibilidad para todas las cosas grandes de la

tierra. Desde la simple ventana orlada de flores que encontramos al pasar, hasta la expresión de los más elevados sentimientos y la evocación de las más solemnes escenas, todo encuentra su lugar en el romanticismo que vive del ideal ya realizado y combate por el que se realizará en el curso de los siglos.

Todo lo demás es indispensable, pero es zoológico. No nos separa mayormente de la aspiración animal, si no es por la complicación de los deseos y de los apetitos. Aun así, para humanizarse, éstos solicitan el apoyo del ideal, de la ciencia y del arte.

Si de algo hay que avergonzarse, es de la incapacidad para sentir y amar el romanticismo en la existencia, tan llena por sí misma de cálculos, de cifras, de egoísmos y de lacras inconfesables... Dejemos espacio alguna vez para el buen idealismo que nos permite admirar la lucha de la luz y de la sombra en las serenas tardes silenciosas.

Buenos Aires, Mayo de 1900. CARLOS BAIRES.

Mármoles

LAS METOPAS

Pirítoo goza de sus bodas bellas;
en sus juegos y fiestas infinitas,
ríen, cantan y beben los lapitas
al vivo resplandor de las estrellas.

Tornan los regocijos en querellas
los centauros con voces inauditas,
que en turbas espantables y malditas
corren poblando el suelo de centellas.

Cada lapita heroico de amplio pecho
hacia un monstruo dirígese derecho,
y lo vence, cubriéndose de lauros.

Y las falanges de revueltas tropas,
van componiendo bélicas metopas
al luchar con los híbridos centauros.

1900. SALVADOR RUEDA.



La inconsolable

(FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO)

Todas las tardes, á la hora en
[que el Sol desde el ocaso
tiñe con tintas de púrpura los te-
[nues velos de raso,
que sobre el confín del valle y las
[lejanas colinas
extienden como flotantes pabello-
[nes las neblinas,
una mujer enlutada, llenos los ojos
[de llanto,
lleno el pecho de sollozos, llena la
[expresión de espanto,
lleno de tristes memorias el nubla-
[do pensamiento
y llena el alma de angustia, á paso
[rítmico y lento,
vuelve desde el campo santo á la
[ciudad bulliciosa.

Siempre hay fiestas en sus calles. Nunca la ciudad reposa.
Siempre hay luz. Nunca es la noche. Siempre movimiento y ruido.
Nunca quietud y silencio. Siempre el dolor escondido,
y nunca el júbilo oculto, y siempre el Sol, que declina
cuando la joven señora á la ciudad se encamina.
Con resplandores de incendio enrojece los espacios,
y todo brilla y deslumbra, el mármol de los palacios,
las desplegadas é inquietas banderolas de colores,
que aletean en el aire, los calados miradores,
los cristales biselados que cierran amplios canceles
y de las delgadas torres los altivos chapiteles.

Detrás, sobre la colina que césped menudo alfombra,
el callado cementerio se va llenando de sombra,
y sombras son los panteones, sombras son las esculturas
y la cruz en que rematan las estrechas sepulturas,
sombras las altas pirámides de los cipreses obscuros,
que se asoman por encima de los carcomidos muros,
sombra el templo que se eleva en el centro del osario
y sombra la torrecilla del fúnebre campanario.

En la casa donde vive la señora, siempre hay duelo.
Fundas enlutadas cubren los muebles. Tupido velo
envuelve las grandes lámparas de los techos suspendidas.
Negros crespones se extienden sobre las lunas bruñidas
de los espejos. Lo que antes fué artístico gabinete,
se ha transformado en sombrío y funerario retrete,
donde hay un altar, algunos ramos de violáceos lirios
y un Crucifijo alumbrado por amarillentos cirios.

Está cerrada la cámara nupcial, y el lecho cerrado
en espesos cortinajes, y el camarín reservado
á los íntimos coloquios en las noches estivales
mientras la Luna filtraba sus rayos por los cristales,
cerrado como una caja de secretos.

Marta llora
si la noche se aproxima, si se aproxima la aurora,
si negras nubes ocultan el cielo, si el Sol brillante
alumbra la amplia llanura y la montaña gigante,

si hay calma, ó si el ronco viento reza alguna salmodía
en los huecos de las torres. Porque la noche, y el día,
y el cielo azul, y el nublado, y el vendabal, y la calma
son motivos de recuerdos, que le atormentan el alma.
¡Cuánto amaba á su marido! ¡Y cuán fugitivo y breve
fué su bien! Mundo de gloria, derribado al golpe aleve
de la implacable piqueta de la muerte, que derrumba
los alcázares y cava los abismos de la tumba.

. . . .

. . . .

CHRISTIÁN ROEBER.

Buenos Aires.

Dibujo de Mariano Foix

Madrigal

En el album de ADELA CASTELL.

AGOTADOS en tí todos los dones
que guarda el alto cielo
para hacerte elegante, hermosa, buena
y el alma del talento,
el Supremo Hacedor quiso en tus ojos
poner el sacro fuego
y débil encontrando de los astros
el resplandor eterno,
tomó á los ojos de Cupido el rayo
y en tí lo puso luego.

—

¿Comprendes ahora, Adela, por qué tienes
unos ojos tan bellos?
¡Qué mucho entonces que Cupido sea
un pobre niño ciego!

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Dibujo de Apeles Mestres

La cajetilla de cigarros

(EPISODIO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO)

Aquella mañana, la del 7 de Junio de 1880, habían corrido raudales de sangre peruana en el legendario Morro de Arica. Francisco Bolognesi, el inmortal soldado, había sucumbido, cayendo en torno suyo 900 bravos de los 1.600 que formaban su cuerpo de ejército.

Se había batallado *hasta quemar el último cartucho,* y 6.500 soldados chilenos se adueñaron del Morro, sin más pérdida para ellos que la de 144 muertos y 337 heridos.

La lucha fué en la proporción de uno contra cuatro. La victoria no correspondió al esfuerzo heroico, sino al número inflexiblemente abrumador.

En momentos de pronunciarse el desastre, un joven capitán peruano, á quien acompañaban cuatro soldados, golpeó con la culata de su rifle el fulminante de una mina, produciéndose la explosión, que mató á tres de los enemigos, dejando heridos y contusos á muchos más.

Disipada la espesa nube de polvo y humo, se encontraron el capitán García y sus cuatro valientes rodeados por un grupo de treinta soldados chilenos al mando del teniente Luján.

Toda resistencia era imposible, y los cinco peruanos fueron hechos prisioneros.

En esos momentos se presentó un coronel, quien, informado por Luján del estrago producido por la mina, dijo lacónicamente:

—Baje usted con esos hombres á la falda del Morro y fusílelos.

Y vencedores y vencidos emprendieron con lentitud el descenso de trescientos á cuatrocientos metros que los separaban de la llanura.

Habrían caminado ya una cuadra, cuando el capitán García se detuvo, y sin fanfarronería, con entera serenidad de espíritu, le preguntó al oficial chileno, que tenía aspecto de buen muchacho:

—¿Me permite usted, teniente, encender un cigarrillo?

—No hay inconveniente, capitán. Fume usted cuantos quiera hasta llegar á la falda.

García sacó del bolsillo de su *talismán,* nombre con que se había bautizado, por entonces, á la levita de los oficiales, una cajetilla de cigarros de papel.

—¿Fuma usted, teniente?

—Sí, capitán, y gracias,—contestó el chileno, admitiendo un cigarrillo.

—Así como así,—continuó García,—siendo éste el último que he de fumar, hago á usted mi heredero de los doce ó quince que aun quedan en la cajetilla, y fúmeselos en mi nombre.

Luján se sintió conmovido y, aceptando el legado, contestó:

—Muchas gracias. Es usted todo un valiente, y créame que me duele en el alma tener que cumplimentar el mandato de mi jefe.

Y sin más prosiguieron el descenso.

Faltábales poco menos de cincuenta metros para llegar á la siniestra falda cuando, á una cuadra de altura, resonaron gritos dados por otro oficial chileno.

—¡Eh! ¡Luján! ¡Teniente Luján! Párese, hombre. ¡Espéreme!

Luján mandó hacer alto á su tropa y retrocedió para salir al encuentro del voceador.

¿Qué había sucedido? Que el coronel, calmada la primera impresión, reflexionó que su orden de fusilar prisioneros encarnaba mucho de injusticia y de ferocidad

salvaje. Llamó á uno de sus subalternos y le mandó que corriese á detener á Luján.

—Dice el coronel, — fueron las palabras del emisario al aproximársele su compañero, — que no fusiles á estos *cholos*, y que los lleves al depósito de prisioneros.

—Me alegro, — contestó Luján, — porque el capitancito me ha sido simpático, como que me ha hecho nada menos que su heredero.

Unido el teniente á su tropa y á los cautivos, dijo:

—Le traigo una buena noticia, capitán. Va usted con sus cuatro soldados al depósito de prisioneros. Ya no lo fusilo.

—Entonces, mi amigo, — contestó el imperturbable capitán García, — se quedó usted sin herencia. Devuélvame mi cajetilla de cigarros.

RICARDO PALMA.

Lima, 7 de Junio de 1900.

Mármoles

TORSO DE BELVEDERE

(HÉRCULES)

Para CASIMIRO PRIETO.

¿De qué recia batalla, hecho pedazos,
¡oh gran Hércules!, tornas á la vida?
¿quién produjo en tu cuerpo tanta herida
que derribó tus piernas y tus brazos?

¿Fué, acaso, al golpe de tremendos mazos
como quedó tu forma destruída,
ó rodó tu cabeza desprendida
á fuerza de coléricos hachazos?

Tal vez viendo la fábrica arrogante
de la maldad, tu esfuerzo de gigante
romperla quiso, para humano ejemplo.

Y cayendo la bóveda en tus hombros,
sepultado quedaste en sus escombros,
como Sansón en el antiguo templo.

1900. SALVADOR RUEDA.



Antiguos camaradas de bohemia,
el encuentro quisimos celebrar,
y del brazo los tres, como en un tiempo,
conquistamos el viejo *restaurant.*

Saltaron, bulliciosos, los recuerdos
del fondo de las copas sin llenar,
y antes que de lo añejo nos sirvieran
contó una historia añeja cada cual.

Al fin llegó, calada la visera,
heraldo de alegrías, el champán,
y Luis, violento, de un mandoble rudo
el bruñido casquete hizo saltar.

Cual rubia cabellera de una hermosa
que la impaciencia del amante audaz
desparrama en desorden por la espalda,
así, en el mármol, se esparció el champán.

Carlos brindó: «Su cutis es de bronce,
¡qué importa! Yo comparo á mi beldad
con esta rubia que en las copas ríe;
ambas, fieles, disipan mi pesar.»

—«Yo también, dijo Luis, busco en el néctar
que brinda este cristal de bacarat,
el sabor incitante que me ofrece
mi adorada en sus labios de coral.»

Y, como yo callaba, me dijeron:
—¿No tienes una hermosa que elogiar?
—¡Oh, sí! tengo una amada que en sus crenchas
derrocha todo un sol primaveral.

Cuando en desorden ruedan sus cabellos
por sus hombros de forma escultural,
ánfora de alabastro se diría
que desparrama un chorro de champán.

Pero ¡ay! sólo mármol, por desgracia,
es la que adora el corazón tenaz;
duro mármol, inerte mármol frío,
como éste que se inunda de champán.

Santo Domingo. FABIO FIALLO

Dibujo de F. Prieto.




·CENTRO·EDITORIAL·
LIBRERIA, IMPRENTA
Y TALLER DE ENCUADERNACIÓN·
RAMÓN ESPASA
É HIJO
158, CERRITO, 174.
BUENOS AIRES.



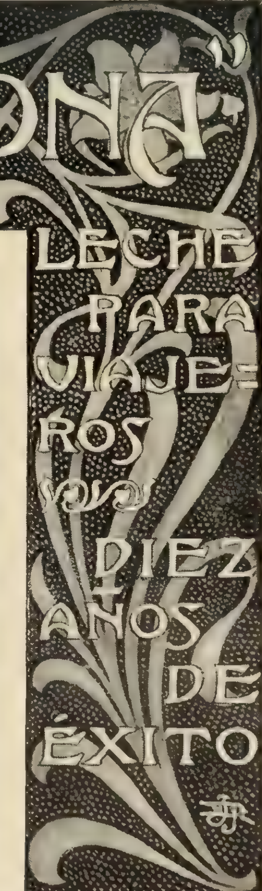


FLORIDA, 356

BUENOS AIRES


"LECHERIA "LA MARTONA"
40
CASAS
DE
VENTA
PARA
LECHE
CREMA
MANTECA


LECHE MATERNIZADA
LA MARTONA


LECHE
PARA
VIAJEROS
DIEZ
AÑOS
DE
ÉXITO






UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 04 22 08 018 2